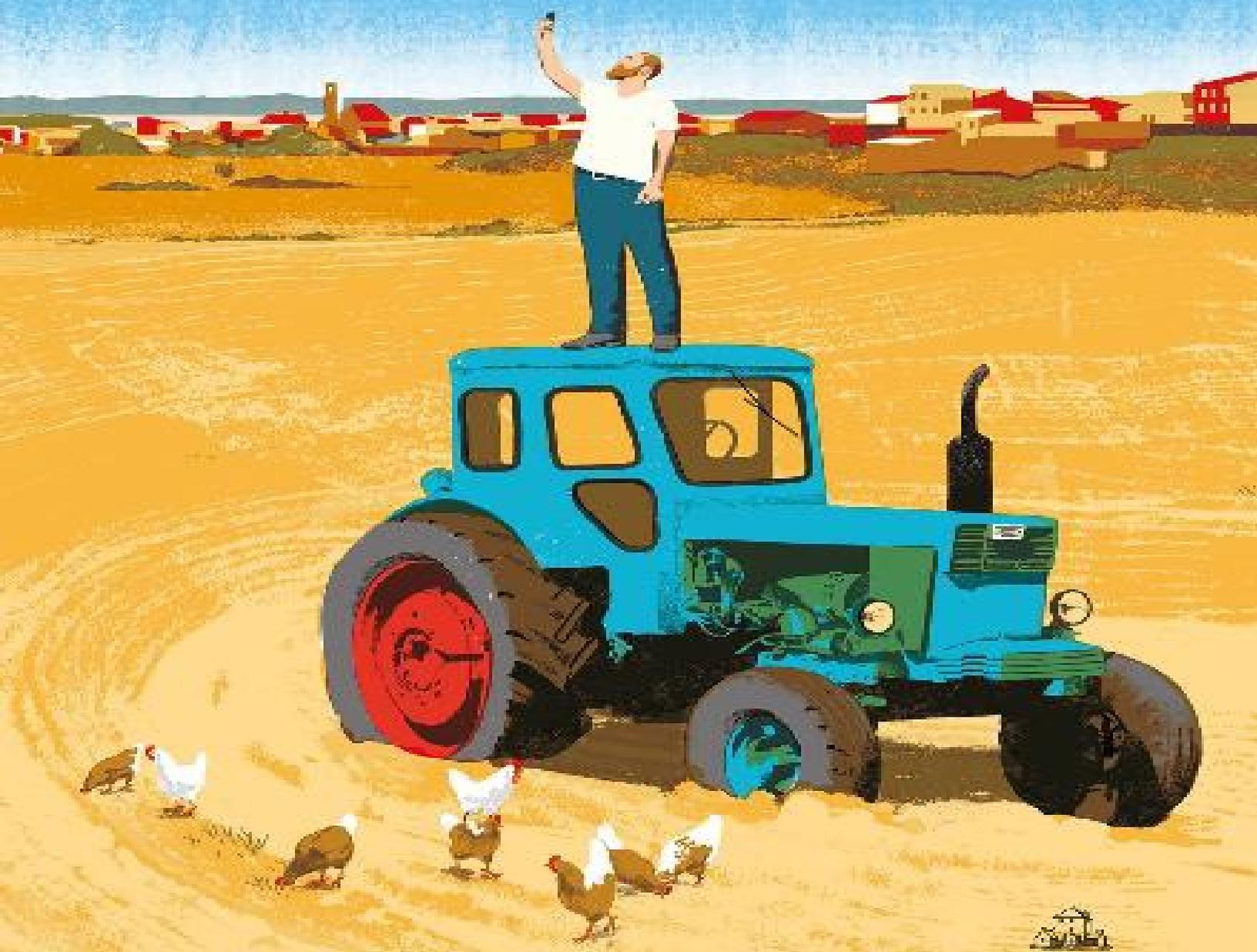


DANIEL GASCÓN

UN HIPSTER

EN LA ESPAÑA VACÍA



LITERATURA
RANDOM HOUSE

Un hipster en la España vacía

DANIEL GASCÓN



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleerebooks](#)
[@Literaturarandomhouse](#)



[@LitRandomHouse](#)



[@Litrandomhouse](#)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

DIARIO DE UNA NUEVA VIDA

18 de febrero

Qué bonito es despertar aquí. Un poco antes de las seis se oye el canto del gallo. No mucho más tarde llegan los primeros sonidos del pueblo que amanece: Tomás con la mula mecánica, Javier con la mula mecánica, Rogelio con el tractor, Paco con la mula mecánica.

Me quedo unos minutos leyendo *La España vacía* en la cama. Luego, cuando suenan las campanas de la iglesia, salgo preparado, con una energía que no tenía en mucho tiempo. La sensación de estar haciendo algo importante de verdad, de encontrarme en armonía con la naturaleza, pero también conmigo mismo.

¿Será la sensación de propósito? ¿Saber que estoy aquí, lejos de la frivolidad y la velocidad vacua de la vida moderna, implicado en un proyecto realmente transformador, una iniciativa generosa y transversal?

Le pedí a mi tía que tomáramos leche de oveja. Ella dice que no, parece que la toma en tetra brik porque hace unos años tuvo brucelosis. Pero a primera hora va al corral, ordeña a la oveja y cuando bajo a la cocina tengo la leche hervida (tres veces). Es maravillosa la gente sencilla.

Yanis salta, está contento, espera en el patio cuando salimos. Me encanta ver lo feliz que está aquí.

19 de febrero

Día de inspección en el pueblo.

Es agradable ir a la tienda. Saludas, pasas ahí un rato por la mañana, las mujeres van contando sus cosas. La gente sabe mucho del tiempo. Hay dos tiendas. A una la llaman el estanco, aunque no es un estanco propiamente. La otra tiene puesto el nombre de Dardo en la puerta, pero todo el mundo la llama la de Lucía, aunque la que lo lleva no se llama Lucía (creo que era su madre).

He estado un tiempo buscando la sección de productos orgánicos, pero no la he encontrado. Tampoco he visto Hola Coffee. Preguntaré mañana. La dependienta estaba hablando con una señora, parecía una conversación importante.

He hablado con la secretaria (alguacila, la llaman) del Ayuntamiento para ver si puedo ver al alcalde y explicarle el proyecto. Parece que está muy ocupado en la serrería.

Las noticias llegan por la megafonía del Ayuntamiento. La secretaria lee los pregones. Siempre

vienen anunciados por una jota.

Hay dos bares, el de la carretera y el de Lorenzo. El de Lorenzo se llama Tropezón pero todo el mundo lo llama el de Lorenzo. Casi todos los hombres del pueblo están jubilados o no trabajan. Por las tardes, unos van primero al de la carretera y luego al de Lorenzo, y otros van primero al de Lorenzo y luego al de la carretera. Todavía no tengo claro en qué grupo integrarme. ¿Me pasará como en el círculo, donde defendí una tercera vía, y acabé quedándome en tierra de nadie?

Por la tarde bajo a dar un paseo. Los ancianos (varones) juegan a la petanca en una explanada que unos llaman Banco de los Abuelos y otros Cruz de los Caídos. Es increíble cómo la polarización y el clima hostil de las redes sociales llegan a un sitio tan alejado y apacible.

El atardecer desde allí es precioso. He intentado hacer una foto con Yanis para subirla a Instagram pero no había cobertura. Mañana volveré a intentarlo.

Mentiría si dijera que no echo de menos los tejados de Madrid que veía cuando miraba por la ventana de la buhardilla de Lina. Pero el aire es puro, fresco y por la noche se ven todas las estrellas.

20 de febrero

En el bar. Camaradería. Humor rudo, entrañable. Uno de los trabajadores de la serrería extiende la palma de la mano (solo tiene dos dedos) y dice: «Cinco cervezas para los de la serrería». Todos nos reímos, aunque me suena que hizo el mismo chiste ayer y antes de ayer. El alcalde, dueño de la serrería, estaba. He intentado hablar con él pero me ha dicho que no era el momento. Los exmineros jubilados son agradables. Se pasan la tarde bebiendo botellín tras botellín. Dos, Javier y Ramiro, me han contado anécdotas de caza y de sus perros, sobre todo de uno que lo llaman Santi, y que tiene muy mal genio. Cazan perdices, codornices, zorros. Lo que más les gusta es el jabalí. Yo les he dicho que no era partidario de la caza, que me parecía que debíamos respetar a los animales y su condición de seres sintientes, aunque entendía que podía ser necesario regular las poblaciones puesto que la intervención humana había alterado el equilibrio de los ecosistemas.

Javier ha preguntado si soy un poco maricón. Lourdes, la camarera, le ha dicho: «Qué bruto eres», y todo se ha resuelto amablemente.

He intentado publicar la foto en Instagram pero no he podido.

21 de febrero

En la granja con mi tío Rafael. Una pequeña explotación. Me ha pedido que le eche una mano y así de paso me familiarizo. Yanis ha disfrutado, correteaba. Le asustaba un poco el perro de mi tío,

pero se han acabado llevando bien.

Hemos estado trabajando un rato en el huerto. Luego, le he ayudado con los animales. Me sorprende la estructura heteropatriarcal del gallinero. Es realmente bárbaro cómo ha trastocado nuestra cultura la vida de los animales. (He pensado en Walter Benjamin.)

No sé si Rafael me ha entendido bien cuando se lo he dicho. Pero en todo caso esto será algo que tendremos que cambiar cuando pongamos en marcha nuestro proyecto.

Le he dicho a Rafael que prefería volver solo. La verdad es que creo que en La Cañada usan demasiado el coche. No me parece que sea respetuoso con el medio ambiente. Le he dicho que prefería volver caminando. Luego se ha hecho de noche y me he perdido. No ha sido grave. En poco más de tres horas he encontrado la carretera y al cabo de un rato he visto que venía un coche. Ha parado y era Lourdes, la camarera del bar de la carretera.

Me ha dicho que cerca del repetidor, en las eras, hay un sitio con buena cobertura. También me ha dado una crema para curarme las manos, estaban llenas de callos por la azada. «Vaya manos tienes. Qué bonitas. De no trabajar», ha dicho.

Mi tío Rafael se ha reído de mí cuando he llegado.

22 de febrero

No hay la nube de contaminación de Madrid pero muchas tardes, cuando sopla viento del este, llega un olor fuerte. «Sopla el cerdal», dice mi tía. Es el olor de las granjas de cerdos.

23 de febrero

Por fin me ha recibido el alcalde. Ha ido bien. Le he explicado nuestro proyecto, las líneas generales. La idea de hacer lo que, en lenguaje neoliberal, podría ser una *start-up*, pero cuya función sería potenciar la conexión orgánica y una relación profunda entre los seres vivos y su entorno, basada en el respeto común entre los géneros y las especies, el desarrollo sostenible en una plataforma de horizontalidad colaborativa que permitiese la interrelación dinámica entre lo ancestral y lo moderno lejos de las pulsiones esclavizantes del capitalismo tardío, cuyos mecanismos de actuación resultan destructivos para el planeta y las personas.

—¿Y para qué tanto? —ha preguntado.

Le he explicado un poco más, él miraba con escepticismo.

—Algo de perras querréis, seguro.

Cuando le he dicho que no necesitábamos nada de eso, solo el beneplácito del Ayuntamiento, se ha quedado más tranquilo. Al final cuando me marchaba he oído que decía a la secretaria.

—Este quiere algo.

Me ha parecido una señal de que cree en el proyecto.

24 de febrero

He soñado que veía *Dersu Uzala* en la Filmoteca.

25 de febrero

En el bar. Ramiro dice que los políticos son todos iguales y que solo quieren robar. Yo he intentado matizar, le he dicho que quizá estaba sacando conclusiones precipitadas, que era necesaria una visión más compleja. Me ha preguntado si lo tomaba por imbécil. Le he dicho que en absoluto, que le rogaba que no fuera tan susceptible. «¿Qué me ha dicho, que lo mato?», le ha preguntado a Javier, su hermano. Lourdes ha calmado un poco las cosas.

Ramiro se ha empeñado en pagar.

No encuentro quinoa en la tienda de Lucía. Tampoco Hola Coffee. No está donde los otros cafés. A ver si consigo hablar con ella mañana. Estaba hablando con la misma señora del otro día, la conversación también parecía importante.

Pascual, en la plaza, me ha dicho: «Si tu perro sigue rondando las perras al final lo caparán».

Habrà que comprar una correa.

No hay noticias del alcalde.

26 de febrero

He soñado que veía una película de Chris Marker.

27 de febrero

He soñado con Lina.

¿Quién quiere *Dersu Uzala* con estos cielos?

28 de febrero

Esta mañana, antes de que cantara el gallo, ya estaba despierto. Le he dicho a mi tía que ya no quiero que vaya a buscar la leche de oveja. Hay algo que me incomoda en ordeñar a la oveja. No deja de ser una forma de acoso sexual.

Mi tía se lo ha tomado bien. Al principio parecía a punto de llorar pero luego ha entendido mi posición. «Este chico», ha dicho. Creo que en el fondo está orgullosa de mí.

1 de marzo

Jugando a las cartas hasta tarde en el bar y bebiendo con Ramiro y Javier.

Al salir le escribí un mensaje a Lina. Fui a las eras para mandárselo. Pero no había cobertura.

2 de marzo

El gallo me despertó. Fui a las eras. Había cobertura. Compré Hola Coffee en Amazon. Dudé mucho, pero no pude evitarlo.

Me alegro de no haberle mandado el mensaje a Lina.

3 de marzo

He decidido poner manos a la obra. No puedo esperar a que el alcalde diga una cosa u otra. He pensado que debo empezar por el principio y he montado un taller de nuevas masculinidades.

He ido a la secretaria y le he pedido que pregonen esto por la megafonía del Ayuntamiento:

Se hace saber que para todo el que lo desee se celebrará los martes un taller didáctico-vivencial con perspectiva de género sobre nuevas masculinidades.

Sus objetivos son:

—Comprometer a los hombres en contra de las diferentes violencias hacia las mujeres y las desigualdades de género que provocan.

—Conocer la construcción de la subjetividad masculina, teniendo en cuenta la cuestión del poder como estructurante de la masculinidad.

—Poner en evidencia los privilegios masculinos y los beneficios de la masculinidad, ambos invisibilizados y naturalizados.

—Desvelar las prácticas que favorecen la reproducción de subjetividades masculinas patriarcales en la vida cotidiana, en áreas como la salud, la relacional, la emocional, la sexualidad, lo doméstico y los cuidados.

—Ofrecer herramientas teóricas y prácticas para favorecer el cambio ético de los hombres en relación a la igualdad entre los sexos.

Todos los interesados pueden ir a las seis de la tarde a la cochera de la tía Pilar, la del Mesonero.

Hacía tiempo que no me sentía tan bien.

Mañana puede ser un gran día.

AVENTURAS EN EL CHOQUE DE CIVILIZACIONES

4 de marzo

La primera sesión del curso de nuevas masculinidades ha sido un éxito.

Al principio estaba un poco intranquilo, porque solo habían venido mi tía y su amiga Pura. Pero luego se ha ido animando, y han venido otras dos mujeres. Ha sido una sesión de toma de contacto, de familiarización con los conceptos esenciales.

Al salir he visto que había unos cuantos hombres en la plaza. Miraban con curiosidad. No quiero vender la piel del oso antes de cazarlo, pero me ha parecido una buena señal. A lo mejor se apuntan en unos días.

Sé que no está bien utilizar un símil cinegético. Por otro lado, quizá es una señal de que me estoy adaptando.

5 de marzo

Ya me he hecho una pequeña rutina. Por la mañana me levanto y hago yoga en el corral. Cada día, al salir, uno de los niños que van al colegio me mira un momento desde detrás de la puerta mientras hago el saludo al sol.

Desayuno con mi tía. Mi tío se ha ido un rato antes. Alguna vez me ha dicho que le podría acompañar al campo y así hacía ejercicio de verdad en vez de esas mariconadas. Le agradezco la oferta, pero me parece que es un poco temprano para hacer cosas en el campo, creo que hay que dejar que la naturaleza se despierte lentamente.

Bajo en bicicleta con Yanis a Valdepinar. Ahí, en el bancal de mi abuela, es donde podemos empezar nuestro centro. La edificación (paridera, la llaman) está relativamente bien.

Como con mis tíos. Mi tía cocina. Yo le insistí en que no cediera a las presiones para globalizar su forma de cocinar y en que regresara a la cocina tradicional. Pero también me parece que comemos demasiada carne. Es un equilibrio delicado.

Por la tarde suelo ir al bar. Prefiero ir directamente al de la carretera. Javier y Ramiro están ahí casi siempre. Ceno en casa, a eso de las nueve. Dos noches a la semana cocino. Para cambiar con respecto a la cocina tradicional, intento preparar platos exóticos. A veces me faltan los

ingredientes. Pero la borraja queda sorprendentemente bien en las recetas indias.

Mi tío dice que él prefiere una tortilla francesa. Según mi tía, eso también es exótico, el nombre es de otro país. Algunas noches bajo al bar. Ramiro y Javier suelen estar ahí. El fin de semana va Mohamed, un marroquí que trabaja como pastor en el pueblo. Ya no hay pastores locales, me dicen, y los esquiladores son rumanos. Pide cerveza. (No le digo nada, pero me incomoda que renuncie a sus principios religiosos para adaptarse a un ambiente hostil. Quieras que no, es una amputación de su identidad.) Por la noche escribo el diario.

Mis tíos veían la televisión en las comidas. El Telediario. Les he convencido de que no lo hagan. Es una pena que no sea fácil encontrar fuentes de noticias alternativas por la mala conexión que tenemos. Pero es doblemente peligroso estar expuesto a los intereses de los medios del sistema sin poder contrastar su versión.

Lourdes me ha preguntado qué tal fue en el taller.

Todavía no he tenido noticias del alcalde.

6 de marzo

Lo de la piel del oso no lo decía en serio.

7 de marzo

La gente es sencilla y entrañable. La médica, doña Carmen, vive aquí con tres hijos (son casi la mitad de los niños que van a la escuela, que está a la entrada de las eras). Hay enfermera tres días a la semana. La médica también pasa consulta en el pueblo de al lado.

Un par de días a la semana, en cambio, abre la oficina del banco. Ismael, al que llaman el Tío Soltero aunque la verdad es que la mayoría de los hombres del pueblo están solteros, va el primer día de cada mes para comprobar que está el dinero de la pensión. Lo pide, lo cuenta, lo devuelve y se marcha.

El miércoles hay mercadillo de fruta, el jueves hay mercadillo de ropa. El martes y el jueves hay pan del día; lo traen de Molinos; se puede comprar en la tienda de Lucía. (He buscado si se sabía algo de mi pedido del Hola Coffee, pero no había buena cobertura.)

Algunas tardes está en el bar el cura, Alejandro, que da misa en varios pueblos. Aparca en la cochera que hay enfrente de la escuela. Lo llaman el 113, porque es el que viene cuando no llega a

tiempo el 112, la ambulancia. Cuenta que hace poco la Guardia Civil le paró en un control después de dar misa en varios pueblos. Justo antes de soplar, dijo:

—Ahora veremos si funciona la transubstanciación.

Alejandro fue misionero en África. Cuenta historias de esa época. Una vez llegó un chico de doce años que se quejaba de un dolor inmenso. Se había dislocado la mandíbula. Alejandro preguntó cómo. Le dijeron que un anciano del pueblo estaba contando una historia y el chico había bostezado con una energía desesperada y se había desencajado la articulación.

—Es el mejor resumen que conozco sobre la sabiduría ancestral y las historias al amor de la lumbre —ha contado hoy.

Es una historia interesante. No se me escapa que esa anécdota pretende desacreditar desde un empirismo apresurado y selectivo, con el recurso de un argumento vivencial a todas luces insuficiente y falaz, y apelando a la clásica estructura de dominación que es el humor desmitificador, el reconocimiento de la validez de otros sistemas de pensamiento en lo que es un intento apenas disimulado de reafirmar una cosmovisión eurocéntrica y por tanto reaccionaria.

—No le des tantas vueltas. Solo es una cosa que me pasó, chaval —me ha dicho Alejandro.

Pero yo no podía evitar la sensación de que la historia me hablaba de una manera particular. ¿No hacía él, en cierto modo, en el África ecuatorial de los años ochenta, algo parecido a mí? ¿Y en qué lugar me deja pensar eso?

Ramiro me ha invitado a otra cerveza.

Lo del oso era un significante vacío.

8 de marzo

En la plaza, esperando que llegara más gente a la concentración del 8-M. Al final ha venido mi tía, me ha preguntado si quería merendar algo.

Por la noche, he hablado con Mohamed en el bar. Le he pedido que me ayude en el campo este fin de semana. De momento sería una cosa sencilla, desbrozar el camino y quitar las hierbas del campo. Ha dicho que sí, un poco extrañado. Le pagaré, claro.

Vamos bien. Es un proyecto diverso.

9 de marzo

Por la mañana, he ido con Ramiro y Javier a Alcorisa para comprar herramientas para el bancal. Hemos parado en el supermercado y he comprado cosas para casa. Ramiro y Javier se empeñan

en que vaya un día de caza con ellos, dice mi tía que ganan todas las competiciones de tiro al blanco de la zona. No está claro quién es el que tiene mejor puntería.

Por la tarde, he estado trabajando con Mohamed.

Había buena cobertura y he llamado a Edu desde el parking del Carrefour. Le he hablado de mis progresos. Me ha dicho que nuestra organización se escindió y luego se fusionó con otra. La organización inicial ha desaparecido y la nueva, fusionada, ha tomado el nombre de la primera pero la orientación política es totalmente distinta, aunque según Edu se trata de una reconfiguración que en el fondo se parece más a nuestro proyecto original. Según Edu cuando se produjo la primera escisión me expulsaron por disidente, pero consideraron que mi presencia sería útil en la fusión para armonizar sensibilidades, así que me readmitieron con unas funciones prácticamente idénticas. Esto podría cambiar, me ha dicho, porque hay rumores de una nueva reorientación, pero no debería preocuparme.

Le he preguntado por Lina. Dice que hace mucho que no la ve.

10 de marzo

Trabajo por la mañana con Mohamed.

Por la tarde, fui a nadar.

En el pantano. Fui con la bicicleta. Ahí estaba a punto de meterme (había poca agua, por la sequía, y estaba helada, Yanis no quería entrar, con lo que le gusta nadar) cuando me han llamado la atención unos gritos.

Era el forestal, Roberto. Me ha dicho que era un imprudente por meterme, que por mucha sequía que hubiera es peligroso y más ahora que se hace de noche pronto. El año pasado se murió allí un chico del pueblo. Se ha empeñado en llevarme al pueblo en su todoterreno, con la bici y Yanis en la parte de atrás. Venía casi sin hablar, escuchando La Ronda de Boltaña. Me ha dejado a la entrada del pueblo y le he dado las gracias.

Me dijo Javier que Roberto es el novio de Lourdes, pero no estoy seguro.

11 de marzo

En el taller de nuevas masculinidades. Cinco personas. Mi tía, Pura, las dos mujeres del otro día y la hija de la médica.

Parece poco, pero en términos porcentuales es considerable. Es verdad que sería mejor si viniera algún hombre. Pero tampoco quiero obsesionarme con los detalles.

Lourdes me ha preguntado por lo del pantano. A lo mejor sí que son novios.

Por la noche he estado hablando a mis tíos de Jared Diamond y de su idea de que el Neolítico fue una tragedia para la humanidad. Aunque posibilitara el aumento de la población, la dieta y las condiciones de vida empeoraron. En realidad, les he dicho, pensando en Yuval Noah Harari, no fue el hombre quien domesticó al trigo, sino el trigo el que domesticó al hombre. Somos prisioneros de la agricultura.

Mi tío se ha ido pronto a la cama, madruga para ir al campo. Pero creo que estaba interesado.

Estoy pensando en montar un taller de lectura.

12 de marzo

Un episodio desagradable. Esta mañana, al bajar al bancal he visto la pintada. «Forastero, gilipollas.» He ido a buscar pintura a la tienda de Lucía. Han sido dos viajes en bicicleta porque me he olvidado de llevarme una brocha. Cuando he ido a buscarla a casa, mi tía me ha dicho que podría haber cogido el coche, pero ya he dicho alguna vez que me parece que lo utilizan demasiado por aquí. (He pensado en las posibilidades del transporte público, aunque no se me escapa que la cuestión de la densidad de población podría ser un problema.)

Me he pasado la tarde pintando. Intentaba que el trabajo físico me distrajera de la indignación. Hacer algo, solventar el problema, no amargarte. Son algunas de las estrategias que he aprendido con el paso del tiempo. Después de todo habría que pensar un nombre para el proyecto. De hecho, el lugar de la pintada estaba bien elegido. Se veía desde el pueblo y casi todo el camino mientras ibas bajando.

He podido borrar «Forastero». Mañana quito «Gilipollas».

Tengo que hacer un brainstorming.

13 de marzo

¿Utopía sostenible?

¿Jardines infinitos?

¿Proyecto deconstrucción?

¿Aragón Yimbi?

Proyecto deconstrucción me gusta bastante. Es bonito el juego: proyecto deconstrucción,

proyecto de construcción.

14 de marzo

He cometido un error.

Creo que ha sido porque he bebido un poco de más. Habíamos vuelto al pueblo sin cenar del bancal con Mohamed y estaba tenso, no sé por qué. He dicho en el bar que me parecía una vergüenza, algo detestable, la pintada. Me parecía que era una demostración de xenofobia que hablaba muy mal de quien lo había hecho pero también del pueblo. ¿Cómo se podía tratar de ese modo a alguien que vive entre nosotros, que comparte nuestro día a día, por cuestiones atávicas como la raza o la religión? ¿Acaso no éramos conscientes de otras muchas diferencias entre nosotros, los autóctonos, que sin embargo no empañaban el hecho de que hay una humanidad común, la capacidad de imaginar el sufrimiento y la alegría del otro, la conciencia de nuestra unidad y fragilidad en la aventura cotidiana de la existencia? Los episodios más tristes de la humanidad habían empezado así: cuando alguien justificaba esa exclusión en aras de la religión o la etnia, del dios que se adora, la lengua que se habla, el color de la piel, y cuando los demás, los buenos ciudadanos, toleraban esa actitud.

—A ver, que creo que la pintada no es por el moro —ha dicho Roberto—. Es por ti.

Mohamed estaba ahí a mi lado, no ha dicho nada.

Lourdes ha dicho que me invitaba ella a la cerveza.

Creo que Lourdes y Roberto son pareja.

He escrito un email a Lina. Luego lo he borrado.

15 de marzo

He escrito otro email. He vuelto a borrarlo.

16 de marzo

Ha sido un día intenso en el pueblo.

Me ha despertado el alboroto a eso de 9.30 de la mañana. Se oían voces en la calle. He saltado de la cama y he bajado. Mi tía andaba de un lado para otro por la casa, con cara de preocupación. Mi tío juraba entre dientes, recogiendo cosas. Mi tía ha mirado por la ventana.

—¿Qué pasa? —he preguntado.

—Se quema la serrería.

Mi tío me ha dicho: «¿Vienes o qué?», mientras iba hacia el garaje. Mi tía ha protestado.

«¿Cómo va a ir el chico?». Pero yo he bajado. La cosa también iba conmigo, no podía quedarme en casa.

Cuando hemos llegado había un grupo de gente, con cubos, formando una cadena. En primera fila estaba Roberto, que dirigía. La gente hablaba de los incendios de hace unos años, en uno hubo que evacuar el pueblo. Por suerte, el viento no soplaba hoy en esa dirección, pero a Roberto le preocupaba que se extendiera hacia el bosque. Al cabo de un rato hemos visto el helicóptero de la Guardia Civil. Qué distinta era la situación a otras veces, cuando su presencia era una matraca represora sobre las manifestaciones. Pese a lo tenso de la situación, había algo profundamente emocionante: la organización transversal, espontánea, de la gente protegiendo su espacio. Las cadenas, la solidaridad, la entrega. Había algo realmente orgánico en esa reacción unanimita. He pensado en Jean-Michel Jarre.

—Va a haber suerte —ha dicho mi tío.

—¿Por qué?

—Cuando el cabezo tiene montera, llueve aunque Dios no quiera.

¿Cómo ha sucedido?

Parece ser que esta mañana a eso de las 8.30 ha llegado a la zona un dron de Amazon. Ramiro y Javier volvían, después de terminar la jornada de caza, y han visto el dron. No estaban seguros de qué era, pero han decidido dispararle.

Hay cierta controversia sobre cuál de los dos ha acertado, pero el caso es que lo han derribado. Según ellos, el dron ha hecho una trayectoria un poco extraña, como de globo desinflándose, y ha acabado estrellándose en la serrería.

La reacción de la gente ha sido rápida y la lluvia ha evitado consecuencias más graves. Por decirlo con otras palabras: al núcleo irradiador le ha faltado fuelle. Se han quemado algunas cosas en la serrería pero no ha sido catastrófico. Al ver los restos del dron, la gente se preguntaba qué hacía en la zona un aparato de Amazon. Enseguida se me ha ocurrido una hipótesis, pero me ha parecido que no era el momento. Ya habrá otras ocasiones.

La que debía sospechar algo es Lourdes, que ha pasado un momento a mi lado y me ha dicho al oído:

—Notas de fresa, avellana y cacao —se ha acercado un poco más—. Y, claro: tueste torrefacto.

DONDE NUESTRO HÉROE VISLUMBRA NUEVAS POSIBILIDADES Y SE ENCUENTRA CON SU PASADO

Hace días que no podía escribir. Han ocurrido muchas cosas que no me permitían seguir con el diario. Hasta ahora no he tenido ni el tiempo ni la concentración necesarios para armar un relato coherente. Por supuesto, sé que la idea de un relato coherente es en sí un constructo cultural, una ilusión que pretende dar sentido a una experiencia esencialmente caótica, la aspiración de configurar un relato que no es sino una falsificación ideológicamente motivada de un acontecer arbitrario que agota los significados. Qué decir del componente de teleología cristiana que hay en las anécdotas aparentemente más banales, siempre provistas de un principio y un final.

Además, se me había acabado la Moleskine y en la tienda del pueblo solo hay cuadernos de dos líneas.

Eso (salvo lo de la Moleskine) me lo decían mis profesores en la carrera, pero no creo que vivieran algo parecido a la trayectoria vertiginosa que me ha llevado a la situación actual, incierta pero ilusionante.

Ahora no sé si se dice el Moleskine o la Moleskine. Debo reflexionar sobre eso. Tiene connotaciones.

Pero a las cosas, que decía aquel. Aunque el fuego se controló ese mismo día y los daños fueron limitados, La Cañada tardó un tiempo en recobrar la normalidad tras el incendio de la serrería. Los primeros días era evidente que la comunidad estaba más unida. No quiero parecer presuntuoso, pero creo que eso no habría pasado sin mi intervención, al margen de que fuera en buena medida involuntaria. Aun así, notaba la hostilidad de algunas personas. El alcalde, que era el dueño de la serrería, había pasado de no darme cita a mirarme mal desde el otro extremo del bar de la carretera. Entre dientes, decía:

—A este habría que tirarlo por el Barranco de los Forasteros.

—A este habría que ahogarlo en la Fuente del Forastero.

—A este habría que mandarlo a cascarla al Pozo del Forastero.

Me sentía afortunado por vivir en un pueblo tan hospitalario. Dedicar tantos sitios de un municipio a los que no son lugareños muestra una clara voluntad de acogida. Pero no sabía

exactamente cuál era el referente del deíctico —o sea, si el alcalde hablaba de mí.

—No, hombre, es hablar por hablar —me dijo Lourdes.

—Pero más vale que no te acerques mucho a ninguno los tres sitios, que te joderán —dijo Ramiro.

Seguí con mis proyectos: preparaba la casa y el terreno en el campo de Valdepinar, para nuestra granja orgánica colaborativa basada en los principios de sostenibilidad y responsabilidad medioambiental. Mohamed venía a ayudarme por las tardes. Yanis, feliz, jugaba. Ramiro y Javier me contaban sus historias de caza. Primarias, pero qué entrañables. Por las noches debatía con mis tíos durante la cena. De vez en cuando mi tío miraba el televisor, apagado casi desde que yo había llegado. Notaba cómo los dos preferían esta nueva forma de vida, lejos de las herramientas alienantes del capitalismo tardío. ¿No era un poco como lo de Marx: cazar por la mañana, pescar por la tarde, apacentar al ganado por la noche y después dedicarme a la crítica? Una vez a la semana, daba los talleres de nuevas masculinidades en la cochera de mi tía. Acudían regularmente dos de sus amigas y una tía lejana mía, lo que suponía una parte significativa de las mujeres del pueblo.

La vida cambiaba un poco el fin de semana. Llegaba gente de la ciudad a la casa del pueblo. Había algún extranjero y venían turistas catalanes, que llegaban con su tupper de tortilla y pasaban media mañana llenando garrafas en la fuente de la plaza. Algún fin de semana iba con Ramiro y Javier a las fiestas de los pueblos cercanos. Así me fui familiarizando con las costumbres locales y con la música de la zona. Un día atropellamos un jabato volviendo de madrugada. Javier y Ramiro insistieron en que nos lo lleváramos y nos lo comiéramos. Yo dudaba pero insistieron mucho. Se empeñaron en que fuera a cenarlo con ellos. Aunque había sido vegetariano durante mucho tiempo, al final no pude negarme. Además, yo conducía el coche y con la broma Ramiro y Javier dijeron que era uno de los cazadores del pueblo. Me había cobrado más piezas que el hijo del alcalde, que llevaba toda la vida saliendo al monte. (Cuando llegué al bar un par de días más tarde, Lourdes dijo: «Mira, ahí viene Astérix».)

Pensé que podía aportar también algo en las tareas de dinamización de los jóvenes, que en el mundo rural no tienen las mismas oportunidades de entretenimiento que en los núcleos urbanos. Así, a eso de las cinco me pasaba por el campo que había junto al colegio, en la zona de las eras, y les mostraba juegos alternativos, distintos a los deportes competitivos y heteropatriarcales a los que estaban acostumbrados. Les convencí de que dejaran de contar los goles cuando jugaban al fútbol, y más tarde suprimimos la noción de que hubiera dos equipos. Era mucho más pedagógico trabajar todos juntos para lograr el mismo objetivo. Aunque alguno se mostraba reticente al principio y varios decían que preferían irse a casa a jugar a un videojuego, creo que se lo pasaban bien. Esa aparente resistencia era el característico humor de la tierra, y notaba cómo se alegraban cuando me acercaba a las eras: «Que viene el hippie», decían, muy simpáticos, excitados por la

novedad. Aun así, no quería que mi presencia fuera demasiado invasiva y me iba al cabo de un rato. Una cosa curiosa es que uno de esos días, cuando me marchaba, me golpeó un canto rodado en la cabeza. Es asombrosa la fuerza que tiene el viento en la montaña.

Fue poco después de la pedrada —me acuerdo porque todavía llevaba tres puntos de aproximación en la frente— cuando pasó lo de Lourdes. La cosa fue un poco confusa, y tampoco quiero leer más de lo que hay.

Me pidió que la acompañara a la barra del poli, que está cerca del depósito de agua, a las afueras del pueblo. Ese fin de semana había una fiesta, un pequeño concierto el sábado noche. Es de un dúo de la zona, se llaman Sal y Pimienta y, según me contó ella, antes eran un marido y una mujer, pero ahora son el padre y la hija, así que Sal o Pimienta es un poco como el Pirata Roberts de *La princesa prometida*.

Bajamos las cosas en la furgoneta, Lourdes descargaba el barril y yo los vasos de plástico. Nos quedamos mirando un momento el cielo, el sol se escondía detrás del Cabezo y enfrente se veía, casi en sombra, Valdepinar, cerca del límite de la provincia.

Estuve a punto de decir algo pero no encontraba las palabras adecuadas. Al final, brotaron.

Nuestras sombras eran grandes en la pared del frontón y pensé que sería un buen sitio para poner películas en verano. Un ciclo los viernes por la noche, con películas de Hong Sang-soo, Mia Hansen-Løve y Jonas Mekas. Quizá podría hacerse un festival de cine.

—Qué bonita es la primavera en la naturaleza —le dije: evidentemente, es perturbador ver la gran cantidad de violencia y sexo no consensual que se producen en esos meses en el reino animal y vegetal, pero es también un espectáculo hermoso—: *Terrible beauty*, que diría Yeats. ¡Ah, paradoja!

—Tú sí que eres paradoja —dijo Lourdes, y se lió un porro.

Cuando me ofreció, comenté que me sorprendía que hubiera drogas en el pueblo. Se echó a reír. Luego le dije que yo naturalmente estaba a favor de la despenalización de las drogas y que en modo alguno juzgaba.

La carcajada que soltó casi hizo eco. Luego me ofreció otra calada:

—¿Quieres poción mágica, Astérix?

Y allí, no quiero exagerar ni parecer presuntuoso, me pareció que hubo un momento de extraña intimidad.

No quería —no quise— darle más importancia de la que tenía, uno siempre puede malinterpretar, pero fue para mí un instante especial. Esa noche me quedé despierto un buen rato, pensando en Lourdes y los temas que habíamos hablado. Quizá, después de todo, había encontrado mi lugar. El compromiso político no era incompatible con la posibilidad de la felicidad, con un

amor que ya no se basa en una nociva concepción romántica sino en el auténtico compañerismo. Mi opción vital no implicaba necesariamente la renuncia que había imaginado alguna vez. Intenté contener ciertos impulsos eróticos involuntarios: satisfacer esa urgencia no sería solo una cosificación sino, en cierto modo, una agresión. Para distraerme traté de pensar en el calentamiento climático y el regreso del fascismo, pero aquella noche eso tampoco terminaba de tranquilizarme.

Al día siguiente no me levanté a tiempo para el yoga en el corral. Me despertó el sonido de una voz conocida. En un primer momento no podía creerlo. Me asomé a la ventana y vi a Edu, Javi, Lina y Julia, en el coche de los padres de Edu. Bajé a saludarlos un poco perplejo: era raro ver de pronto a mis amigos de Lavapiés, mis compañeros. Me dijeron que me habían escrito por WhatsApp para avisarme de que venían. La verdad es que últimamente no miraba mucho el teléfono. Me sorprendió su visita y me extrañó que vinieran todos juntos. Un par de semanas antes, Edu me había dicho que no sabía nada de Lina y ahora aparecía con ella. Luego me alegré de que se hubieran encontrado.

Lina no había contestado ninguno de mis mensajes. De hecho, quizá fuera una de las razones por las que había dejado de acercarme a la zona de las eras donde había cobertura.

Me contaron que ahora nos habían expulsado a todos del partido. Tenemos que ponernos al día, dijeron. Por lo visto, nuestra escisión había sido un éxito pero luego la gente a la que habíamos reclutado había escogido un nuevo equipo directivo. Edu me dijo que eso sí que había sido un golpe de Estado. Así que habían decidido que se vendrían al pueblo conmigo a colaborar en la granja orgánica, para transformar el modelo productivo en la España vacía. Javi me dijo que aun así no era definitivo, tardarían un poco más, y entre otras cosas tenían que devolver el coche a los padres de Edu, que lo necesitaban para trabajar (por eso habían venido el fin de semana). Lina me dijo que le había gustado mucho el paisaje, era distinto a como lo había imaginado. Me enseñó unas fotos que había puesto en Instagram. Luego estuvimos paseando por el pueblo los cinco.

En parte, me alegraba que hubieran venido. Eran mis amigos, mi (¿ex?)¿novia?, mis compañeros, y era emocionante que quisieran conocer el pueblo e incluso unirse al proyecto. ¿No había sido ese el plan desde el principio? Al mismo tiempo, me sentía un poco raro. En la comida, que fue en casa de mi tía (de primero, borraja con patatas; de segundo, ternasco), hablaron de varias polémicas de Twitter. Julia se quejó de que en una discusión alguien que consideraba amigo había faveado los argumentos contrarios. Javi y Lina dijeron que era insoportable y que se iban a ir de Twitter porque era horrible. Les ponía nerviosos que no hubiera cobertura. Yo no estaba al tanto de las discusiones y se me olvidaban los nicks de la gente. Me sentía de repente un poco fuera.

Había detalles que me incomodaban y a la vez me incomodaba que me incomodaran. Después de comer fuimos a tomar un café en el bar. Edu se quejó de que no hubiera leche de soja. Javi y

Julia contaron que en el viaje en un bar de carretera los habían tratado con abierta hostilidad: quieras que no, se notaba el secular odio al mundo urbano. En el bar Lina fue un poco distante con Ramiro y Javier, y me pareció displicente cuando le presenté a Lourdes.

Les enseñé el terreno de Valdepinar. Julia dijo que estaba muy bien que trabajara conmigo Mohamed. Javi estuvo de acuerdo. Que empleara como peón al magrebí del pueblo demostraba la vocación inclusiva del proyecto. Criticaron que Yanis estuviera atado en vez de ir libremente. Les dije que era una ordenanza municipal y Edu dijo que era un ejemplo de opresión especista. Lina señaló que la caseta donde guardaba los aperos no tenía acceso para personas de movilidad diferente. Cuando dije aperos se rieron de que empleara «una jerga incomprensible». Después me reprocharon que utilizara técnicas y cultivos occidentales. Según Edu, debería prestar más atención a otras culturas. Había visto en la cuarta entrega de Indiana Jones que los incas disponían los campos de otra forma en la ladera de la montaña. ¿Por qué el nuestro —dijo el nuestro— era como los otros campos del pueblo? ¿Por qué adoptábamos un sistema de cultivo eurocéntrico? Yo no quería ser antipático, aunque es posible que lo fuera. Pero ¿qué sabía él?

—¿Este es tu amigo? —me preguntó Ramiro—. Porque es más tonto que un cerrojo.

POLIFONÍA RURAL, JOTAS FEMINISTAS,
EL HOMBRE QUE SUSURRABA A LAS OVEJAS Y
UN DUELO AL AMANECER

ABRE DE NEGRO

INT. SALA DE ENTREVISTAS

RAMIRO MILLÁN, MINERO JUBILADO, CAMPEÓN DE TIRO: En ese momento me di cuenta de que había nacido para eso. Es un talento natural.

ENTREVISTADOR (EN OFF): Pero ¿habías visto antes algo?

RAMIRO: No.

ENTREVISTADOR (EN OFF): No lo habías pensado...

RAMIRO: A ver, copón. A toro pasado todos sabemos mucho. Cuando llegó sobre todo me parecía un empanado.

CORTA A:

RAFAEL ORTÍN, TÍO DEL HIPSTER: Un poco especial sí que ha sido siempre.

PILAR BRUMÓS, TÍA DEL HIPSTER: Tuvo hepatitis de pequeño, para mí que fue por eso.

CORTA A:

LOURDES PAMPLONA, HOSTELERA: ¿Raro? No. Diferente. Con personalidad.

CORTA A:

MOHAMED SAMSAL, PASTOR: Lo malo fue que se empeñó en que yo hacía el Ramadán. No me preguntó, lo dio por supuesto. Estaba tan convencido que me daba cosa que se enterase. Es muy sensible y no quería darle un disgusto. Ahí se ponía mirando al campo a veces, todo melancólico. No podía comer delante de él y casi me muerdo de hambre.

CORTA A:

MOHAMED: Que comiera jamón le extrañaba al principio, pero le dije que había un hadiz que

explicaba que se podía si era de denominación de origen.

CORTA A:

GRUPO DEL TALLER DE NUEVAS MASCULINIDADES

ROSARIO LAFAJA, AMA DE CASA: Yo la verdad es que encontré muy interesante el taller.

ADORACIÓN TENA, AMA DE CASA: ¡Y cómo habla!

ROSARIO: Mejor que el cura.

ASCENSIÓN LAFAJA, AMA DE CASA: Un poco cansaba a veces con lo de «los chicos y las chicas», al final se hace pesado.

ROSARIO: ¿Y el cura no o qué?

CORTA A:

LEONARDO GASCÓN, AGRICULTOR JUBILADO Y DIRECTOR DE *EL PEIRÓN*, LA REVISTA DE LA CAÑADA: El momento decisivo fue esa noche. Estaban los amigos suyos que habían venido. Querían integrarse y seguro que con buena voluntad, pero qué paciencia. Ahí en la barra del frontón el cantamañanas de Edu preguntando si había cerveza artesana y diciendo que sería muy bueno que hubiera en el pueblo, cuando el concierto de Sal y Pimienta. La chavalada mordiendo el culo del vaso de plástico y bebiendo como si fuera un porrón y el destalentado con la monserga de la cerveza artesana y los gintonics de pepino.

Mal chico no será, pero qué ganas de darle un tozolón como a un gato.

CORTA A:

PILAR BRUMÓS, TÍA DEL HIPSTER: Esas dos, Lina y Julia, me parecieron un poco desustanciadas. Además, Lourdes es más buena moza.

RAFAEL ORTÍN, TÍO DEL HIPSTER: Dónde va a parar.

CORTA A:

LEONARDO GASCÓN, AGRICULTOR JUBILADO Y CRONISTA LOCAL: Se conoce que los amigos bebieron más de la cuenta, aunque no hubiera cerveza artesana ni pepino cortado para los gintonics en los vasos de plástico aquellos. Casi al final de la noche, les dio por hacer un acto de liberación animal. Y no se les ocurrió otra cosa que ir a soltar las ovejas del tío Teófilo el Rabioso, que las habían visto esa tarde, cuando fueron a dar una vuelta por el pueblo.

Ahí andaba este un poco distraído hablando con Lourdes en la barra y de pronto cayó en que no estaban los amigos. Rápidamente se le ocurrió lo que podían estar tramando, se ve que los conocía bien.

CORTA A:

LOURDES PAMPLONA, HOSTELERA: Estábamos charlando tranquilamente y de repente vio una luz a lo lejos.

CORTA A:

LEONARDO GASCÓN, AGRICULTOR JUBILADO Y CRONISTA LOCAL: Si hubieran soltado los cerdos de Ovidio, o los visones de Marcial... pues la cosa habría ido peor.

ENTREVISTADOR (OFF): ¿Los visones de Marcial?

LEONARDO: Sí, que el padre era profesor de latín en Alcañiz.

ENTREVISTADOR (OFF): Siga, siga.

LEONARDO: Pues que si hubieran soltado otros animales habrían hecho muchísimo rastro. Porque al final las ovejas salieron un poco por el prado pero no se marcharon. Total que llegó corriendo a todo correr, sus amigos ya no estaban y se encuentra la era con las ovejas desperdigadas. Y si lo ves ahí el hombre cogiendo una oveja, intentando convencerla de que volviera al corral. Todo serio, con el perro agachado detrás lloriqueando, él hablando a la oveja al oído.

ENTREVISTADOR (OFF): El perro. ¿Yanis?

LEONARDO: Sí. Que se creía que iba a ayudarle. Pero, claro, no. No estaba acostumbrado y tenía miedo a las ovejas. Daba más faena el perro que las ovejas.

Lo menos se tiró ahí el pobre una hora metiendo ovejas en el corral, que cuando sacaba una se le escapaba otra. Y al final de todo ya casi clareaba y medio pueblo estaba mirando, enfrente del pilón ahí en las eras.

CORTA A:

RAMIRO MILLÁN, EXMINERO, CAMPEÓN DE TIRO AL BLANCO Y JEFE DE CAMPAÑA: Fíjate cómo es la cosa. Él está ahí, haciéndose responsable de lo que han hecho sus amigos, que es una idiotez. Él es, digamos, como la película aquella de los griegos y los barcos.

ENTREVISTADOR (OFF): Ahora no caigo.

JAVIER MILLÁN, EXMINERO Y CAMPEÓN DE TIRO: Que sale Brad Pitt todo julandrón.

ENTREVISTADOR (OFF): *Troya*.

RAMIRO: Una que el hermano pequeño se lleva a la mujer de uno y va a que lo proteja el hermano mayor en la ciudad y claro, llega el marido engañado con un montón de soldados y una mala hostia del copón de la baraja.

ENTREVISTADOR (OFF): Sí, debe de ser esa.

RAMIRO: Mi momento favorito es cuando ves la cara del pobre hermano mayor que dice: «Y ahora tengo que hacer esto porque es mi hermano, un soplagaitas, pero es mi hermano».

JAVIER: Hombre, así del todo no es.

RAMIRO: Todo te lo tomas por lo personal.

JAVIER: No es verdad.

RAMIRO: Además, el hermano mayor eres tú.

CORTA A:

GRUPO DEL TALLER DE NUEVAS MASCULINIDADES

ADORACIÓN TENA, AMA DE CASA: Pues nada, era una cosa de reflexionar, muy tranquila, del heteropatriarcado y todo eso. Di que mejor habría sido que hubiera venido algún hombre, porque al final era más cosa de ellos.

ASCENSIÓN TENA, AMA DE CASA: Van a venir... Todo el día en el bar dale que dale. Qué harta me tienen.

ADORACIÓN: Hombre, justo el tuyo... que está muerto.

ASCENSIÓN: Otra cosa no, pero siempre tenía excusas para todo.

ROSARIO LAFAJA, AMA DE CASA: A veces decía lo de vamos a entrar en la cultura local, que decía él. Las fiestas, las cosas del pueblo. Y que si las jotas... cómo se decía.

ADORACIÓN: Resignificar.

ASCENSIÓN: Al estilo feminista.

ROSARIO: Pues eso. Y bien que las resignificamos.

ASCENSIÓN: Un poco le tomabais el pelo, eh.

ADORACIÓN: Con la de la perra.

ROSARIO:

*No me jodas en el suelo
como si fuera una perra,
que con esos cojonazos
me llenas el coño' tierra.*

¡La cara que ponía!

ASCENSIÓN: Y tú ahí: «No me digas que no empodera».

CORTA A:

MOHAMED SAMAL, PASTOR: La carrera la gané por eso. Él empeñado en que yo corría mucho porque soy del Atlas y El Guerrouj y no sé qué de que es parte de mi identidad. Y yo no corría mucho,

pero no podía beber delante de él y al final, cuando me puse a correr con todos los del pueblo, era el único que no iba borracho. El pobre no sabía que el premio era un lechón y luego vaya disgusto que se llevó. Que yo no podía comer, qué pena, qué injusto, ¿no se podía cambiar el premio por unas lechugas orgánicas?

CORTA A:

JAVIER MILLÁN, EXMINERO, CAMPEÓN DE TIRO AL BLANCO: Beber, bebe.

CORTA A:

PILAR BRUMÓS, TÍA DEL HIPSTER: Pues vino el chico con Ramiro a decírnoslo...

RAFAEL ORTÍN, TÍO DEL HIPSTER: Había sido idea de Ramiro.

PILAR: Los dos todo formales que parecía que fueran a pedir la mano.

RAFAEL: Y esta se puso a calcular. Que si el Ratón eran tres en casa, que si el Tocinero, que si unos de izquierdas, otros de derechas, que si la mujer del tío Ruta siempre había sido más bien de izquierdas, que el tío de Paca seguía en la cuneta ahí cerca del palomar... Total, que sacó las cuentas.

PILAR: Entre setenta y ochenta, así se lo dije. Setenta y cinco y ochenta si hacía buen día.

RAFAEL: Un sol hizo aquel día.

PILAR: Puse la ropa a tender de buena mañana y antes de comer ya estaba seca.

RAFAEL: ¿Y sabe cuánto salió al final?

ENTREVISTADOR (OFF): Lo tengo aquí apuntado.

RAFAEL: Setenta y siete.

PILAR: Setenta y siete.

RAFAEL: Ni el Llaneras.

CORTA A:

LEONARDO GASCÓN, AGRICULTOR RETIRADO Y CRONISTA LOCAL: Bueno, estaba ahí y medio pueblo mirando y Santiago, el chico del alcalde, y Javier el de Águeda y tres o cuatro más de esa cuadrilla, que siempre han sido los más brutos del pueblo, iban hacia él. Vamos, yo creo que todos veíamos lo que iba a pasar. Porque raro es el año que no acabe alguno ahí metido, normalmente algún forastero...

ENTREVISTADOR (OFF): ¿En el abrevadero?

LEONARDO: Sí. Bacio, le decimos. No podemos decir que sean unas fiestas si no acaban tirando a uno al bacio, que normalmente es en verano, pero bueno todo se acelera en estos tiempos y puede

que ahora salgamos a dos por año, leí el otro día que la globalización es compresión en el tiempo y en el espacio.

CORTA A:

RAMIRO MILLÁN, EXMINERO, CAMPEÓN DE TIRO AL BLANCO Y JEFE DE CAMPAÑA: Hombre, que el problema lo tenía desde el principio con el alcalde estaba claro. Pero ya antes. Si estaba todo el día ahí intentando presentar proyectos y el otro dándole largas. Veía un rival. Quieras que no, fue el primero en darse cuenta.

JAVIER MILLÁN, EXMINERO, CAMPEÓN DE TIRO AL BLANCO: Y también cuando se quemó la serrería le tomó ojeriza.

RAMIRO: Hay gente que se enfada por nada.

JAVIER: Y el hijo ni te cuento.

CORTA A:

MANUELA PUYÓ, MAESTRA: Yo la verdad ya me lo veía en el abrevadero aquel. Una cosa salvaje, brutal, qué voy a decir. Lo estaba grabando con el móvil de la indignación que me producía.

CORTA A:

LEONARDO GASCÓN, AGRICULTOR JUBILADO Y CRONISTA LOCAL: Y entonces, todos avanzando hacia él, va y se quita la cazadora, da un paso al frente y dice:

—No tienes cojones.

CORTA A:

MANUELA PUYÓ, MAESTRA: Y cierra el puño... Y lo abre.

CORTA A:

RICARDO JULVE, NIÑO (DEBERÍA ESTAR DORMIDO A ESA HORA): Saca tres dedos.

CORTA A:

LOURDES PAMPLONA, HOSTELERA: ...Y dice: ¡Seis!

CORTA A:

LEONARDO GASCÓN, AGRICULTOR JUBILADO Y CRONISTA LOCAL: Lo estaba desafiando a una partida de morra.

ENTREVISTADOR (OFF): ¿Morra?

LEONARDO: Es un juego que consiste en adivinar el número de dedos que sacan entre dos jugadores. Una cosa muy típica de la zona. Vamos, y te lo dicen y cómo no vas a jugar a eso. Parece que te achantas si no.

ENTREVISTADOR (OFF): ¿Es una tradición local? ¿Es pintoresca? Igual interesa al *New York Times*.

LEONARDO: A ver. Lo jugaban en el Antiguo Egipto. ¿Te suena Cleopatra?

ENTREVISTADOR (OFF): Tomo nota.

LEONARDO: Tradición local. ¿Tu programa tiene voz en Wikipedia en inglés? Porque esto sí.

BIEN ESTÁ LO QUE BIEN ACABA

ABRE DE NEGRO

INT. SALA DE ENTREVISTAS

EL HIPSTER:

Yo había visto la morra en el capítulo aquel del Maestrazgo de *Un país en la mochila* de José Antonio Labordeta. Una temporada nos dio por eso. Quedábamos en casa de unos amigos, en realidad de una novia que tenía, que compartía piso en Antón Martín. Veíamos alguna de Chris Marker o el diario de David Perlov y luego poníamos ese episodio. Siempre así. Debió de durar la cosa cuatro o cinco meses. Luego ella me dejó y yo dejé de verlo.

CORTA A:

RAMIRO MILLÁN, MINERO JUBILADO, CAMPEÓN DE TIRO, JEFE DE CAMPAÑA: Fue el discurso.

JAVIER MILLÁN, MINERO JUBILADO, CAMPEÓN DE TIRO: Vamos, lo que dijo.

RAMIRO: Ahí fue cuando me di cuenta.

JAVIER: Nos quedamos todos...

RAMIRO: Rediós.

CORTA A:

LEONARDO GASCÓN, AGRICULTOR JUBILADO Y CRONISTA LOCAL: A ver, este ganó la partida, pero eso tampoco quería decir que no fuera a acabar en el bacio.

ENTREVISTADOR (OFF): ¿El bacio?

LEONARDO: A ver. El pilón. El gamellón.

ENTREVISTADOR (OFF): El gamellón.

LEONARDO: ¿No se lo he dicho ya antes?

CÁMARA (OFF): Sí, sí.

LEONARDO: A ver si estamos a lo que estamos.

CORTA A:

MANUELA PUYÓ, MAESTRA: Está todo grabado en el vídeo, que luego lo subí a YouTube y tiene no

sé cuántos miles de visionados.

CORTA A:

LEONARDO GASCÓN, AGRICULTOR JUBILADO Y CRONISTA LOCAL: Eso Lourdes lo sabía perfectamente, que igual ha acabado media docena de forasteros en el bacio en los últimos cuatro o cinco años. Por eso cogió el tractor que el tío Juan tenía en el corral y se plantó en mitad de las eras...

ENTREVISTADOR (OFF): Aprovechó el efecto sorpresa.

LEONARDO: ¿Tú has visto un tractor alguna vez?

ENTREVISTADOR (OFF): Sí.

LEONARDO: Pues entre lo poco que corre y la ruidera que arma no hay sorpresa que valga. Pero ahí que se metió en medio y le dijo a este que subiera al remolque y salieron por la cuesta esa hacia la carretera, la verdad es que Lourdes estaba que se moría de risa y medio pueblo también.

CORTA A:

EL HIPSTER: Tiene cierto sentido que las cosas sean como son. No puedes pretender llegar a un sitio y decir de repente esto tiene que ser como yo diga, o como dijera un filósofo en París en 1977. El filósofo también es producto de un contexto determinado, de un entramado de influencias que dialogan entre sí y configuran una cosmovisión determinada... No digo que no haya que plantear la batalla discursiva ni que esta en sí carezca de importancia, pero las cosas tienen un contexto y no todo puede ser exactamente igual, la hegemonía no se conquista así como así. No puedes aplicar de repente un ideario racionalista sin tener en cuenta las peculiaridades.

CORTA A:

EL HIPSTER: ¡Es que sería poco racional hacerlo! La voluntad política tiene límites.

CORTA A:

EL HIPSTER: No, para nada, eso no es oponerse al progreso.

CORTA A:

EL HIPSTER: Define progreso.

CORTA A:

MANUELA PUYÓ, MAESTRA: Claro, nada más salir de las eras subes la cuesta y ya estás en la carretera...

CORTA A:

LEONARDO GASCÓN, AGRICULTOR JUBILADO Y CRONISTA LOCAL: La risa fue lo que les jodió, claro, y por eso fueron detrás de ellos.

Total que ahí tenías a Lourdes y a este en la carretera en el tractor y detrás los otros en el coche.

El tractor no iba muy rápido, pero como ocupaba toda la carretera no había manera de adelantarlo.

CORTA A:

GRUPO DEL TALLER DE NUEVAS MASCULINIDADES

ADORACIÓN TENA, AMA DE CASA: Medio pueblo, que ya era casi de día, iba detrás, porque no se armaba una igual desde que Rosario encontró a Paco en la cama de la panadera, que prendió fuego al horno y todo.

ASCENSIÓN TENA, AMA DE CASA: Por eso ahora traen el pan de Molinos.

ROSARIO LAFAJA, AMA DE CASA: Bien bueno que está.

ASCENSIÓN: En eso hemos salido ganando.

CORTA A:

EL HIPSTER: Enseguida me sentí acogido. Ni siquiera eso. Era uno más. A veces se dice que en los pueblos la gente es cerrada, que no está abierta a los cambios. Para nada. Era uno más.

CORTA A:

RAFAEL ORTÍN, TÍO DEL HIPSTER: Me dice: oye, ¿no podríamos tener un huerto ecológico, como los de Lavapiés?

ENTREVISTADOR (OFF): ¿Y le hizo caso?

PILAR BRUMÓS, TÍA DEL HIPSTER: Claro que le hizo caso. Cómo no le va a hacer caso al chico.

RAFAEL Y PILAR: (*Risas, ininteligible.*)

CORTA A:

JOSEFINA USÓN, ALGUACILA: Al tercer o cuarto día que llevaba en el pueblo se me plantó en el Ayuntamiento con un papel. Que tenía unas ideas para cambiar los pregones. «Se hace saber, por orden del señor alcalde, para que lo sepan todas y todos los y las habitantes, que han venido los y las comerciantes ambulantes», por ejemplo. Es muy distinto al «Se hace saber, por orden del señor alcalde, que ha venido el gitano». Ahora me lleva bastante más tiempo decir el pregón. Pero te acostumbras.

CORTA A:

PACA VALLESPÍN, COMERCIANTE: Me pidió hamburguesas de soja, yo le di las normales treinta céntimos más caras y la semana siguiente vino a por más.

CORTA A:

PACA: Ahora vendemos bastantes hamburguesas de esas, parece que gustan más.

CORTA A:

JOSEFINA USÓN, ALGUACILA: Mira por el pueblo, eso está claro.

CORTA A:

MARI CARMEN GASPAS, ADMINISTRATIVA EN LA SERRERÍA: A mí siempre me ha parecido un chico muy majo, no sé por qué le tienes tanta manía.

MÁXIMO MESEGUER, DUEÑO DE LA SERRERÍA, EXALCALDE: Un cantamañanas.

MARI CARMEN: Pero ¿no te gustó el discurso?

MÁXIMO: Mucho hablar y a la hora de la verdad, nada.

MARI CARMEN: Pues, chico, qué quieres que te diga, a mí me gustó. Y el taller este que fui un día también.

MÁXIMO: Un soplagaitas.

MARI CARMEN: Yo le voté.

CORTA A:

EL HIPSTER: A ver, por supuesto que el ciudadano debe ser un contrapoder, pero a veces es mejor preferir lo familiar a lo desconocido, lo que se ha probado a lo que no, el hecho al misterio, lo real a lo posible, lo limitado a lo infinito, lo cercano a lo distante, lo suficiente a lo superabundante, lo conveniente a lo perfecto, la risa presente a la felicidad utópica...

CORTA A:

LEONARDO GASCÓN, AGRICULTOR JUBILADO Y CRONISTA LOCAL: El cartel se ve ahí justo donde el río. Claro que está seco. Debajo de la pintada de «No al cementerio nuclear». Querían traerlo hace años, en los noventa. Decían que iba a darle mucha vida al pueblo.

CORTA A:

RAMIRO MILLÁN, EXMINERO, CAMPEÓN DE TIRO, JEFE DE CAMPAÑA: Claro que no fue aposta, copón.

Los destalentados habían dejado el autobús ahí en medio, mal aparcado, y Lourdes y este llegaban ahí bajando la cuesta, hacia el río...

JAVIER, EXMINERO, CAMPEÓN DE TIRO: Claro que está seco.

CORTA A:

LEONARDO GASCÓN, AGRICULTOR JUBILADO Y CRONISTA LOCAL: Unos dicen que habían sacado un espray para poner «Países catalanes» en el cartel de entrada de la provincia. Otros que estaban medio mareados porque no están acostumbrados a carreteras tan malas y que habían parado un momento en la cuneta. La cuestión es que el autobús estaba ahí en mitad de la carretera, y estos llegaron con el tractor.

CORTA A:

JAVIER MILLÁN, EXMINERO, CAMPEÓN DE TIRO: Menudo empentón.

RAMIRO MILLÁN, EXMINERO, CAMPEÓN DE TIRO, JEFE DE CAMPAÑA: Es que la carretera es estrecha.

JAVIER: Ahora, que Lourdes y este bien que saltaron.

CORTA A:

GRUPO DEL TALLER DE NUEVAS MASCULINIDADES

ADORACIÓN TENA, AMA DE CASA: El maletero del autocar se abrió así, de par en par.

ROSARIO LAFAJA, AMA DE CASA: De arriba a abajo será.

ASCENSIÓN TENA, AMA DE CASA: ¿Tú qué sabes?

ADORACIÓN: La cuestión es que se abrió.

CORTA A:

LEONARDO GASCÓN, AGRICULTOR JUBILADO Y CRONISTA LOCAL: El maletero se abrió y se cayeron dos o tres maletas y una cosa rectangular, envuelta en una especie de paño. Y entonces este fue a cogerlo, por hacer el favor, y Lourdes se dio cuenta de lo que era.

CORTA A:

PILAR BRUMÓS, TÍA DEL HIPSTER: El cuadro de la patrona.

CORTA A:

LEONARDO GASCÓN, AGRICULTOR JUBILADO Y CRONISTA LOCAL: El cuadro en honor a santa Ana, de Feliciano Lerín, mil ochocientos y pico, que lo habían robado de la ermita.

ENTREVISTADOR (OFF): Bueno, ellos dijeron que era para restaurarlo, que estaba deteriorado.

LEONARDO: Los cojones. El pueblo ya había contactado con Cecilia, la del *Ecce Homo*.

CORTA A:

GRUPO DEL TALLER DE NUEVAS MASCULINIDADES

ADORACIÓN TENA, AMA DE CASA: Hombre, valor artístico no tenía mucho...

ASCENSIÓN TENA, AMA DE CASA: Un poco zaborrero era, sí.

ROSARIO LAFAJA, AMA DE CASA: Pero sentimental...

ASCENSIÓN: Tampoco tanto.

ADORACIÓN: Pero era nuestro.

CORTA A:

ENTREVISTADOR (OFF): ¿Y qué pasó a continuación?

PILAR BRUMÓS, TÍA DEL HIPSTER: Lourdes reconoció el cuadro, y se puso delante de él, entre el cuadro y los demás. Le dijo al chico que subiera el cuadro al remolque.

CORTA A:

LEONARDO GASCÓN, AGRICULTOR JUBILADO Y CRONISTA LOCAL: Copón, una aragonesa contra veinte catalanes era una superioridad numérica muy clara a favor de Lourdes. Eso lo sabíamos todos. Uno empezó a decir que había que buscar el diálogo y se podía compartir la propiedad: dejar el cuadro en el museo en Lérida y poner una diapositiva en la ermita. Mientras discutían, hubo otro que se acercó un poco y Lourdes hizo como que daba un paso al frente. Cinco se tiraron al suelo ahí mismo, heridos. Uno se puso de rodillas y empezó a lloriquear:

—¿Y si judicializamos el conflicto? —decía.

CORTA A:

PILAR BRUMÓS, AMA DE CASA, TÍA DEL HIPSTER: Entonces fue cuando el chico dio el discurso.

CORTA A:

RAMIRO MILLÁN, EXMINERO, CAMPEÓN DE TIRO, JEFE DE CAMPAÑA: Sí, fue un discurso muy corto. ¿Y qué? ¿Sabes cuántas palabras tenía el discurso de Gettysburg?

ENTREVISTADOR (OFF): No.

RAMIRO: 271.

JAVIER MILLÁN, EXMINERO, CAMPEÓN DE TIRO: Y sobra la mitad.

RAMIRO: Lo bueno, si breve.

CORTA A:

LEONARDO GASCÓN, AGRICULTOR JUBILADO Y CRONISTA LOCAL: Claro que fue una noticia. Hasta lo sacó el *Heraldo*. Era la primera vez que Aragón recuperaba algo de su patrimonio desde el siglo XV.

CORTA A:

PILAR BRUMÓS, AMA DE CASA, TÍA DEL HIPSTER: Hombre, es que fue un discurso...

RAFAEL ORTÍN, AGRICULTOR, TÍO DEL HIPSTER: Dijo un politólogo en La Sexta que era ortogonal.

PILAR: ¡Y aún se quedó corto!

RAFAEL: Yo lo llevo aquí en el móvil, con el gol de Nayim, si me pongo melancólico lo enchufo.

PILAR: Yo es que cuando empieza... «Teruel existe, idiota». Se me ponen los pelos de punta.

RAFAEL: Me lo grabó la chica, que estudia en Zaragoza.

PILAR: Ingeniería industrial.

RAFAEL: Mira, mira...

IMÁGENES DEL DISCURSO

MÚSICA ÉPICA

TÍTULOS DE CRÉDITO

AGRADECIMIENTOS

CORTA A:

ENTREVISTADOR (OFF): ¿Perdona, puedes deletrearlo otra vez?

EL HIPSTER: O-a-k-e-s-h-o-t-t.

UNA CAMPAÑA ELECTORAL

Pilar, la tía del hipster, deja un mensaje en el contestador automático de su hermana

Hola, ¿cómo estáis? ¿Bien? Me alegro. ¿Y los chicos? Muy bien. ¿La caldera se ha vuelto a estropear? Qué mala pata, eh, también tiene delito Antonio de fiarse de este que toda la vida ha sido un cantamañanas, qué poco talento. Bueeeno.

Nada, me he venido aquí de propio a llamarte porque te quería contar que estamos celebrando con el chico, qué cosas, quién lo iba a pensar, todo el mundo con esa monserga y yo tampoco te voy a decir que ya lo sabía aunque pregúntale a Rafael que la votación la clavé, como todos los años, pero el caso es que en realidad a mí no se me hace raro, las cosas como son, que el chico vale mucho yo siempre lo he sabido.

Me recuerda al abuelo. Eso no se lo esperaba ninguno de los dos, está claro, seguro que el chico ni se acuerda de él, qué mala hostia tenía de viejo, con la bata aquella por el pasillo, quieras que no se te ponían de corbata cuando te gritaba. Te voy a dar una guantada que te vas a acordar de ella aunque vivas ciento veinte años, la guantada no sé pero la frase no se nos ha olvidado a ninguno de los nietos.

Pero al final, por mucho que digas del genio o el somatén o lo que quieras, era un hombre cabal, eso está claro, buscaba siempre que todos estuvieran contentos, y ya te digo yo que al final procuraba llevarse bien con la gente, que eso todos lo reconocen. Y pues eso, el chico a veces me recuerda al abuelo, cuando se pone así de brazos cruzados y frunce el ceño que parece que no se acuerda de dónde ha dejado las llaves. Ahora ya sé que es cuando va ahí dale que dale con esa cabecica pero antes pensaba: qué empanada lleva este pobre. Y ahí lo tienes, alcalde, ganando las elecciones, el primer alcalde de izquierdas del pueblo desde la República dicen (bueno, hubo uno del PSOE pero Rafael dice que era más facha que Franco).

Y la verdad es que ahora ya no tiene la pinta aquella que se trajo. ¿Tú te acuerdas? Cómo no te vas a acordar, claro, bien que lo verías. Yo la noche aquella que llegó todo demacrado y más arguellado que un gato sin madre, con la mochilica aquella, apartando la cortina de las moscas del patio, saludando todo tímido pero cariñoso, ya sabes cómo es, y diciendo: mira, un murciélago, como si hubiera bajado la virgen con un vaso de vino. Tal y como venía llega detrás Rafael y le tira una alpargata al murciélago que lo aplastó contra la pared, lo menos me costó media tarde quitar la mancha de sangre y vaya cara de susto que puso Enrique, angelico. Tampoco es para tanto, que te vas a hartar de verlos, le dijo Rafael, ya sabes lo bruto que es. El chico todo

descompuesto nos dijo que venía un poco mareado del viaje, pero para mí que era otra cosa, se pasó semanas suspirando por la mosquita muerta esa de Madrid, parecía el tío Marcelino el Bronquios, de acá para allá con la botella de oxígeno que luego lo sondaron y me dijeron que bloqueaba el catéter de las pajas que se hacía el hombre, pero te iba diciendo que ahora al chico se le ve feliz, correteando por los campos con el perro ese que tiene, que no he visto un perro más tonto en mi vida, pero da alegría verlos ahí por la tarde, al final es que le coges cariño hasta al chucho Yanis o Janis o como se llame.

En el pueblo muchos pensaban que estaba como una chota o que andaba alelado, por ejemplo con la cosa esa de meter la cabeza dentro de los jarrones de la casa de la tía Rosario y cantar unas frases de un cantante de esos melancólicos que le gustan y decir: «Qué sonoridad». O cuando se puso a hablar del gallo y no sé qué masculinidad tóxica, en el bar, que todos se lo quedaron mirando. O cuando le dijo a la médica que la miel de Manuka era lo mejor para la garganta y que vendría bien a los mineros y tu primo Ovidio se lo llevó a sus colmenas a buscar, seguro que algo de mala intención tendría, que volvió el chico hecho un Cristo de picaduras... Un Urbason igual está bien, le dijo a la médica, que le había dicho medio de chungu que con un poco de miel y aloe vera seguro que se le curaban los picotazos.

Pero anda que no es pito el chico y si no que se lo pregunten a Roberto el forestal, que no veas cómo le ha quitado a Lourdes como quien no quiere la cosa, y mira cómo plantó cara a los que vinieron a robar el cuadro de la patrona, eso lo vio el pueblo entero, y ya te digo yo que si estuviera un poco más atento con el taller este de las nuevas masculinidades se podía aquí montar una que no tenía nadie tanto éxito desde el cura aquel tan guapo que vino en los tiempos del pájaro espino y se tuvo que ir del pueblo porque lo encorrieron los maridos.

De todas formas con esto de la campaña yo no las tenía todas conmigo hasta que vi el mensaje de Paco, que vive cerca del lavadero en una casa llena de gatos desde que cerraron el manicomio en Teruel. Lo dejó en la cochera una noche, un sobre y dentro un papelico todo doblado, ya sabes que no le gusta que lo vean:

Estimado Enrique:

Siempre he tenido en buena consideración a tu familia, todos buena gente. No he votado desde mi primera abducción, cuando se me llevaron los extraterrestres al Rebollar y me dijeron que por Aznar ni de coña. Pero esta vez sí, y votaré por ti porque tu familia siempre se ha portado bien conmigo y porque a este pueblo le vendría bien el cambio que representas.

Ahí ya me dije: Tate, tate, que el chico aún se lo lleva y todo. Que si Paco el Abducido, que no vota nunca, va a estar ahí el domingo eso quiere decir que este año igual cambia la cosa, porque casi siempre se llevan un pelo de conejo. Y mira si ha cambiado.

Bueno, pues nada, vuelvo con estos que estarán en el bar de la carretera, muchísimo rastro van

a hacer hoy. Hala, besicos, adiós, dios.

Del cuaderno del hipster

Qué difícil es saber cuál es el camino por el que nos lleva la vida. Lo dicen la *Divina comedia*, el I Ching y las canciones de Amaral, pero aun así siempre te pilla a contrapié. ¿Cómo iba a pensar yo que iría al campo, como una especie de Montaigne ecologista, a montar mi huerto colaborativo, y terminaría de nuevo en la acción, en el compromiso, en el fragor de la lucha política?

He tenido que dejar el huerto y concentrarme en la campaña.

Subo al Cabezo Budo a meditar. Tengo dudas. Me pregunto si estoy cegado por la ambición, por el ansia de poder. Miro el pueblo desde la cima, a lo lejos avanza un coche por la carretera serpenteante. Tengo que releer *Los persas*. A veces me pregunto cómo he podido meterme en este lío. «Ramiro ha sido siempre muy cabezón», me dijo anoche mi tía.

¿Montaigne no fue alcalde? (Tengo que mirarlo al llegar a casa.)

Hablando con la gente para ver qué preocupa a los cañadienses.

Pienso en los desafíos de la renta básica. El muro invisible. La ventana de Overton. La transición ecológica. El trilema de Rodrik. La nostalgia del soberano.

Bajo a la serrería para proponerle al alcalde que hagamos un debate. Parece que no le convence el formato.

—¿Qué somos? ¿Americanos? Lo siguiente será decirle «Te quiero» a la mujer.

—En todas partes los hacen.

—¿Y de qué quieres hablar?

—De los problemas que preocupan a los ciudadanos.

—Para eso no hace falta hacer un debate.

«A cascarla», oigo que dice mientras salgo. No quiero ser paranoico, pero me parece que iba dirigido a mí.

Hablo con la de la tienda. La problemática de los empresarios en el medio rural.

Visitamos con Ramiro la zona de La Costera, para pedir el voto de puerta a puerta. Siempre ha habido tensiones secesionistas, me dicen que hay un fuerte sentimiento identitario. En las primeras tres casas que vemos no vive nadie. En un prado encontramos a un señor muy mayor, con unas ovejas, me dice que no vota nunca.

—Yo soy demócrata porque todo me da igual.

Pregunto a Mohamed por lo que le preocupa. Dice que hay demasiados extranjeros. Han venido unos rumanos que trabajan en una obra al final de las eras, dice que tienen costumbres diferentes y no se adaptan.

Ramiro me hace unas fotos en Valdepinar, con Yanis. Me pide que me suba al tractor de mi tío Rafael. Yo no acabo de verlo, no quiero salir contaminando, me parece que es importante marcar nuestro compromiso ecológico.

Pienso en Cambridge Analytica.

A casa de mi tía llega una ristra de longaniza. Máximo, el alcalde, ha enviado una a cada casa.

En el lavadero. La tía María, que vive en la calle Cuesta de la Rabadilla, me dice que en invierno le da miedo salir de casa.

—La inseguridad es un problema muy serio y debe formar parte de las preocupaciones de la izquierda —digo.

—El problema es la rosada —dice Isabel.

—El hielo de los cojones —aclara la tía María.

En el banco de los abuelos. Juegan a la petanca. Félix, el carnicero (el padre de Félix, el carnicero actual), se queja de que en el desvío de la Venta no sale La Cañada. Pone La Valredonda

del Molino y Teruel.

—A ver, es la localidad más grande, o sea, Teruel, y la más cercana. Y que yo sepa La Cañada, desde la Venta, viene antes La Valredonda.

—Cualquier día voy y lo pinto, así de claro lo digo —dice Félix.

Por lo menos hay pocos moros, me dice Mohamed.

Ceno con mi tía Pilar.

Ella habla de los otros candidatos. Máximo, el alcalde desde hace doce años, dueño de la serrería, la principal empresa local. Francisca, que llevaba las cuentas de la serrería y siempre ha tenido mucho genio, ahora dirige uno de esos hoteles con encanto. Jesús, el quesero, que siempre ha sido de izquierdas, y Mariano, su hermano, que siempre ha sido de derechas. Vamos a un escenario de fragmentación polarizada.

Mi tío no come con nosotros, algo le ha sentado mal.

Planeando estrategias con Ramiro y Lourdes en el bar, al final, solos. Necesitamos un debate, dice Ramiro. Hablamos de la emergencia climática, de la transición ecológica. Les pregunto si han oído hablar del decrecentismo y les explico un poco lo que es.

—Has venido a Valencia con las naranjas de postre —dice Ramiro.

—El decrecentismo lo inventamos nosotros —dice Lourdes.

—Como el amor. Que lo inventamos en Teruel.

—¿El amor?

—Los amantes. Mucho antes que el inglés de mierda ese.

—Y además los nuestros son de verdad, que Romeo y Julieta no existieron —ha dicho Lourdes.

Yo iba a decir que el amor romántico es una construcción perversa y heteropatriarcal, pero me he distraído mirando los ojos de Lourdes, que siempre se pinta con una raya azul en la parte baja del párpado.

En bicicleta, a primera hora, por la zona de las masías. No encuentro a nadie. Me siento en unas rocas y miro el paisaje: el monte bajo de las aliagas, las carrascas y los enebros. El sol va subiendo.

Me persigue un perro. Eso quiere decir que hay alguna habitada. Volveré mañana.

Además, así puedo recuperar la bicicleta.

Mi tía me ha dado una carta de un vecino. Parece un hombre sensato e inteligente. Ha recuperado la ilusión por la política. Hay veces que todo este esfuerzo merece la pena...

Busco el sobre en la basura, me hace ilusión guardarlo junto a la carta. Encuentro el envoltorio de la longaniza de Máximo.

Pensaba que no iba a haber debate electoral. Y, de hecho, no puede decirse que haya sido exactamente eso: era la jornada de reflexión. Hoy, en el bar, me he acercado para decirle a Máximo, *the incumbent*, que es bueno hablar de las preocupaciones de los ciudadanos, que los cinco candidatos debíamos haber confrontado nuestras visiones. Él me ha dicho que no hacía falta, y que le dejara echar la partida tranquilo.

Entonces Ramiro Millán ha empleado una táctica de persuasión que data de los tiempos de Cicerón y que algunos especialistas vinculan con la psicología inversa. Ha intervenido con su estilo característico, que le permite hablar de forma totalmente inteligible sin mover la boca, una destreza que adquirió después de que un burro le rompiera la mandíbula de una coza.

—A ver si lo que pasaba es que no hay cojones.

—Me cago en Dios que no —ha dicho Máximo.

Ha tirado ahí mismo las cartas y ha ido al trinquete, debajo del Ayuntamiento, donde antes se jugaba al frontón. Ha empezado a gritar, y, mientras avisaban a los otros candidatos, he pensado que se parecía más a una pelea de gallos de hip hop que al debate entre Nixon y Kennedy.

Poco a poco ha empezado a venir gente, al final había casi treinta personas, una multitud.

El quesero se ha quejado de que han desviado el agua del Manantial de la Solana para el ganado, y de que el Ayuntamiento no había hecho nada para defender los intereses del pueblo y sus habitantes: esa sensación de abandono le decidió a presentarse a las elecciones. Yo he pensado que la escritura empezaba con un pleito por el agua, ese era el comienzo de la historia y era el tema de uno de los bronces de Botorríta: los problemas son eternos, en cierto modo. Pero no he encontrado la manera de formularlo.

Me parecía que algunas referencias de Máximo me aludían. He tenido la impresión de que ciertas expresiones que utilizaba, como «y ahora vienen de fuera a decirnos que», «los de fuera se creen que», o «los de ciudad se han pensado que pueden venir a mandarnos», manifestaban una ligera hostilidad. No quiero exagerar, pero tengo la impresión de que no termino de caerle bien. Y a veces, si no fuera porque es imposible, habría dicho que quería trazar una línea entre los otros candidatos, que siempre han vivido en el pueblo, y yo.

Mohamed ha levantado la mano y ha preguntado si teníamos planes para controlar la inmigración ilegal. Máximo ha aprovechado para destacar lo mucho que ha hecho por el pueblo, doce puestos de trabajo nada menos, y ahí ha estado a las duras y a las maduras, a veces había que hacer de tripas corazón.

Entonces yo, al oír la frase hecha, le he preguntado por las longanizas, porque mi tío ha estado malo un par de días y Yanis, que se había comido media ristra, lleva desde ayer un poco tristón.

—Yo no digo que la longaniza que mandaste esté en malas condiciones —he matizado.

—Claro que la longaniza no está mala —ha dicho.

—En ningún momento he querido insinuar que has podido provocar una intoxicación alimentaria a causa de un intento de sobornar a los votantes —he matizado.

He dicho que sería un virus y que había visto que la longaniza era de Casa Morales, la charcutería de La Valredonda, que tiene mucha fama.

—Tu madre era de allí, ¿no?

Yo no sabía bien cómo recordaba ese dato, pero le ha llamado la atención. Se ha quedado callado un momento, luego ha dicho que sí.

—Por cierto —le he dicho al quesero—, con los que tienes problemas con el agua de la Solana, ¿de dónde son? ¿No eran también de La Valredonda?

El quesero ha asentido.

—Hombre, claro, ¿de dónde van a ser si no?

Ha habido un revuelo, unos pocos abucheos.

Me quedé despierto hasta tarde, leyendo sobre la campaña de Obama.

He soñado con Joaquín Costa y su epitafio: no legisló.

Parece que Yanis y mi tío están mejor. Sería otra cosa.

En un rato iremos a votar.

LA MUERTE DEL HIPSTER

El Peirón, periódico de La Cañada

Leonardo Gascón, cronista local

El último día de las fiestas patronales, a las 20.35, en el bancal del tío Ratón en el camino de la Pintada, kilómetro 2, el guardia civil apuntó y se dispuso a cumplir el protocolo. Se oyó una detonación. Enrique Notivol, flamante alcalde de La Cañada, héroe local, el hipster, se desplomó sobre un matojo de aliagas.

—¡Mecagüen el copón!

El guardia civil y sus compañeros miraron con horror, como los habitantes del pueblo que se habían desplazado hasta allí.

Lo que pasó después es bien conocido. Pero lo importante es ver cómo se llegó hasta ese momento. No es una historia sencilla. Una investigación exhaustiva nos ha permitido reconstruir los acontecimientos. Para ello hemos hablado con numerosos testigos, hemos consultado los archivos de Notivol y nos hemos inventado lo que nos ha dado la gana.

1. Un fragmento del cuaderno del hipster

El trabajo es difícil pero ilusionante. Los proyectos más importantes tienen una buena acogida, también entre la oposición.

Por ejemplo, ayer el exalcalde me dijo:

—Haz lo que te salga de los huevos.

He hablado con la alguacila de los preparativos de las fiestas. El escenario en el polideportivo ya está montado. El pueblo está preparado para la visita del domingo. Dice que le gustan los nuevos carteles del Ayuntamiento. El de Refugees Welcome ha quedado precioso, me ha dicho. Creo que tiene razón.

Cuando propuse crear una zona peatonal en el centro del pueblo pensaba que iba a encontrar algunas resistencias. Pero luego Lourdes me dijo que de todas formas a la plaza no va nadie en coche, que la calle de la farmacia es muy estrecha y si te cruzas con alguno de la familia del Tocinero tienes que esperar a que pase el otro. Técnicamente, dice Lourdes, es como si el centro del pueblo ya fuera peatonal. La clave, según ella, es no decir nada para que nadie se entere y proteste.

¿A que es una buena idea?

La política de reciclaje de residuos orgánicos es un poco más complicada. Yo había pensado en colocar unos contenedores y que desde allí se distribuyeran en los corrales para las gallinas. Pero algunos me han dicho que prefieren dejarlo ellos mismos en su propio corral. No es fácil vencer las inercias —que responden a una idea individualista, al servicio de la cosmovisión neoliberal.

Esta tarde, sin embargo, ha habido una cuestión más delicada.

Cuando he ido al Ayuntamiento después de comer ahí estaba el tío Juan, en el trinquete, fumando tabaco de liar y con la gayata al lado. Aunque hemos puesto carteles desaconsejando el manspreading, él seguía espatarrado como siempre.

¿Le debía decir algo o no? El *nudge* no estaba funcionando. Por otra parte, todos lo llamaban Juan el Garroso, Juan el Zambo en castellano normativo. Al margen de que es discutible poner a alguien un sobrenombre a causa de una característica física —¿cómo decirlo?— no mayoritaria, Garroso es el apodo de la familia desde hace varias generaciones. En su caso, ¿el *manspreading* forma parte de su identidad? ¿Debíamos hacer una excepción?

El ejercicio del poder está lleno de contradicciones. (*Manspreading*, identidad, interseccionalidad: Tengo que pensar más sobre esto.)

—Ahí tienes a las Joint-venture —me ha dicho Juan.

En la puerta de mi despacho (¡qué raro se me hace escribir esto!) había dos mujeres en jarras. A las dos las conocía, claro. Una era Remedios Millán, que es la asistente social de la comarca y dirige la Asociación de Feminismo y Ganadería de Sierra de Sanmartín. Es hermana de Ramiro y Javier, la única que ha estudiado de los tres hermanos, y vive en la cabecera comarcal, La Valredonda del Molino. Cuando viene al pueblo (lleva un Peugeot 106 rojo viejísimo) Ramiro y Javier se esconden en la parte trasera del bar, en la zona donde fumaban los adolescentes cuando había adolescentes en el pueblo. La otra era Joaquina la Cartera, un ama de casa que dirige la asociación cultural Nuestra Señora de Arcos, las beatas del pueblo, dice Lourdes. (No es cartera, es el apodo familiar.)

Las llaman las Joint-venture porque se han asociado otras veces. Por ejemplo, consiguieron que no se celebrara el festival de poesía erótica de Cañizar: obtuvieron el apoyo de la vicepresidenta y del arzobispo de la diócesis de Zaragoza. Han hecho campaña también para que no se ponga reguetón en la sala Morales, la única discoteca de la comarca. Pidieron que se retirase *Lolita* de las bibliotecas municipales de la zona. No estaba en varias, así que consiguieron que se comprara (en bolsillo) y se retirase después: toda una declaración de principios. Es un ejemplo de la vibrante sociedad civil que podemos ver en la España vacía.

Joaquina y Remedios están molestas por la apertura del Shanghái. Es un prostíbulo que hay en el límite del municipio. Funciona solo en verano, que es cuando hay más gente. Dicen que es el único negocio que se ha abierto en la comarca en los últimos diez años. Remedios y Joaquina

quieren que el Ayuntamiento lo cierre. El argumento de Remedios es la dignidad de las mujeres, y dice que sabe que yo estoy comprometido con la causa feminista. Joaquina coincide y dice que además es tía segunda mía. No es una situación fácil.

Ha sido tenso. Remedios ha dicho que estaba muy decepcionada y que si el Ayuntamiento no actuaba tendría que ver qué se podía hacer. Joaquina ha dicho que llamaría a mi madre y que qué tal estaba mi hermano. Siempre fue el favorito de la familia.

Me han insistido en que fuera al Shanghái.

Le he preguntado a Ramiro si podía llevarme para estudiar posibilidades, quizá buscar la forma de conciliar los distintos intereses. Se ha hecho el remolón, me ha dicho que no estaba seguro de dónde era, que estaba ocupado...

Al final, he ido en bicicleta. No sabía bien dónde estaba pero al final he pensado que sería la única masada que no estuviera abandonada. Aparte, tenía que poner Shanghái, esa también era una buena pista. He entrado por un camino de grava. En las escaleras de la puerta había una mujer de unos cincuenta años, fumando.

—Hombre —ha dicho—. El señor alcalde. ¿A qué se debe el honor? —Me ha parecido que su tono era un poco sarcástico, pero igual era el acento.

Era Silvina Domingo, la madama.

La reunión ha sido interesante, aunque no he podido convencerla de nada. He intentado tratar el asunto de manera diplomática, era una especie de tanteo. El sitio es sórdido y no parece muy higiénico, me recuerda a un bar al que íbamos en la época de la facultad, pero sin el póster del Che. Había un tipo grande, que no hablaba. Le he preguntado a Silvina qué hacía y ha dicho que era el becario.

Se ha hecho de noche. Me iba a ir, pero Silvina ha preguntado si llevaba un chaleco reflectante. La verdad es que se me ha olvidado. Pero no pasa nada, apenas hay tráfico. Silvina ha dicho que es muy importante cumplir la ley, y que ella misma me llevaría en su coche.

Me ha dejado a la entrada del pueblo.

—Hola, Ramiro —ha dicho.

Ramiro estaba charlando con su hermana Remedios. Silvina ha dado la vuelta y se ha marchado.

Qué difícil es cambiar las cosas. Poco a poco, me digo. Bastante me costó cancelar los toros. Menos mal que se me ocurrió una alternativa interesante, el concierto de mi amigo Ariel Manara, una leyenda de la canción de autor antiespecista argentina. La hegemonía se conquista poco a poco.

2. El concierto

La visita a la que se refería el hipster era la visita de la ministra de Economía. No era de la zona, porque el único ministro aragonés de los últimos veinte años había sido Román Escolano, y el gobierno cayó poco después de su nombramiento (un factor a menudo ignorado en la moción de censura), pero uno de sus asesores había pasado dos veranos en la zona y pensó que era una buena manera de mostrar su compromiso con la España despoblada. Así se celebraba también la victoria de las fuerzas de progreso (de hecho, solo se registró un voto para Vox en La Cañada, y todo el mundo sabe que fue Mohamed, que es moro y no cuenta). Se habían anulado los toros, pero una peña había contratado a una ganadería para hacer una corrida en las eras. El concierto de Ariel Manara, esta vez sin su banda de acompañamiento habitual, Los Aliados, despertó el interés que habría producido una prueba de sonido de una orquesta sin cantante femenina. Tocó algunas de sus canciones más famosas —«La hegemonía de mi corazón», «Tu significante vacío», baladas conmovedoras sobre las tendencias divisivas de la izquierda como «La desolación de la disgregación», himnos eróticos-antiespecistas como «Animal transversal», incluso el clásico «La cuadratura del círculo»—, que eran tan célebres como las menos conocidas. Terminó con una versión del «Canto a la libertad» de José Antonio Labordeta adaptada al lenguaje inclusivo:

*Habrá un día en que todes
al levantar la vista
veremos una tierra
que ponga libertad.
Hermane aquí mi mane...
también será posible
que esa hermosa mañana
ni tú, ni yo, ni el otre
la lleguemos a ver
pero habrá que consensuarla
para que pueda ser.*

Después del concierto de Ariel Manara empezó la actuación de la orquesta Sal y Pimienta. Según testigos presenciales, Ariel y el hipster se tomaron una cerveza en la barra. Remedios se acercó a Notivol y le volvió a hablar del Shanghái. El hipster le dijo que había estado allí, pero no sabía qué podía hacer. Ella se marchó molesta. Mientras tanto, Ariel Manara intentaba entablar conversación con todas las mujeres que había en el polideportivo. Ninguna de las seis mostró

mucho interés. Ariel volvió a la barra y pidió un vodka limón. Estaba tan desanimado que abandonó un momento su acento porteño (era de Alcobendas, Madrid, y se llamaba Sergio García, pero había pensado hacía mucho que así le iría mejor). El diálogo, reconstruido, fue más o menos este.

—Oye, Quique, ¿te has fijado en una cosa?

—¿Qué?

—En este pueblo todas las tías son lesbianas.

Enrique Notivol, el hipster, observó a las mujeres. Unas bailaban, otras charlaban. A unos metros, mirando fijamente a Ariel Manara, estaba un grupo de hombres del pueblo, con los brazos cruzados: los maridos y novios de las mujeres, además de algunos familiares. Había varios empleados de la serrería, tres mineros jubilados anticipadamente, y hasta el hipster pensó que su amigo estaba leyendo mal la situación.

Ariel Manara terminó su vodka limón, abrazó al hipster y se marchó del polideportivo. Cogió su coche (bueno, era el coche de su padre) y salió del pueblo.

Estaban terminando los pasodobles, faltaba poco para el bingo, pronto empezaría el rock.

3. A grandes males, grandes remedios

Un par de horas antes Remedios Millán, asistente social de la comarca, abrió la puerta del Shangháí, impetuosa, cargada de razón y folletos abolicionistas y dispuesta a armar un escándalo. Baskin Kadaré, de origen albanokosovar, también conocido como el Becario y antes célebre como Tigre del Drina, intentó detenerla, pero se asustó.

Era un poco pronto, y en el bar solo había una camarera (Marta), el becario de seguridad que había interrumpido brevemente su siesta y el sacerdote de Los Olmos, que al parecer había ido a hacer una visita a una prostituta con crisis de fe y bajaba en ese momento del piso de arriba.

Remedios pidió un vaso de agua y esperó. Menos mal que había traído un libro.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó Marta.

Pasaron las dos horas siguientes hablando de Margaret Atwood. Marta invitó a Remedios a unos pacharanes, le dijo que no se lo diría a la jefa.

El Shangháí se animó. Fueron llegando clientes y empezaron a bajar algunas de las chicas.

Al cabo de un rato se abrió la puerta y entró el cantante Ariel Manara, con la funda de la guitarra a la espalda. Pidió una copa, miró a Remedios y le dijo: ¿Tomás algo?

Cuando abrió los ojos, Sergio García alias Ariel Manara tenía un considerable dolor de cabeza y una melodía que le rondaba obsesivamente. Era una balada desgarradora y romántica. Le parecía que cuadraba mejor en su otro alias, el cantante melódico italiano Eros de Sica. Se incorporó,

intentó no despertar a la mujer que dormía en la cama a su lado. Empezó a jugar con un estribillo: «Perdona, bonita, io no miro mucho el WhatsApp/ Manda un Telegram y contestaré ASAP». Era un clásico instantáneo.

En un bolsillo de la funda de la guitarra encontró el bocadillo de jamón denominación de origen que le había dado la tía de Enrique Notivol, el hipster, y una botella de agua de la fuente de los doce caños. El dinero estaba en la mesilla. Barajó llevárselo. ¿Qué haría un cantante argentino? Mejor no pensarlo. Se levantó, miró la habitación por última vez, comprobó que no olvidaba nada y bajó las escaleras.

En el bar le llamó la atención una mujer con un aspecto que le pareció severo y sensual al mismo tiempo. Le recordaba a una prima de su madre, diría más tarde. Vestía de colores oscuros y hablaba con Marta, la camarera. No podía saberlo, pero era Joaquina Lafaja, la Cartera, que había ido al Shangháí cargada de razones y folletos, dispuesta a armar un escándalo. Eros de Sica se acercó y preguntó: «Prende qualcosa de bere?».

4. Un ejemplo para España

El domingo, a media mañana, todo estaba listo para la visita. A las 11.30, contraviniendo la normativa no escrita de La Cañada Central, un coche negro entró hasta la plaza mayor, derrapando como en una serie de policías de los años ochenta. De él bajó Silvina Domingo, la gerente del Shangháí, el club de alterne que se encuentra a las afueras del pueblo, visiblemente molesta. Se dirigió al hipster Enrique Notivol, diciendo: «Esto no puede ser, así vamos mal».

—Las civiles no pueden venir al local a robarme la clientela —decía.

Al parecer, alguna mujer del pueblo había ido al establecimiento de Domingo y había atendido a un posible cliente, utilizando además las instalaciones del propio local.

En ese momento apareció la comitiva de la ministra, con el asesor y los guardaespaldas. Era el punto de encuentro. Por segunda vez se rompían ese día las reglas tácitas de La Cañada Central. El hipster fue hacia el coche, y Domingo lo acompañó quejándose de que lo que había ocurrido era competencia desleal, una «OPA hostil» y «una puta vergüenza». Cuando la ministra bajó del coche junto a su asesor y al presidente de la diputación provincial, el hipster la saludó y se presentó como alcalde. Ella dijo que encantada, luego le tendió la mano a Domingo diciendo:

—La representante de la asociación feminista de la comarca, qué ilusión conocerte. Enhorabuena por vuestro trabajo.

—Sí, sí —dijo el hipster, con una rapidez que sorprendió a todos, y no en menor medida a sí mismo—. Silvina Domingo.

—Cuéntame un poco más de ti. ¿A qué te dedicas?

—Emprendedora —dijo Silvina.

—Qué bien. Es importante crear tejido en el mundo rural.

—Dirige una pyme —dijo el hipster.

—Ah, qué interesante. No debe de ser nada fácil aquí.

—Hay que esforzarse, sí.

—Hay poco trabajo en el mundo rural, para las mujeres es aún más difícil.

—Hay avenidas de oportunidad —dijo el hipster—. Hay que saber buscarlas.

—En mi empresa todas las trabajadoras son mujeres —dijo Silvina.

—¿De verdad?

—Es parte del concepto original —dijo el hipster.

—¿Qué sector?

—Servicios.

—¿Todo mujeres?

—Sí.

—¿Hay *riders*?

—*Riders* y lo que quiera, ministra. Tenemos de todo.

—Tiene muchísimo mérito.

—Bueno, hay un chico —dijo Silvina.

—Un becario, en realidad —matizó el hipster.

—Vamos a sacar un estatuto del becario. El compromiso del gobierno con su situación es firme.

Diego —dijo a su asesor—, quiero que hables un poco con Silvina y que te cuente.

El hipster presentó a la ministra brevemente. Estaba un poco nervioso, pero cuando se quedaba en blanco hacía lo mismo que había hecho en la campaña: traducía trozos de canciones de Bruce Springsteen, cambiando las referencias geográficas, porque se adaptan bien a Aragón. A continuación la ministra tomó la palabra.

Dijo que estaba muy feliz por haber ido a La Cañada, en un Ayuntamiento de coalición donde gobernaban las fuerzas progresistas y donde se había conseguido un consenso ejemplar. Manifestó su compromiso con la España vacía y con el tejido social y empresarial que desde la lucha diaria y el esfuerzo generoso, pero también la esperanza, mejoraba cada día nuestro país. Era, de nuevo, un ejemplo. Como lo era gente como Silvina Domingo, emprendedora, una mujer tenaz e imaginativa, comprometida con el feminismo. La España rural podía ser un modelo de sororidad, gracias a mujeres como ella. Y el gobierno iba a apoyar a esas empresas que pretendían dar oportunidades a las mujeres del mundo rural, creando unas ayudas especiales.

Hubo un aplauso, luego la ministra subió a su coche y desapareció con la comitiva. Diego, el asesor, apuntó frases del discurso y las difundió en las redes en cuanto hubo cobertura. Académicos independientes retuitearon las observaciones de la ministra: «Necesario discurso en La Cañada», «Imprescindibles reflexiones». Pero eso fue un rato más tarde y tampoco tiene

demasiada importancia.

La ministra y su equipo acababan de marcharse cuando llegó la alarma. Legionario, el toro contratado por la peña Los Zánganos, se había escapado del corral y estaba en paradero desconocido.

5. La caza

Al parecer, Legionario había conseguido romper la puerta del corral en un momento indeterminado de la noche. «Ya les dije que no aguantaría», dijo Fernando Ayuso, carpintero del pueblo. Se emitió un pregón de urgencia avisando del peligro.

Dos coches patrulla de la Guardia Civil salieron del cuartel de La Valredonda en busca del animal. También fueron Ramiro y Javier Millán, campeones de tiro de la zona, junto a otros miembros de la asociación de cazadores. Los acompañaban Lourdes y el hipster, pastores jubilados, la alguacila y varios curiosos más. Las abuelas avisaron: «Abrigaos, que a la tarde refresca».

Pensaron que lo más probable era que el animal hubiera escapado por la zona de la carretera de la Pintada, porque era a la que se salía desde las eras. Había cierta inquietud por que entrara en el pueblo. Más de una vez ha pasado, en La Cañada o en localidades cercanas, que un toro ha subido por las escaleras de una casa y luego no sabía bajarlas. La gente estaba preocupada por sus hijos, sus suegros, sus coches.

La búsqueda duró varias horas. Hubo varias pistas falsas. Confundieron a una cabra montés que andaba por los riscos; una de las parejas de la Guardia Civil intentó asaltar, al estilo de un comando de operaciones especiales, un prado cerca del Cabezo Budo, pero ahí solo estaban las vacas del tío Pepe y el propio tío Pepe, echando la siesta; unos chicos confundieron al toro con un perro grande que se veía a lo lejos; se avistaron varios animales que anteriormente solo habían aparecido en los libros de Antón Castro. Localizaron a Legionario al final de la tarde, recortado contra el limpio cielo turolense, en una especie de meseta lunar que sirvió de aeropuerto durante la Guerra Civil.

Los coches avanzaron hasta donde se podía llegar. Al otro lado de un muro de piedra, el toro levantó la cabeza y bajó por una pequeña ladera salpicada de carrascas y sabinas. El hipster saltó el muro. Todos intentaron detenerle, pero ya había salido hacia donde estaba Legionario.

Su intención, como siempre, era dialogar. Pero no parecía que Legionario estuviera por la labor. Mientras el hipster saltaba el último murete antes de llegar al campo, el toro se volvió hacia él y lo miró preparando la embestida.

Los guardias civiles y los cazadores saltaron el primer muro y se apostaron detrás de las carrascas. Los guardias civiles debían disparar porque así lo mandaba el protocolo. Los

cazadores querían hacerlo por diversión. Todos estaban frustrados, el hipster se había metido en la línea de tiro. Y por otro lado el animal avanzaba hacia él, de forma que también corría peligro. Entonces ocurrió lo que nadie esperaba. El hipster se quitó la cazadora que se había puesto por indicación de su tía, la extendió como un capote y encaró al animal.

Los testigos presenciales hablan de una serie de pases, pero varía el número. Habrían sido cuatro o cinco, según algunos, un tanto chapuceros. Para otros, revelaron un estilo sorprendente y fueron por lo menos una decena.

El caso es que en un momento Legionario se detuvo, con una expresión levemente melancólica. El hipster abrazó al animal, le susurró algo al oído y se puso la chaqueta. Se había levantado el viento.

¿Qué fue lo que hizo el hipster? ¿Cómo logró dominar, o, por decirlo de manera más inverosímil pero acaso más fidedigna, persuadir al animal? Existen varias teorías, todas extravagantes. Para algunos fue el puro cansancio del toro. Para otros unas palabras prudentes: la famosa empatía. Algunos dicen que, como el joven Alejandro Magno con Bucéfalo, había descubierto que el toro tenía miedo de su sombra, y que había empleado el último rayo de sol de la tarde para contenerlo. Otros sostienen que fue chiripa. Por un momento el campo quedó en silencio. De repente, todo parecía tranquilo.

Precisamente en ese instante sonó la detonación. El hipster cayó sobre un matojo de aliagas. Un arma se había disparado en ese momento de tensión, o quizá alguien confió demasiado en su puntería.

—¡Mecagüen el copón! —se oyó.

El hipster estaba inmóvil en el suelo.

Legionario se asustó, pero luego siguió mordisqueando tranquilamente la hierba rala.

Lourdes saltó el muro y fue hasta él. Tras ella corrieron dos de los guardias civiles. Lourdes ya había llamado al 112, pero muchos pensaban que probablemente fuera demasiado tarde.

De pronto el hipster abrió los ojos, con expresión de sorpresa. Pero el desconcierto de Lourdes y los guardias civiles era mucho mayor.

Lourdes llevó la mano al pecho del hipster, donde había dado la bala. Tocó algo sólido. Lo sacó. Era un ejemplar de *La España vacía*, el célebre ensayo de Sergio del Molino. El libro había detenido el proyectil. El hipster miró a Lourdes y levantó la vista al cielo. Habían salido las primeras estrellas, y una parecía estar justo encima de Legionario.

LA GUERRA CIVIL NO SE ACABA NUNCA

1. La visita del tontolaba

—¿Quién?

—¡El tontolaba ese!

Qué emocionante es ser alcalde de un pueblo pequeño. En unas pocas casas, unas pocas familias, se reproducen los grandes problemas de nuestro tiempo. Un pueblo es un microcosmos. En él encuentras todo lo general: solo hay que prestar atención. Y además encuentras problemas particulares.

Cuando eres alcalde de un pueblo de doscientos habitantes no tienes los recursos que están al alcance de los países, las comunidades autónomas o las grandes ciudades para distraer la atención: una candidatura olímpica, un barco de refugiados, Gibraltar, un referéndum ilegal. En esos casos, frente a problemas que realmente dependen de ti, tienes que afrontar las circunstancias. Mancharte las manos, como decía Sartre, afrontar la política de verdad, con toda esa gama de grises que nunca encontrarás en una declaración por plasma ni en el editorial de un periódico.

Lo que decides afecta a la vida de la gente, a veces de una manera que está fuera del alcance de los líderes que creemos poderosos. Compara el efecto de una guerra comercial con China con cambiar el sentido de la calle mayor. Es verdad que hay excepciones, como Stalin, por poner un ejemplo al azar, pero a la hora de la verdad hay muchas limitaciones en la ejecutoria del poder. Encuentras una cantidad enorme de restricciones estructurales. Que se lo pregunten a Obama. Seguro que ahora se cambiaría por el que está ahora en Alcañiz o, mejor todavía, en Valdealgorfa del Ventorrillo.

Es lógico que los problemas particulares sean los más complicados de resolver: son los que te toca solucionar a ti. Nosotros hemos tenido algunos bastante graves. Cuando se escapó Legionario, el toro de la peña Los Zánganos, en las fiestas patronales. El día en que el hijo de Puri se subió al tejado del colegio y decía que se tiraba si el cura no admitía que Jesucristo era un extraterrestre y él un maricón. O el día del embotellamiento, cuando José el Conejo y Antonio el Requeté se picaron con las mulas mecánicas y empezaron a circular en paralelo y provocaron el único atasco registrado en la zona desde que pasó Aníbal con los elefantes en la Segunda Guerra Púnica. Pero uno de los momentos más difíciles en mi experiencia como alcalde ocurrió a finales de verano, cuando mi tía PILAR me dijo que quería hablar conmigo Mauricio.

—¿Quién?

—¡El tontolaba ese! —contestó.

En ese momento yo estaba en la buhardilla (la falsa, la llaman aquí), leyendo a Virginie Despentes, y no sabía a quién se refería exactamente, porque «tontolaba», en el léxico de mi tía Pilar, es una palabra de considerable amplitud semántica.

Me asomé por la ventana, me pareció que lo reconocía pero no estaba seguro. Cuando lo vi de cerca no tuve la menor duda. Ahí estaba, algo más canoso y cansado por el tiempo y el éxito, con el aspecto tembloroso de un flan miope de noventa kilos de peso. Mauricio Garcés, compañero de mi tío Rafael en la mili (Marina, Madrid), que me había dado clase en la universidad y que en los últimos años había pasado del anonimato a la glorificada irrelevancia que supone convertirse en uno de los intelectuales sistémicos del país.

—Tengo que hablar contigo.

Habría propuesto que fuéramos al Ayuntamiento, pero era martes y los martes después de comer Josefina, la alguacila, va a ver a su hermana a La Mata, aprovechando que va Francisco el de Pura y le viene de paso, y le deja las llaves del Ayuntamiento a Paca, y a esa hora el marido de Paca, Julián, está durmiendo la siesta, y tiene mal despertar porque padece apnea del sueño y duerme fatal por la noche. Así que le dije a Mauricio que fuéramos al bar de Lourdes, que además así la veía.

2. Desorden en campaña

—Como todo éxito, es un malentendido —dijo Mauricio. El tercer pacharán debía de haberle sentado mal, porque lo veía nervioso, a punto de llorar—. ¡Que yo soy un posmoderno, coño!

En la tele del bar se veía un documental de animales. Los cazadores del pueblo miraban con interés.

Unos meses antes del verano, Mauricio había entregado a su editor una novela sobre la Guerra Civil. Se llamaba *Desorden en campaña*. Y ahí hablaba de Lupercio Larrosa. Era un chico de la zona, aficionado a la escritura, que venía de una familia republicana. Aunque él no había tenido que ver con los desmanes republicanos del verano del 36, cuando los franquistas tomaron la zona lo apresaron y lo fusilaron. Había publicado algunos cuentos y poemas en revistas. En el libro Mauricio había incluido menciones y alusiones fácilmente descifrables de autores de la época que mostraban su interés por la capacidad del joven turolense. Sobrevivía (se decía) una novela inacabada. Y estaba enterrado en un barranco de un pueblo perdido, una garganta en el límite entre dos pueblos, en una zona ahora de difícil acceso, donde a Francisco Gascón le picó un alacrán el día de San Isidro de 1948.

—El Barranco Pistolo.

—Es que es un buen nombre.

—Sí, eso está claro.

—Y como me llevó tu tío la primera vez que vine al pueblo, nada más acabar, encajaba perfecto. Pusimos una foto... Me pareció que así le daba un toque Sebald. Mira —sacó una carpeta y me enseñó una edición anticipada del libro para la prensa y librerías—. Ha quedado bonito, ¿no?

El caso es que cuando Garcés entregó el libro a la editorial pensaba que tendría que esperar un tiempo, como solía ocurrir, pero su editor lo llamó a la vuelta del fin de semana, emocionado. El libro le había gustado tanto a su mujer que, contra su costumbre, se había visto obligado a leerlo. Era lo mejor que había escrito nunca, estaban los dos encantados. Había decidido acelerar la publicación para que saliera nada más terminado el verano.

Lourdes nos puso otros dos pacharanes.

Qué hallazgo, decía el editor. Es histórico. A Cercas le va a dar algo, eso está claro, decía. Pero poco a poco Garcés se dio cuenta de un problema: el editor creía que lo que contaba en el libro era real.

—¿Y tú qué le dijiste? —pregunté a Garcés en el bar de Lourdes.

—Lo de siempre. Que la realidad es fluida, que la novela es un género híbrido, un género caníbal, un género donde cabe todo. ¿Qué te voy a contar? Tú fuiste alumno mío.

—Sí. La posmodernidad y el fin de los grandes relatos. Saqué matrícula.

—Claro.

—Y ahora que ha salido el tema, me quedé un poco loco. ¿Si todo era relativo, cómo es que yo tenía matrícula? ¿Había influido que hubieras hecho la mili con mi tío? ¿Y qué más daba, si todo era relativo?

—¿Ves como merecías la máxima nota? —dijo Garcés.

—Pero, entonces, ¿no le dijiste que te habías inventado la historia? —preguntó Lourdes.

—No.

—Que el tal Larrosa no existe.

—Vamos a ver —dijo Garcés—, ¿quién soy yo para decir que no existió? Que yo lo haya inventado no quiere decir que no existiera.

—Una cosa es ser posmoderno y otra ser más gallego que tirarte a tu prima debajo del hórreo después de la feria —dijo Lourdes.

—Lo vi tan entusiasmado que me dio mucha pena sacarlo de su error.

—Es verdad. Habría sido de mala educación —concedí.

¡Y ese final!, le había dicho el editor. Donde decía que sabía dónde estaba enterrado Larrosa, y prometía desenterrarlo, reparar la injusticia. ¡Se le había puesto la piel de gallina! Pensar que estaba ahí, en ese barranco... Y esa promesa que haces, Mauricio, de sacarlo.

—En el final me vine un poco arriba, las cosas como son —admitió Garcés.

El editor no tenía dudas: debía ser uno de los lanzamientos fuertes del año. Y ahora venía la parte donde, según Mauricio, La Cañada se veía afectada. Para promocionar el libro, la editorial había organizado una visita al pueblo. Periodistas de toda España viajarían hasta un rincón perdido de la España vacía para presenciar la exhumación del Lorca del Maestrazgo.

Habían confirmado ya su asistencia Daniel Arjona, Xavi Ayén, Paula Corroto, Antonio Lucas, Juan Cruz, Peio Riaño, Lorena Maldonado, los de Página 2. También irían corresponsales del *Economist*, *Le Monde* y el *Wall Street Journal*. Raphael Minder había dicho que tenía pensado un ángulo que podía interesar al *New York Times*.

—¿Cuál es? —pregunté.

—No sé, pero me ha dicho que la palabra «Franco» sale en el titular.

Así que lo que Garcés me pedía como alcalde era que despejásemos un poco la pista hasta el Barranco Pistolo, anunciásemos en la fonda la visita y pusiéramos un muerto en un hoyo, para desenterrarlo delante de todos los periodistas. Lo que teníamos que hacer, me dijo, era encontrar un cuerpo adecuado, y no había mucho tiempo. La presentación era en un par de días.

—¿Pero te has vuelto loco?

—El acto central es la exhumación. Es una especie de epílogo, cumple la promesa que hago al final del libro... Piénsalo bien. Si se abre la fosa y no hay nada dentro será muy decepcionante. Quiero decir, será malo para el pueblo.

—¿Será malo para el pueblo o será malo para ti? Que a veces se confunden las cosas.

—¿Quién te ha visto y quién te ve? Has cambiado, Enrique. No te lo tomes a mal, pero ese es el típico argumento de la derecha.

—¿Por qué está enfadada contigo mi tía?

—Sale en la página 77 del libro y digo que ha engordado.

—Lo del posmodernismo no ha colado ahí, ¿eh? —dijo Lourdes.

3. Meditación en las eras

«Sin duda, esos cuentos y esos versos incipientes son todavía la obra de un escritor inexperto, levemente deslumbrado por una destreza que todavía no controla, como uno de esos extremos habilidosos que se aturullan en la banda. Pero también es cierto que muchas veces el embrión de toda la obra de un autor está en su primera película o su primera novela. Después uno puede hacer piezas más redondas, aprende el oficio y la artesanía, y quizá pueda incluso escribir sobre temas que no le importan demasiado, con el conocimiento técnico y también la necesidad de escapar a los propios demonios que furiosamente persiguen su subconsciente creador, pero, si es un autor de genio, y yo creo que Lupercio Larrosa lo era, ese primer esfuerzo es el centro del abanico, el lugar

desde donde parte todo, la chispa de la que prende el incendio real porque, como decía Vargas Llosa, la literatura es fuego. Ahora solo podemos imaginar hacia dónde habría evolucionado. Y, sin embargo, es fácil percibir esa preocupación moral, esa rara decencia común de quien es capaz de mantener la ingenuidad en medio de la barbarie, esa inocencia que es una forma de sabiduría, ese sentido del equilibrio ético que no supieron conservar escritores e intelectuales más famosos», escribía Garcés.

Como en otros momentos de duda, salí a pasear por las eras, escuchando mi lista de Spotify de «ruidos blancos», que siempre me viene bien para meditar, y cuando leía las palabras de mi viejo profesor me daban ganas de que fueran verdad, un poco como cuando de niño mi padre me contaba la historia del rey Arturo y sus nobles caballeros, aunque ya sé que no dejaba de ser un conjunto de relatos contra la inmigración plagados de estereotipos heteropatriarcales, relaciones tóxicas y preocupantes apologías de la pseudociencia.

Garcés incluía algunos fragmentos de prosa y un par de poemas «claramente influidos por el surrealismo». (Por ejemplo, el profético: «¿Has mirado alguna vez a la muerte a los ojos y no has parpadeado? Yo sí, y por eso no me morí».)

A la luz de la luna y de la farola de las escuelas leía la edición anticipada y pensaba en las contradicciones del ejercicio del poder. También pensaba, sin solución de continuidad, dónde podíamos conseguir un esqueleto.

En esos momentos de tribulación, recordaba al maestro budista de Leonard Cohen, cuando se marchó al monasterio y aprendió espiritualidad mientras su representante lo desvalijaba. Ojalá, pensé, yo tuviera un guía, alguien de ese tipo. Así que pensé que mi tío Rafa, Garcés y Lourdes me habían leído el pensamiento cuando aparecieron en mitad de la explanada en el Land Rover y dijeron:

—Sube. Vamos al santuario.

En el camino hacia el Santuario de la Virgen de las Aceroyas, Lourdes me puso en antecedentes: yo había pasado muchas veces por debajo, y como a todo el mundo, me impresionaba la imagen de esa construcción colgada entre las rocas, por encima de la carretera comarcal, a doscientos o trescientos metros del estrecho valle del río. Aunque se decía que había habido una iglesia templaria y había referencias al santuario y su gruta en textos del siglo XIV, el edificio era de los siglos XV y XVI. Había sido después un lugar de peregrinación de endemoniados y sobre todo endemoniadas, que acudían a hacerse exorcismos. Ahora ya no funcionaba de ese modo y estaba habitada por unos pocos monjes que se dedicaban a hacer licor de serbal y a cuidar el museo de las atrocidades, que se podía visitar (salvo los lunes). Lourdes lo dijo con mucha más precisión. Pero no recuerdo con exactitud, así que hago un resumen copiado de internet.

Pero no íbamos allí a buscar una guía espiritual. La idea era entrar en el museo de las atrocidades y robar uno de los esqueletos. Uno empieza profanando tumbas y termina plagiando la Wikipedia, pienso ahora, y siento un escalofrío al recordar las paredes de piedra del Santuario de la Virgen de las Aceroyas.

LA MEMORIA HISTÓRICA ESTÁ CARGADA DE FUTURO

1. El guardián del santuario

Dejamos el coche en la cuneta y subimos por el sendero hasta el santuario. Nos pareció oír unos pasos. Cuando llegamos, la puerta principal estaba entreabierta. No se veía a nadie. Pero las cosas se habían complicado. Ya no podíamos entrar y llevarnos así como así un esqueleto. Sabían que estábamos allí.

A lo lejos, ladró un perro.

Nos detuvimos un momento en la puerta. Yo tenía dudas. Pero Lourdes y Garcés pensaban que, ya que estábamos allí, era mejor seguir adelante.

Al franquear la puerta nos encontramos con una especie de patio. Mi tío había estado una vez, hacía muchos años, de niño. Había un edificio principal que parecía meterse en la montaña. Nos acercamos. La puerta estaba cerrada y parecía pesar mucho. Por el hueco entre las dos hojas se veía una figura.

Mauricio Garcés llamó con los nudillos.

—Hola, qué tal...

Se oyó un golpe sordo en el suelo.

—Perdone, no quería molestar. Sé que es pronto, pero tengo entendido que los monjes madrugan mucho —dijo Garcés.

Se oyó otro golpe.

—Seguro que no hemos despertado a nadie.

—Eso no sé —dijo la voz.

—Pensábamos que estaban ya todos despiertos, haciendo cosas de monjes.

—O no.

—Soy Mauricio Garcés, quizá haya oído hablar de mí. Soy novelista, tengo una columna... bastante leída, por cierto —Lourdes le miró, él vaciló—. Necesitamos un esqueleto. Entero. Somos gente seria. Tengo una columna... Por supuesto, compensaremos. El ayuntamiento será generoso, ¿verdad, Enrique? —dijo Garcés.

—No deseo ese don —se oyó desde el interior.

—No, está claro que no es por eso... Es solo, digamos, un detalle. Siento si he sido ofensivo. No quería ser ofensivo...

—Se es o no se es —respondió la voz.

—Lamento haberle molestado. Ahora, nosotros, lo necesitamos...

—Espera. Déjame a mí —le dije a Garcés—. Amigo, no gima. La ruta nos aportó otro paso natural —dije.

En ese momento la puerta se abrió. Vimos con más claridad la figura que casi no se distinguía desde el exterior. Llevaba un palo largo en la mano. Al acercarnos, vimos que era una guadaña.

—Lo habéis pillado rápido. La última vez que vinieron así les costó horas. Di que eran navarros. Soy el padre Juan, dirijo la congregación. Soy, digamos, el guardián del santuario. Pasad. No os asustéis por la guadaña. Es parte del atrezo, digamos. Nunca sabes quién va a venir.

Entramos. Era una sala grande. Había un dibujo hecho con piedras en el suelo, pero no se veía bien. Luego el padre Juan señaló a la izquierda, y nos llevó hacia otra sala, más pequeña, donde había unos bancos corridos de madera.

—Os invito a desayunar. No tengáis miedo —esperó un momento—. O sí, vamos. El miedo es libre.

El desayuno eran unos trozos de pan seco y unos vasos del licor de serbal que hacían los monjes. Mi tío dijo que no estaba seguro de que le apeteciera.

—Yo no tengo cojones a tomarme esto de buena mañana.

—Es lo que se desayuna aquí —dijo el padre Juan, y nadie se atrevió a llevarle la contraria.

Después de cuatro chupitos, Mauricio, Lourdes y mi tío se quedaron dormidos, con la cabeza apoyada en la mesa. No había forma de despertarlos.

El padre Juan me miró.

—No te preocupes por ellos. Se les pasará en un rato. ¿Te parece raro que no te haga efecto?

—No, es que a mí estas cosas... Ni siento ni padezco. Si fuera mezcal o Jägermeister... —respondí.

—Sabía que eras tú —me dijo.

Cogió la guadaña y me dijo que lo acompañara. Al salir, cerró la puerta.

A partir de ahí tengo todo un recuerdo más impreciso, nebuloso, como cuando lees un artículo de Errejón en la bicicleta estática. Recuerdo que el padre Juan me llevó a unas salas donde me enseñó las herramientas que se empleaban en otra época para exorcizar a las mujeres de pueblos de Teruel y Castellón que acudían al santuario. No sé si daban miedo al diablo pero desde luego a mí sí.

—Lleva aquí mucho tiempo, ¿verdad?

—La tira —respondió.

Me pareció que no quería entrar en detalles.

—Entonces, la chica y tú evitasteis que se llevaran un cuadro de la ermita —me dijo.

—Sí.

—Y eso es lo que, al final, hizo que en el pueblo te aceptaran como uno más.

—Sí.

—No uno más. El alcalde.

—Sí

—En coalición y tal, pero el más votado a fin de cuentas.

—Sí.

—Pero habéis venido a llevaros un cadáver.

—Sí.

—Para conservar tu posición en la comunidad, estabas dispuesto a hacer lo contrario de lo que te dio esa posición en tu comunidad.

—Visto así...

—Negarte para afirmarte.

—Sí.

—¿No habrías estado en contra de esto antes?

—Antes no era alcalde de La Cañada.

Terminamos en otra estancia, húmeda, donde las paredes ya eran de roca viva. El padre Juan me empezó a contar acertijos. La mayoría los conocía por *Entrena tu cerebro*, un libro que tenía mi abuelo en casa, lo había comprado en un VIPS, y él iba perdiendo la calma porque no lograba sorprenderme. Buscó estrategias más agresivas. Me dijo: «Un centro que ya no es una simple equidistancia entre polos, sino el resultado de un equilibrio dentro de un sistema de ecuaciones lineales que contienen diversas incógnitas y planos que interseccionan líneas contradictorias dentro de una matriz con un único punto en común». Le respondí: «Hace falta multiplicar los esfuerzos intelectuales para salir del desconcierto y sentar las bases de un ciclo optimista en el que la recuperación de antiguos derechos favorezca la conquista de otros nuevos, en una espiral de profundización democrática».

Le pregunté: ¿qué tengo en la mano? Respondió: un tranvía, y yo: no vale, que lo has visto, y de ahí pasé a George Berkeley. Luego él me recitó la alineación de los Cinco Magníficos y yo le dije la de Hungría 1956. Me respondió con la de la RFA del 74 y yo le contesté con la de los Alifantes. Me dijo al que tenga se le dará y al que no se le quitará lo poco que tiene, y yo le respondí: ¿cómo se llama la película? Señaló un retablo en la pared: había diablos y monstruos y un dragón, claramente melancólico.

—La ternura del dragón.

—Alguien te observa en secreto —le dije.

—Siempre hay un perro al acecho.

—Enterrar a los muertos —respondí: y pensé: Jaque mate.

Se sentó en una silla de piedra y me dijo que se daba por vencido. Nos entregaría el esqueleto. ¿Qué necesitábamos exactamente? Le dije alguien muerto en el 37-38, joven, la causa del

fallecimiento preferida era por bala.

—Tenemos —dijo, como si le hubiera pedido unas Vans.

Solo faltaba una última prueba. Quizá, dijo, la más difícil de todas. Descorrió una cortina.

—¿Puedes configurarme el Wifi?

La conexión en el santuario era mucho mejor que en el pueblo. En media hora tenía todo en línea, hasta el Bluetooth del campanario. Le aconsejé, en todo caso, que se comprara un extensor para que la conexión llegara bien al museo de atrocidades, y le recomendé algunos modelos. Me dio unos huesos, que trajo en una bolsa del Simply de Alcañiz de tamaño extragrande, y volvimos a la sala donde Lourdes, Mauricio y mi tío seguían durmiendo. Al volver hacia la luz me di cuenta de que el sol ya estaba bajo: habíamos pasado charlando buena parte del día.

Despertamos a mis compañeros. Los tres se quejaban del dolor de cabeza. El padre Juan insistió en que tomáramos algo de jamón y nos mandó beber a los cuatro de una copa.

—Bebed un poco de esto, ya veréis cómo os sienta bien.

—La verdad es que podríais lavarla un poco mejor —se quejó Garcés.

—Es difícil, la madera se estropea —dijo el padre Juan.

En todo caso, el jamón nos vino bien y la bebida que nos dio el padre Juan reconfortó a mis compañeros. Lourdes preguntó qué era y el monje le dijo que no tenía importancia.

—Entonces ¿no nos podrías dar la receta? —dijo Lourdes.

—No —dijo él—. Es un secreto del santuario. Si lo necesitáis, podéis venir a tomarlo aquí. Si queréis os doy la copa, que no la podemos lavar en el lavavajillas.

—Le llevo ese cacharro a Pilar y me lo tira a la cara nada más verlo —dijo mi tío—. Pues anda que no tenemos zarríos en casa.

Le dimos las gracias al padre Juan y nos marchamos hacia el pueblo. Los periodistas llegaban al día siguiente por la mañana. No teníamos tiempo que perder.

2. La hora de la verdad

La exhumación fue todo un éxito. Los periodistas y la gente de la editorial estaban impresionados. Era un día de sol, el hispanista inglés —uno de los dos, siempre los confundo— contemplaba apoyado en un enebro, conmovido. El biógrafo del Che miraba a la pareja de los guardias civiles que holgazaneaban en el límite de la pista forestal: «strong presence of paramilitary forces», escribiría luego en el *New Yorker*. Mauricio Garcés estaba junto a la jefa de prensa, cerca de la fosa, que abría mi tío Rafael.

Los huesos aparecieron. Fue un momento irrepetible. En ese instante, con patrimonio robado y deseoso de creer mi propia mentira, estuve a punto de comprender lo que siente un independentista catalán.

Mauricio Garcés dio un discurso, los periodistas hicieron preguntas, el editor reiteró su alegría, yo dije unas palabras. Luego fuimos a comer a la fonda. Borrajitas y chuletas de ternasco; había trucha para los vegetarianos. Algunos periodistas se emborracharon y se quedaron en el pueblo.

Por supuesto, me sorprendí como el que más cuando, unas semanas después, se publicaron los resultados del análisis. Al hacerle las pruebas del ADN en el Instituto Anatómico Forense, se descubrió que los restos pertenecían a una mujer.

Había sido un error no caer en ese detalle cuando el padre Juan me dio los huesos en el santuario. Pero, al final, el resultado era mucho mejor. La noticia era sensacional. Lupercio Larrosa, el Lorca del Maestrazgo, el Miguel Hernández de Sierra de Arcos, era una mujer que había tenido que ocultar su identidad para poder desarrollar su vocación literaria, truncada dos veces: primero por el machismo y después por el fascismo. Era la hermana de Shakespeare que había imaginado Virginia Woolf, y además la había fusilado Franco.

La historia atrajo la atención, como era comprensible. En el entierro oficial, en el cementerio del pueblo, recité una versión del poema de Auden sobre Yeats que adapté para la ocasión, acentuando las aliteraciones y las ambigüedades categoriales: «Recibe, tierra, a Larrosa». Vinieron más periodistas; tuve que llamar a Silvina Domingo para pedirle que habilitara el Shanghái porque no quedaban plazas en la fonda y las casas rurales. Los periódicos vacilaban, no sabían si enviar a sus expertos en temas de género o a sus corresponsales en el franquismo. El hispanista inglés publicó una tribuna; la noticia salió en todos los informativos nacionales. Los críticos detectaban la ambivalencia de género, el sutil entramado de claves y alusiones, en los pocos textos que se conocían de Larrosa. El libro se tradujo al inglés, Judith Butler aceptó darle una frase para la faja. Cercas pasó nervios; dicen que Carrère también. El pueblo nunca había salido tantas veces en los titulares.

Pero en unas semanas las cosas volvieron a ser como siempre: esa vida del campo, rigurosa y apacible al mismo tiempo. Yo ya no le daba mucha importancia al asunto cuando Mauricio Garcés llamó a casa de mis tíos un domingo por la mañana.

—Es el tontolaba —dijo mi tía.

Ya le había dicho que en el siguiente libro tenía que explicar lo del sexo de Larrosa y decir que mi tía había adelgazado.

—Me ha pasado una cosa alucinante —me dijo Garcés—. Estaba en el Rastro y he encontrado un libro de Luisa.

—¿Luisa?

—Sí, Luisa. Lupercio Larrosa.

—Anda ya.

—Lo tengo aquí delante. ¡Tiene un prólogo de Jarnés! ¿No te parece increíble?

—La verdad es que no —le dije.

Colgué y me fui a dar un paseo por el monte con Yanis. Cuando terminara iría al bar de Lourdes, sería la hora del vermulé.

EL TRAJE DE LA TÍA ROSARIO

1

¿Era vida lo que yo conocía antes de venir al pueblo? Lo era, está claro, al menos en líneas generales y sin contar con los últimos meses con (¿sin?) Lina. Pero el paso del tiempo es distinto cuando estás en contacto con la naturaleza, cuando experimentas el transcurrir de las estaciones, ese ritmo natural alejado del ciclo de noticias de 24/7, de esa impresión que produce nuestra vida política, donde uno tiene la sensación de moverse deprisa y sin avanzar a ninguna parte, en la distracción permanente. Aquí uno tiene mucho más presente el carácter cíclico de la vida, un poco como cuando ves *El rey león*. Y a la vez tienes una verdadera sensación del tiempo que nos lleva hacia la extinción, percibes la fugacidad y transitoriedad de las cosas, salvo cuando ves al tío Juan el Garroso y a Carmen la Generala, que permanecen imperturbables, él en los porches del Ayuntamiento, ella en la cuesta de detrás de la casa de Conejo, como dos Diógenes con pensión.

He seguido compaginando mis tareas de construcción del huerto ecológico en Valdepinar con otros proyectos para el pueblo. Como alcalde, me importa estar al corriente de las preocupaciones de los ciudadanos. Por eso cada día, después de comer (o sea: 13.25 aproximadamente), paso un rato a echar una partida en el bar de la carretera, que yo en mi cabeza siempre siempre llamo el bar de Lourdes.

Ahí estábamos un jueves tranquilamente, echando la partida, y mientras jugábamos Francisco contaba que en Melero, el pueblo de su mujer, a siete kilómetros por la carretera que lleva a Cañizar, no se celebra la Virgen de agosto sino la Natividad de la Virgen. Además, no hacen carrera de pollos y los cotos de guiñote no son a tres partidas sino a cinco. Esto a veces causaba lo que se podría describir como alguna fricción en la unidad familiar (creo que no fue la expresión exacta, pero era la idea). Y ahí, una vez más, me daba cuenta de cómo quienes nos hemos acostumbrado a un ambiente cosmopolita minusvaloramos las complicaciones del multiculturalismo, la amplia gama de matices y malentendidos que supone el encuentro de culturas y sensibilidades distintas.

¡Ah, Kimlycka!

Luego Javier le pidió a Francisco que se callara, y luego Ramiro me ahorcó el tres, que siempre le da mucha risa, y empezamos el arrastre, que era mi parte favorita y yo tenía solo un caballo pero le saqué mucho partido, y me pareció que esta vez íbamos a ganar y luego Ramiro me ahorcó el tres. Y entonces Francisco dijo:

—Me cago en el copón.

Y Javier:

—Calla, coño, mira que te lo he dicho.

Pero luego:

—Rediós.

—¿Eso no es?

—Para mí que es.

—Sí, sí.

—La madre que los parió.

—¿Que sí o que no?

—Claro que sí.

—Su puta madre.

—La repanocha.

—Copón bendito.

—Jodo.

Yo no sabía qué aportar.

—Sí, sí —dijo Lourdes—. Toda la razón.

Todos estaban mirando la tele del bar. Yo no entendía bien y solo veía un concierto, con una cantante racializada acompañada de un par de docenas de bailarines mayormente racializados. Lourdes subió el volumen. La voz en off decía:

«La cantante Clytemnestra Ramirez, Clyte, se recupera de la ruptura sentimental con el rapero Inzane Surgeon. La artista estadounidense mostró algunas de las piezas de su último trabajo, *Divorce Record*, como “Stupid Bastard”, “Alone in the Rain”, “Tiny Dick and Bad Breath” o “Gonna Fuck You Up So Bad You’ll Cry Through Your Asshole”, pero también deleitó al público con algunos de sus clásicos, como “More Die of Heartbreak” o “Horny and Trapped in Trump Country”. Clyte, que en unos días tocará en nuestro país por primera vez en años, mostró que a pesar de sus problemas sentimentales está en plena forma, como puede verse en estas imágenes. Y es que dicen que el que canta su mal espanta.»

Con las imágenes del concierto —un plano que se cerraba sobre los rotundos muslos de la cantante—, el programa terminó y empezó el informativo. Lourdes bajó la voz del televisor.

—Habrase visto.

—Qué barbaridad.

—Qué poca vergüenza.

—La zagala está de buena que se parte. Las cosas como son.

Poco a poco entendí lo que había pasado. En el reportaje televisivo, Javier había visto que el traje que llevaba Clytemnestra Ramirez era muy parecido —idéntico, decía Francisco— al traje

típico de La Cañada. El traje, dijo JAVIER, de la tía Rosario.

Era, explicó Lourdes, el que se llevaba solo el día de la Romería. Aunque era tradicional, lo llamaban el traje de la tía Rosario, por Rosario Escorihuela, que había sido modista y era quien se encargaba de los arreglos más complicados. Yo pregunté cómo era posible que supieran que era ese traje y no el del pueblo de al lado, porque, tenía entendido, los trajes podían ser bastante parecidos. Javier, Ramiro, Francisco y Lourdes me miraron con expresión severa. Era evidente que era ese traje, los trajes de los pueblos de la zona —La Mata, La Valredonda del Molino, Melero, Cañizar— eran totalmente distintos. De nuevo, había caído en la trampa uniformadora del liberalismo cosmopolita, en la triste miopía de los ciudadanos de ninguna parte.

—No se puede tolerar —dijo Javier.

Al parecer, Javier, Ramiro y Francisco no estaban totalmente familiarizados con el concepto de apropiación cultural, así que se lo expliqué un poco por encima. Les comenté algunas de las controversias recientes en varios campus estadounidenses. Y luego, como veía que les interesaba, les hablé del caso de los maoríes de la tribu Ngati Toa, que habían conseguido que el gobierno neozelandés les asignara derechos de propiedad sobre el haka tradicional Ka Mate, la danza que la selección neozelandesa de rugby baila antes de los partidos.

—¿Como una jota? —preguntó Francisco.

—¿No te acuerdas de la película esa del negro que salía de la cárcel? —dijo Ramiro.

¿Qué podía hacer yo como alcalde? Podríamos escribir una carta o iniciar una protesta en las redes sociales. Lena Dunham había denunciado la apropiación cultural que suponía que sirvieran sushi en un comedor universitario. Seis grados de separación nos apartaban de todo el mundo, aunque estuviéramos en Teruel. Empecé a pensar en conocidos que me permitieran llegar hasta ella. ¿Y si hacíamos la protesta con otros pueblos, a través de la plataforma de la España vacía, o con otras localidades de la comarca?

—Los cojones —dijo Javier. Es una forma habitual de expresar la negación en la zona, pero no la había encontrado en el manual de lingüística de J. L. Austin que estudiamos en la carrera—. Ahora mismo cogemos el coche y vamos a decirles cuatro cosas a esos hijos de la gran puta.

Me pareció una buena idea. Diálogo, diálogo, diálogo: la solución siempre es ir hacia el otro.

2

El comportamiento de muchos habitantes de La Cañada cuando llegan a una ciudad es un ejemplo de conciencia ambiental, y muestra que lo que durante mucho tiempo se consideró atrasado es, en realidad, una opción de progreso. Numerosos cañadienses dejan el coche a las afueras (Las Fuentes en Zaragoza, por ejemplo, o al otro lado de la M30 cuando van a Madrid), y luego cogen un taxi o un autobús hasta el centro. Otros prefieren utilizar el aparcamiento de El Corte Inglés.

Javier Millán, minero jubilado, socio fundador de la peña de cazadores de Sierra de Arcos, campeón de tiro de la comarca en años impares desde 1985, subcampeón de tiro de la comarca en años pares desde 1984, ahijado de la tía Rosario, 120 kilos de magra turolense, una de las principales fuentes de ingresos de la cerveza Ámbar, eligió la primera opción cuando llegamos a Barcelona, horas antes de que Clyde Ramirez & The Sutpen Sisters comenzaran su gira por España.

Teníamos dos entradas, una misión y bastante prisa. Aun así, dimos un rodeo porque mi tía me había encargado que le llevara unos botes de melocotón con vino y conserva a la tía Eulalia, que así aprovechábamos el viaje.

Durante varios días, habíamos hablado de los planes que podíamos seguir. Leí en voz alta varios artículos sobre Clytemnestra Ramirez, mezcla de puertorriqueños, descendientes de esclavos, indios spokanes y traductores freelance. La opción preferida de Javier era entrar, saltar al escenario y preguntarle a Clytemnestra qué cojones pasaba. Eso es lo que habían hecho una vez, cuando el cantante de una orquesta había tonteado con una del pueblo. Lo habían tirado al pilón, lo habían sacado y le habían hecho seguir cantando. Yo era partidario de una solución algo más diplomática.

—Mira que tienes ganas de complicarte la vida —decía.

La clave, según Lourdes, era hablar con alguien que tuviera algo que ver con las relaciones públicas de la cantante, alguien de comunicación. Consideré las posibilidades y me acordé de un chaval de Figueras que había sido expulsado del grupo de cuentacuentos adaptados a las nuevas sensibilidades pedagógicas de mi amigo Fidel (al parecer, era bastante flojo) y que había acabado trabajando como alto cargo en el área de cultura de un ayuntamiento del cambio.

Hablé con Fidel, me dijo que estaba pensando en montar un nuevo partido. Me dio el teléfono de Jordi y me dijo que lo avisaría.

Así que tres días después era con Jordi con quien habíamos quedado en el recinto, cuando estaba a punto de empezar el concierto. Yo estaba impresionado conmigo mismo: qué rápido habíamos llegado hasta allí. Soy partidario de la horizontalidad y los procesos de resignificación colectivos, en vez de las anquilosadas estructuras jerárquicas, pero aun así pensé que ahí mostraba, a Javier en persona y a todos los ciudadanos de La Cañada por delegación, mis contactos y capacidad resolutive.

Le explicamos lo que pasaba. Saqué un dossier que habíamos hecho, con información del traje y del pueblo, señalé que solo queríamos saber de dónde había salido el traje que llevaba Clyde, únicamente queríamos hablar.

—Lo de solo hablar ya lo veremos —dijo Javier.

Durante unos segundos, Jordi nos miró un poco desconcertado, con la expresión inconfundible de un miembro de tu familia política al que pides una sandía para masturbarte. Dijo que se

encargaría de que alguien le diera el dossier al equipo de Clyte.

Le dije que estupendo, muchas gracias.

—¿Cómo? —preguntó Javier—. Se lo damos nosotros.

Jordi dijo que era imposible, que era un entorno muy cerrado, Clyte era una gran estrella, y que resultaba imposible llegar. En todo caso, podía intentar, si insistíamos, dárselo a alguien cercano, alguien de su equipo, que después viniera a vernos.

Yo le dije que nos encantaría.

—Lo primero dame la carpeta, modorro —dijo Javier.

Empezaba el concierto. Jordi se marchó. Escuchamos varias de las canciones: llenas de energía y coreografías espectaculares. En la parte central, unos tres temas, Clyte bailó y cantó con el traje tradicional de La Cañada. Eran demasiado comerciales para mí, aunque como no podía ser de otra manera reconocía que había tenido el mérito inusual de haber logrado reinterpretar los estereotipos culturales, raciales y de género y haber subvertido las expectativas del canon de una manera que era tan instantáneamente popular como profundamente antiirónica.

—Esta es buena —dijo JAVIER cuando sonaba una de las canciones—. Las cosas como son.

Luego se apartó un poco y se apoyó en una valla. Seguía el concierto pero tenía un aspecto taciturno. Cuando terminó el primer bis parecía un cordero con una pena secreta.

—Ya encontraremos otra forma de acercarnos —le dije.

—Bah —respondió—. A ver qué le digo yo a la tía Rosario...

Salimos fuera, él encendió un cigarrillo.

—Igual podemos buscar otra vez a Jordi. O saltar por esa parte de ahí e intentar colarnos.

No contestó.

—Igual con Luis Alegre, el de Lechago —le dije.

—No hay nada que hacer.

Entonces algo le llamó la atención. Levantó la cabeza y emitió un saludo característico.

—¡Iehh!

—¡Iepah!

Ahí, al otro lado, ocupando el espacio que necesitaría la nevera de una familia del Opus Dei, estaba un tipo con un chaleco y gafas oscuras. Javier se acercó hacia él, se saludaron afectuosamente. El diálogo prosiguió:

—¡Iepah!

—¡Iehh!

Más tarde, Javier me contó que ese tipo era Norman Petrescu, que durante varios veranos había sido el jefe de una cuadrilla de esquiladores de Europa del Este que recorrían los pueblos de Teruel. Por lo visto, él y JAVIER se habían agarrado varias borracheras memorables.

Norman se había cansado del trabajo de esquilador y había probado suerte en otros sectores.

No entendí del todo lo que decía pero me pareció que se había dedicado a la industria metalúrgica (algo del cobre, creí entender) y que luego había trabajado un tiempo en la banca. Por avisado que uno esté, siempre resulta sorprendente observar la temporalidad y precariedad a la que tanta gente está condenada por culpa de la legislación neoliberal. ¿Cómo van a albergar así un proyecto de vida, tener hijos, emprender una andadura que incluya la preocupación posmaterial, cuando lo material es tan frágil? En todo caso, parecía que Norman se encontraba cómodo en el nuevo trabajo, como responsable de seguridad de conciertos. Por lo que contaba el ambiente de trabajo era muy diverso e inclusivo, con gente de varias nacionalidades y sensibilidades muy diferentes.

—¿Y qué haces aquí, hijo de puta? —preguntó, afectuosamente— ¿El gilipollas este quién es? —dijo, señalándome.

Javier le contó nuestros problemas. Le enseñó el dossier.

—¿De tu tía? —preguntó.

—Mi madrina.

Norman estaba indignado y conmovido al mismo tiempo.

—Es que no hay derecho. No hay derecho, joder.

Apagó el cigarrillo.

—Entonces ¿queréis hablar con Clyde? Vamos para allá —dijo.

LOS AMANTES DE TERUEL

Norman nos llevó al backstage de Clytemnestra Ramirez. Yo estaba un poco despistado por el ruido, me pareció que JAVIER también. Solo había visto a tanta gente junta en un partido del Zaragoza, y todavía estaba en Primera, así que imagínate si hace años, me dijo. El despliegue de energía de Clyde & The Sutpen Sisters me había dejado exhausto: un poco mareado y con dolor de cabeza, como cuando mi tía me explica el parentesco que tenemos con alguien del pueblo.

Un tipo del equipo se acercó a nosotros tras hablar con Norman. Nos preguntó qué queríamos. Empecé a contárselo pero me pareció que no entendía muy bien lo que le decía, y tuve la incómoda sensación de que estábamos agotando el tiempo que tardarían en echarnos de allí. Entonces oí una voz detrás de nosotros.

—*Who are you?*

Javier y yo nos dimos la vuelta.

Era Clytemnestra Ramirez. Sé perfectamente que la belleza es una construcción cultural y que los cánones estéticos son instrumentos de opresión al servicio del sistema capitalista, pero la verdad es que, vista de cerca, impresiona que te cagas.

Le dije mi nombre en cuanto pude recordarlo, le dije también el de Javier. La felicité por el concierto, Javier asentía aunque yo no sabía si entendía algo. Ella preguntó de dónde veníamos.

Le dije que de La Cañada, estribaciones del Maestrazgo, Teruel. Ahí la cosa se atascó un poco. Expliqué que era un sitio con alto valor paisajístico, elevada consanguinidad, abundante consumo de alcohol y considerable afición al juego.

—¿Una reserva india?

—Más o menos —respondí.

—*Like a Native American reservation, but in Spain* —dijo Javier.

Clytemnestra Ramirez miró a Javier y le dijo:

—Pensaba que eras mudo.

—Y yo que no sabías inglés —dije.

—Es por Movistar, que lo puse en inglés sin querer un día y no sé cómo cambiarlo.

Clytemnestra Ramirez se puso en jarras, observó nuestra conversación.

—Bueno, venid con nosotros, y me contáis lo que queréis.

Nos llevaron al hotel donde se alojaban, con las Sutpen Sisters y los músicos. Había una recepción con bebida y camareros. Clyde empezó a preguntarle cosas a Javier. Le pedía que le

describiera el pueblo, que le contase a qué se dedicaba. Le preguntaba todo el tiempo si quería comer algo más, si le apetecía otra cerveza. En algunos momentos me sentía superfluo, como una escisión de izquierdas más en Madrid, pero me han comentado alguna vez que me cuesta darme cuenta de este tipo de cosas y estaba preguntando a Clyte por las dificultades que tiene una artista racializada y los peligros de la condescendencia de buena parte del público, incluyendo por supuesto a sectores que se autodenominan progresistas, cuando Javier me dio las llaves del coche y me dijo:

—Hala, tira.

Dudé un momento. ¿Debía dejar ahí a mi compañero, en esa situación delicada y potencialmente peligrosa? ¿Hay una palabra para sororidad en masculino?

—¿Seguro que quieres que me vaya?

—Ojo con la cuarta, que ya sabes que se engancha un poco.

—Vale.

—Y acuérdate de que en la recta de antes de Híjar hay un radar, no vayamos a joderla.

Lo demás es más o menos conocido, no solo en La Cañada, sino en buena parte del mundo. Unos días más tarde los seguidores de la cantante en Instagram se sorprendieron al verla desayunando unos huevos con longaniza vestida con una extraña prenda morada, fácilmente reconocible para cualquiera que haya estado en las fiestas patronales de La Cañada como la camisa de la peña La Boina. Hubo cierta discusión en torno a si era longaniza real o una imitación hecha con seitán, y acerca de si ella llevaba algo debajo de la camisa.

La segunda incógnita provocó un debate en una publicación progresista de referencia: el artículo se preguntaba si desayunar sin sujetador era aceptable desde el punto de vista feminista y consultaba con varias expertas en género. Las páginas de sociedad de los periódicos empezaron a especular con la identidad del individuo bajito y robusto, con la coronilla despejada y la piel enrojecida por el sol, que aparecía en algunas de las fotografías tomadas en la zona del Matarraña y en Albarracín y en el Hostal de las Truchas, cerca de Villarluengo, y a quien se veía en la zona VIP de los conciertos, mirando embelesado, con una cerveza en la mano y la postura clásica que tan bien conocíamos los asiduos al bar de la carretera de La Cañada: el primer botón de la camisa desabrochado, el codo apoyado en la barra, una pierna ligeramente flexionada hacia delante y la espalda levemente echada hacia atrás, lo que permitía mostrar la tranquilizadora solidez de su barriga.

Clytemnestra estuvo en el pueblo unos días y en un acto de permisividad extraordinaria Almerinda, la madre de Javier, permitió que durmieran en la misma habitación aunque no estuvieran casados (esto se sabe por la propia Almerinda, le gustaba contarlo). Ella descansaba de la gira europea y él le enseñaba la zona. Alguna tarde se les veía pasear hacia Santa Ana y una noche estuvieron en el bar de Lourdes, aunque en general iban a su aire.

Vino al pueblo un fotógrafo de la revista siguiéndoles el rastro, y acabó en el pilón con la cámara. Puso una denuncia pero cualquiera sabe quién lo tiró. Cuando me preguntó la Guardia Civil dije que pensaba que sería alguien de fuera.

Todo un misterio.

—Pues ¿qué vas a hacer?

Eso fue lo que nos dijo Javier, meses más tarde, en el bar de Lourdes, en un momento de inusual elocuencia. Javier había estado un tiempo en Estados Unidos, en las casas de Clyte en Nueva York, Nueva Orleans, los Hamptons y Los Ángeles. Pero luego, como nos dio a entender con esa frase, se encontró con el problema que Alfred Hitchcock describió a François Truffaut cuando hablaban de *Encadenados*: el clásico conflicto entre el amor y el deber. Javier estaba prejubilado pero tenía muchas responsabilidades. Era el presidente de la asociación de cazadores del pueblo. Cada quince días llevaba en coche a su madre y a su tía Rosario al centro de salud. Cuidaba con su hermano Ramiro de una jauría, que había que mantener en forma. Este año, además, era el tesorero de la peña La Boina y miembro de la comisión de fiestas. Tenía, por tanto, una serie de obligaciones que no eran compatibles con la vida en el extranjero. Eso era lo que había terminado por provocar la ruptura.

Y así, una tarde, a la hora de la partida, Javier apareció en el bar de Lourdes con una maleta de ruedas y una bolsa de plástico, pidió una cerveza y se sentó a jugar al guiñote.

—Pero ¿qué ha pasado con Clyte? —le pregunté.

—Pues ¿qué vas a hacer? —respondió.

Unos meses más tarde Clytemnestra Ramirez publicó un nuevo álbum, *Iteration & Heartbreak*, que para muchos era su mejor trabajo hasta la fecha. La sátira de la apropiación cultural de «Latin Rhythm», basada en *La Eneida*, provocó una intensa polémica de diez minutos de duración (la apropiación cultural es una forma de amor, dijo un portavoz de la cantante). Pero la canción más famosa es la que daba título al álbum.

*I thought I was an emancipated bitch
I didn't know I could feel that itch
That I'd feel the joy and I'd feel the pain
Thinking about your empty Spain.*

[...]

*So maybe you are now in some winding road
Or in some wood killing a boar
Drinking a beer and then some more*

*Or in a march saying Teruel exists
And I remember the first night we kissed
I don't want to forget, don't think I can
My Maestrazgo man.*

Con ligera imprecisión geográfica pero poderoso efecto sónico, «Iteration and Heartbreak» termina con el estruendo de los tambores de Calanda. Los que conocíamos a Javier encontrábamos otras alusiones a lo largo del disco, como el verso «Harder to find than Aragonese subtlety». «Universal Mountains» es una composición erótica/geográfica acompañada de lo que un crítico madrileño llamó «creíble electricidad rockera». «Night of the Hunter» no era un homenaje al clásico de Hollywood, sino una alusión al pasatiempo favorito de Javier, que desde entonces lleva el apodo de El Muso en La Cañada.

Pero eso, como digo, sucedió un poco más tarde. La tarde en que Javier volvió al pueblo terminamos la partida y fuimos con él a casa de la tía Rosario. En la bolsa de plástico Javier llevaba el traje tradicional de La Cañada que habíamos visto meses antes en televisión, en el reportaje sobre la gira europea de Clytemnestra Ramirez.

La tía Rosario estaba medio dormida en el sofá.

—¿Lo ve? —preguntó Javier.

—Bien majo que es. Lo compramos en el Sepu, que estaba de oferta además, y le hice por aquí unos arreglos —dijo.

—En el Sepu.

—Sí, hijo, sí.

—La tienda.

—Sí.

—Como unos grandes almacenes.

—¿Hay otro Sepu o qué? —Miró a Javier—. ¿Y decíais que este tenía mundo?

—Pero ¿está segura? —pregunté.

—Oh, repapel. Claro que lo compramos ahí. Mira si me acuerdo bien, tenía las primeras escaleras mecánicas de todo el Zaragoza.

HELLO, DURRUTI: REVOLUCIÓN SOCIAL EN LA ESPAÑA VACÍA

Del diario de Santiago Esponera Martínez de Isábena

El Volkswagen Touareg, el coche más contaminante del mercado en 2019 según Infoplease, avanzaba por una sinuosa carretera comarcal sobre el estrecho valle del río Guadalope. Yo (ilusionado, esperanzado, patriota, leal) seguía de mal humor porque hacía poco que habíamos pasado por debajo de los órganos de Montoro, un monumento geológico espectacular, admirable creación divina sin duda, pero cuyo nombre siempre consigue ponerme nervioso. Me hace pensar en el socialdemócrata encubierto que subió los impuestos y bajo cuyo yugo estatista tanto tiempo vivimos aplastados.

—No pongas esa cara, Santi —me había dicho Piedad la primera vez que pasamos por ahí, una tarde de verano—. Con la sonrisa tan bonita que tienes.

Piedad. Piedad Remacha, secretaria general de la agrupación; Piedad, recia como un vino de Cariñena antes de que vinieran los enólogos australianos a joderlos; Piedad, fuerte como quien ha caído muchas veces pero ha conseguido levantarse y sabe que la vida es una lucha constante; Piedad, que creyó en mí cuando yo no era nada, un hombre triste, casi desahuciado en la sala de baile Second Chance, Domingo Miral esquina Fernando el Católico, aún no había ni Tinder, y ahora ahí me ves, segundo del partido en la lista por Teruel, pocas posibilidades, es cierto, pero los caminos de la voluntad política son inescrutables; Piedad, que me había hecho sonreír en el Volkswagen Touareg aquella tarde estival; Piedad, que creía tanto en mí que había convencido a su hermano, el memo de Eduardo, para que me acompañara en mi gira por los pueblos y se encargara de la megafonía en mis discursos.

—¿Qué cojones es eso? —dije al ver el humo a lo lejos, cada vez más nítido conforme avanzábamos.

Dejé el coche en el arcén y saqué los prismáticos. Antes los usaba para controlar a los estorninos y ahora los tengo para mirar por la ventana, que últimamente hay muchos maricones en el barrio. No se veía bien, pero distinguí, a lo lejos, una bandera republicana y un humo cada vez más oscuro.

Subimos al coche y aceleré hacia el pueblo. Intentamos llamar varias veces, avisar a nuestros compañeros, pero no había cobertura.

Entramos por la calle mayor, aparqué donde pude (delante de la farmacia) y corrimos hacia el

lugar desde el que salía el humo.

El espectáculo era terrible. Una de esas cosas que nunca pensé que fuera a ver.

Allí, delante de la iglesia, en el Planico, unos jóvenes habían amontonado cuadros religiosos y les habían prendido fuego.

Como animales, como bestias sacrílegas, gente de todas las edades observaba, regocijada ante el espectáculo. Alguno grababa vídeos o hacía fotos con su móvil.

En lo alto, se veían una bandera de la República y otra de la CNT.

Estaba pasando lo que siempre me había temido. Mira que lo había dicho veces.

Y todo el mundo: Exageras, Santi, exageras. Son solo guerras culturales. Incentivos. Clivajes. La batalla de lo simbólico.

Los cojones.

Experimenté de pronto una honda tristeza y una sensación de apocalipsis inminente, pero también ese placer agrisado que te invade cuando confirmas que tenías razón. Me dieron ganas de llamar a mi exmujer, lástima de cobertura y orden de alejamiento.

Nos dimos la vuelta. Había un cuartel de la Guardia Civil en Gargallo, teníamos que dar la alerta inmediatamente. Pero al doblar la esquina vi un coche de la Guardia Civil. La pareja estaba ahí tranquilamente, contemplando la quema. Uno fumaba, el otro grababa con el móvil. No prestaron la menor atención. Claramente, estaban conchabados.

De pronto todo estaba claro. Agarré del brazo a Eduardo: había que actuar con naturalidad.

Entonces oí una voz bronca, agresiva.

—¡Hostia puta! ¿Podéis salir del puto medio? ¿Sois gilipollas o qué?

Era una mujer joven, más bien gorda, con ropa semideportiva, que gritaba mucho. La blasfemia me incomodó y, francamente, me molestó su tono autoritario.

Me llevé la mano a la cintura y me di cuenta de que había sido un error dejar en casa la Smith & Wesson. Pero no me gusta que los críos estén desprotegidos, tan pequeños. No me quedo tranquilo si no hay un arma cargada en casa.

Levanté las manos y miré a Eduardo a los ojos. Pobre chaval. ¿Qué le diría a su hermana si le pasaba algo?

—Es la revolución social, Edu.

Me abrazó.

—Quita, coño.

Entonces se oyó otra voz. Tenía un fuerte acento extranjero.

—Esperra. Quédate donde estás. Tengo planes para ti.

Del cuaderno del hipster

Me ha costado un momento reconocer la voz. Hacía mucho que no sabía de él.

—¿Cómo estás, fenómeno?

¿Quién habría imaginado que Benigno Balarrasa, Benny para los amigos, pasaría de ser el malote de mi instituto a convertirse en uno de los productores más importantes del cine español? Desde luego mostró talento para los negocios y montó una plantación de marihuana en la casa de su abuela, aunque la empresa cerró cuando su abuela pensó que era albahaca, usó una maceta entera para cocinar y terminó en el hospital. También manifestó un interés temprano por el mundo audiovisual: por ejemplo, instaló una cámara de vídeo en el despacho del director y lo grabó con la profesora de educación física. Aun así, el director no le guardó rencor: de hecho Benny, que había sido un estudiante bastante discreto, a partir de ese momento sacó solo matrículas de honor. Había conseguido superar esos condicionantes, lo que muestra que con paciencia, confianza y afecto todos tenemos la posibilidad de encontrar nuestro lugar en el mundo.

—Todo bien, de cine, nunca mejor dicho. Jaja. Ya sabes, esta profesión es una ruina. Más me valía haberme metido en política, como tú. Pero vamos, ilusionado porque estamos haciendo esta película con Max y es la hostia.

—¿Max?

—Werner Diddledock. Sus amigos lo llaman Max.

—¡No jodas!

—Sí.

—¿Produces *Quien te espera en la trinchera*?

—Sí. Vamos, firma mi mujer, pero es porque así nos dan más puntos para las ayudas, ya sabes cómo va esto del feminismo.

—Ah, claro.

—Pero, bueno, fenómeno, qué le vas a hacer, hay que adaptarse a los tiempos. Evolucionar. El caso es que va a ser la bomba. Ya sabes que a mí no me gusta exagerar, pero creo que puede ser la película definitiva sobre la Guerra Civil.

—Bueno, no es cosa fácil...

—Está todo. El enfrentamiento fratricida, la lucha dentro de la izquierda, la intervención de las potencias del Eje, quema de conventos, moros violadores, Málaga, Badajoz, el Alcázar de Toledo, la defensa de Madrid, las Brigadas Internacionales, la columna Durruti, el inglés que llega y se enamora de la joven miliciana española, Belchite, Teruel, el judío de Brooklyn con las gafas redondas, la batalla del Ebro, el estalinismo, Robles Pazos, Hemingway, Orwell, Lorca, Elena Fortún, Chaves Nogales, Unamuno, Millán Astray, Simone Weil...

—¿Simone Weil?

—Sí. Es como un All Stars de la Guerra Civil.

—¿Quién hace de Simone Weil?

—Ahora no me acuerdo de cómo se llama. Es una alemana con buenas peras, eso seguro.

—No parece la elección más obvia para Weil, ¿no?

—Era por la coproducción.

—Ya, pero...

—Esto es cine, fenómeno. Ya verás... Imagínate un crossover de *Novecento* y una peli de la Marvel, ¿entiendes?

—Claro, claro.

—A ver, te llamaba porque estamos buscando unas localizaciones para el frente de Aragón y La Cañada es perfecta. Así que, nada, era para pedirte que nos eches una mano, ahora que eres el rey del mambo.

—Jaja.

—Alcalde, nada menos. Y en el instituto no te elegían ni para el partido del recreo.

Le he dicho que sí. Claro. Qué increíble. Werner Diddledock, en La Cañada. La gran conciencia social del cine europeo. Uno de los últimos grandes maestros. El director del drama familiar *Stromen von Blut* (*Ríos de Sangre*, 1979), de la amarga comedia *Ein Mann ohne Hoffnung* (*Para este viaje no hacían falta alforjas*, 1980) y, después de marcharse de la RDA, de la célebre trilogía *Peter* (1984), *Paul* (1986) y *Mary* (1987), de la parábola zoológica sobre el capitalismo *Ant and Rant* (*La hoguera eterna*, 1992), del western marxista *Dry Lightning* (*Una de cal y otra de arena*, 1995). Sus últimas películas —entre ellas *Gig Economy* (*Jack el precario*) y *Starving Children* (*Presidente para un milagro*)— habían sido criticadas, pero a mí me seguían gustando. Durante un tiempo quise dedicarme al cine. Me gustaba la mezcla de actores profesionales y personas reales en sus filmes, la improvisación controlada de sus tramas, la radicalidad de la puesta en escena. La vida me ha llevado por otros derroteros, pero sus películas han sido fundamentales en mi forma de ver la vida y de entender el compromiso político.

Werner Diddledock en La Cañada. Todavía no me lo creo.

Del diario de Santiago Esponera Martínez de Isábena

El extranjero ha hecho gestos para que nos acercáramos. Es un hombre alto, viejo, vestía una camisa naranja abierta encima de una camiseta de color azul marino. Llevaba unas gafas de montura metálica gris, cogidas de una cinta, apoyadas en el pecho. Se había remangado y se le veía un tatuaje, pero no he podido leer lo que decía. Lo tratan con respeto, parece el jefe.

—¿Cómo te llamas? —me ha dicho.

—Santiago Esponera Martínez de Isábena —le he dicho—, para servir a España. Y este es Eduardo.

—Eduardo Remacha.

Nos ha mirado atentamente un momento. Me ha pellizcado las mejillas.

—¿Queréis participar en el debate?

—¿Qué debate? —le digo.

—El de la colectivización. En una hora o así. ¿Dónde es?

—En la plaza —ha dicho la chica que nos había gritado.

—Vamos, si os acojona no...

—Un español no le tiene miedo a nada —he contestado.

—Hombre, Santi, a nada, lo que se dice nada... —ha dicho Eduardo.

—Pues ale, ahí podéis ir a tomar un bocadillo o lo que queráis por ahí. Lo que queráis —ha dicho.

—Oye, ¿y qué hacemos después si los ponemos? —ha preguntado la chica—. Nos puede dar problemas luego.

—No te preocupes —ha dicho el viejo—. Si lo hacen demasiado bien los fusilamos.

Me ha dado un golpe amistoso en el hombro. Todos se han reído. Eduardo también, pobre imbécil.

Con el estómago lleno, he podido hacerme una composición de lugar. La situación, en su idiosincrasia intrínseca como diría mi maestro don Victorián, es desesperada pero compleja o al revés. Por lo pronto, nos tratan bien. Pese a la tensión, se nota que están cómodos: bromean, hay un clima de camaradería. Están tan seguros, tan orgullosos, que van grabando todo lo que hacen. He pensado en decirle a Eduardo: La revolución será televisada. Pero no lo habría pillado. Si hubiera estado aquí Piedad.

Luego nos han llevado a un caserón de la plaza. Parece ser, por lo que he entendido, que se lo han expropiado a uno del pueblo. Para que luego digan que ya no eran chavistas, que eran socialdemócratas, ecologistas, hermanas de la caridad: su puta madre. Se nota en el ambiente la agitación revolucionaria, con gente yendo de un lado para otro, hablando de suministros, con cables, aparatos, un espíritu comunal con un propósito compartido y mucho tabaco de liar.

El debate era en una de las salas de la casa. Se trataba del reparto de las tierras: colectivización o no. La discusión ha sido intensa, aunque no siempre comprensible. A veces las referencias me parecían un poco anticuadas. Mussolini, Stalin, Hitler, Franco. Yo soy el primero que odia la modernidad, que echa de menos la época en que había respeto y no tenías que cerrar la casa con llave, y siempre digo que tenemos mucho que aprender de los mayores. Pero me ha parecido que estaban un poco anticuados, con la típica obsesión izquierdista por el pasado.

Al principio una mujer del pueblo ha dicho que estaba a favor de la colectivización. Un hombre mayor ha dicho que él había empezado con un terreno pequeño y trabajando de sol a sol durante años había conseguido que su producción aumentara, que los chicos estudiaran, uno había ido a Barcelona y todo. Le ha cortado un chico joven, que le ha dicho: «Pero, papá, no ves que esto es

genial, entre la tierra que tenemos y la que nos den después de colectivizar vamos a estar mejor que queremos». El padre le ha mirado con escepticismo mientras el joven argumentaba con vehemencia: «Hijo, tienes un tozón como un gato», ha dicho.

Un zagal ha dicho que un mayor terreno permitía comprar maquinaria que haría el trabajo más fácil. Otro ha contestado que era importante concentrarse en los grandes objetivos, y no andarse con cuestiones menores: cualquier distracción sería aprovechada por los enemigos de la revolución. Uno con gafas ha dicho que la revolución debía ser permanente, que no debía burocratizarse o si no cómo la diferenciaríamos de un régimen burgués cualquiera. Eso se ha llevado unos aplausos. Yo me he levantado y he hablado del riesgo moral. ¿Acaso todos trabajábamos igual, acaso todos teníamos las mismas capacidades o ganas de trabajar? No, por tanto, eso podía facilitar que hubiera gente que aprovechara para beneficiarse de los que trabajaban, y por otra parte, ¿es que todos queremos lo mismo? ¿Vamos a un restaurante y todos pedimos el mismo plato? Ah, no, que ahí queremos cosas distintas, ¿verdad? Solo ha aplaudido Eduardo, que le había dicho que lo hiciera pero en este caso particular la verdad podía haberse estado quieto, porque quedaba mucho peor, le hacía señas para que parase pero tiene menos luces que un poblado africano el pobre.

Una señora del pueblo ha dicho que de cada cual según su capacidad y que a cada cual según sus capacidades. Lo importante es ganar la guerra, ha dicho otro. Hoy, el aumento deliberado en las posibilidades de la muerte, la aceptación consciente de la culpa en el asesinato necesario, ha dicho otro, un extranjero. Una chica ha dicho, por el contrario, que «Una atmósfera así borra pronto el objetivo mismo de la lucha. Pues no se puede formular el objetivo más que reconduciéndolo al bien público, al bien de los hombres», y un guiri alto ha dicho algo de que temía el momento en el que la verdad objetiva fuera a desaparecer de nuestro mundo. Como si ellos no tuvieran nada que ver con la leyenda negra, los hijos de puta. Que vengan ahora a quejarse de fake news. Y la voladura del Maine qué. Me he quedado con las ganas de ponerle los puntos sobre las íes al cabrón del guiri pero hay que mantener el perfil bajo: «Tranquilo, Santiago», me he dicho en voz baja, varias veces.

Han propuesto que hiciéramos una votación a mano alzada para decidir el tema de la colectivización. Entonces uno ha dicho que la mano alzada le parecía impositiva, entraban en juego dinámicas de poder y reputacionales que coartaban la libertad. Han sugerido hacer una votación para determinar el sistema de votación. Otra ha dicho que no estaba segura de que ese fuera el modo de decisión que queremos. Uno ha recordado que en todo caso el voto es un instrumento muy poco sofisticado para expresar las preferencias. El debate se ha puesto intenso y al final han decidido que mañana se harán varias votaciones (se añadirá otra, para ver si son vinculantes). La gente parecía contenta, decían que había sido un éxito. Si es así, me pregunto cómo será un fracaso.

Del cuaderno del hipster

En cuanto lo supo, la gente del pueblo se mostró encantada con el rodaje, feliz de que se rodara una película en La Cañada. *Libertarias* se había filmado cerca y todavía quedaba algo de resquemor, porque nuestros campos son más bonitos: no es pasión de alcalde, pero no hay comparación. La fonda se llenó y la gente alquiló habitaciones en las casas. Llamé a Silvina Domingo, gerente del Shanghái, porque ella y mi tía son las máximas expertas en logística de la zona, y dijo que los actores principales se podían alojar en su establecimiento, que era «lo más escoscao del pueblo».

En el salón del Ayuntamiento pusimos las películas de Werner Diddledock que pude conseguir. Luego hacíamos sesiones de cinefórum, aunque las cortábamos al cabo de tres horas de coloquio porque la gente no estaba acostumbrada y tampoco quería que nos alargáramos demasiado.

La vida me ha hecho perder ingenuidad, con el tiempo se rebaja el entusiasmo que sientes por conocer a gente a la que admiras. Y no es que no me haya pasado. He escuchado a Jonas Mekas en el Cine Doré, a Adam Zagajewski y Ana María Matute en la Residencia de Estudiantes, a Germaine Greer en Norwich —eso fue en mi año Erasmus, estaba enamorado de una feminista canadiense, la entrada costaba doce libras y la invité, ella me dejó esa tarde y acabé yendo solo y la verdad es que estaba un poco afectado y me costaba entender con el inglés y todo pero a la larga creo que me vino bien—. He conocido a José Antonio Labordeta y a Pablo Iglesias antes de lo de Galapagar. Pero había algo para mí especial, una emoción casi infantil, en que viniera a La Cañada Werner Diddledock, y me sentí nervioso, más joven, al ver cómo el viejo director, una de las últimas leyendas del cine europeo, bajaba del coche en las eras y levantaba la cabeza, admirado por la luz áspera y sin matices del cielo turolense.

Del diario de Santiago Esponera Martínez de Isábena

Reconocimiento por la tarde.

Eduardo por el norte y yo por el sur. Me ha costado un rato explicarle la diferencia.

El pueblo está tomado. Pero no es lo que esperaba. Signos anarquistas, gente armada. Comidas para todos, una especie de racionamiento. La revolución en sándwiches de pan Bimbo. Pequeños grupos de gente armada, sin uniformes.

Pequeños comandos que trabajan afanosamente. La precisión de la organización me sorprende.

Hay mujeres y extranjeros dando órdenes.

Repetían las cosas muchas veces, para que quedaran bien en la cámara. Era evidente la obsesión por la imagen, la construcción del relato.

Había un señor mayor sentado delante del Ayuntamiento. Miraba a la gente que iba de un lado a otro.

—¿Qué son? ¿De Madrid?

—De Madrid vienen la mayoría. Ahora, de dónde sean... De su padre y de su madre.

El hombre ha sacado tabaco, se ha liado un cigarrillo (la verdad es que la mitad de las hebras han caído fuera).

—Vaya lío que hay montado.

—Jaleo tienen.

—¿Cree que lo tienen todo controlado?

—La cosa es que no llueva.

—¿Y si llueve?

—La cosa cambia.

—¿Y cree que va a llover?

—Me paice que es igual lo que yo crea.

Todo es un poco misterioso.

He entrado un momento en el coche. He puesto la radio. Las tontadas de siempre. No se hablaba de lo que está pasando en La Cañada. Y a saber en cuántos sitios más. No lo verás en los medios.

Del cuaderno del hipster

Al caer la tarde doy un paseo con Yanis y aprovecho para ver los preparativos. Aldonza, la ayudante de dirección, me cuenta el plan de rodaje mañana. Hemos sacado a la plaza la barra de la comisión de fiestas, se monta allí un catering.

El tío Juan el Garroso charla con Lisa Kunze, la actriz alemana que hace de Simone Weil. No sé qué le dirá, ella no habla español pero parece entretenida. Igual es por quitarse de encima al latin lover internacional Vincenzo Cameroni, que hace de fascista italiano y parece aburrido, mira el móvil pero todos sabemos que no hay cobertura. Me acerco y le digo que la primera película suya que vi era una de Nanni Moretti donde tenía un pequeño papel, hace mucho tiempo. Le sorprende que la haya visto, hablamos un momento. No le digo nada de sus declaraciones de apoyo a la Lega. Aunque yo creo en la autonomía del arte, me parece que puede ser un tema incómodo. En la calle Gramsci (se llama así desde hace un par de meses, antes llevaba el nombre de un franquista, la verdad es que todo el mundo lo llama el callejón de los meaos, pero yo no lo sabía y ahora es tarde para cambiarlo) hay un coche con pintadas de la CNT y de la FAI. Un extra —barbudo, fortachón— le estaba haciendo una foto. Le sorprende, al pobre. Debía creer que iba a decirle algo... Qué ingenuos somos los humanos, qué miedos absurdos podemos sufrir. Y qué magia pese a todo tiene el cine, nos hace ser a todos niños otra vez, como las campañas electorales. El caso

es que el extra me suena un poco, pero no sé bien de qué. Ya le preguntaré cuando lo vuelva a ver.

Salgo hacia las lomas y suelto a Yanis. Se aleja correteando, alegre. Camino un poco, distraído, pensando en mis cosas. A doscientos o trescientos metros, veo a Werner Diddledock. Está jugando con mi perro Yanis.

Del diario de Santiago Esponera Martínez de Isábena

Hemos ido a un bar que habíamos visto a la entrada del pueblo.

—¿Corre aquí moneda española? —he dicho, para romper el hielo.

Un hombre de unos cuarenta años, bien vestido, se ha levantado y ha ido hacia mí.

—Fíjate, ahora que lo dices. A ver. Soy Benigno Balarrasa.

—Santiago Esponera Martínez de Isábena.

—Pues mira. Aquí no vale tu dinero.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Te invito. Y a tu colega también.

—Muchas gracias.

¿Es todo tan unánime como parece? Bueno, no tanto. En el bar se me ha acercado un joven. «Vosotros sois de Vox», ha dicho. «Sí», he contestado. «Lo he visto por el coche, que ponía el nombre.» «Claro.» «A ver, el entrecejo engaña, pero soy largo.» «Sin duda.» «La cosa se jodió cuando vino el forastero con las transformaciones y las nuevas masculinidades y hostias en vinagre. Empiezas con la transformación y luego qué. El vegetarianismo. El sí es sí. Lo siguiente es que tengo que estar yo, guardia forestal, multando a las ardillas por el consentimiento explícito.»

—Correcto —he dicho.

Haremos noche aquí.

LA NOCHE TUROLENSE

Del diario de Santiago Esponera Martínez de Isábena

El pueblo estaba en silencio, como cuando haces un chiste sobre la expareja de la novia en una boda. Eduardo y yo hemos salido de la fonda, donde la chica que nos ha gritado nos había conseguido una habitación, y hemos cruzado la plaza sin hacer ruido. Hemos dado con la iglesia y luego hemos bajado por la calle mayor hasta llegar a la casa del cura. He llamado a la puerta con la mano.

—Mosen —he susurrado—. Padre.

No ha habido respuesta. He estado forcejeando para encontrar el timbre. Y, al encontrarlo, me he dado cuenta de que no era buena idea. ¿Qué potencia tendría? ¿Y si despertaba a todo el pueblo?

He salido de debajo del portal, he dado un paso atrás y he visto que había una ventana con una reja. No estaba muy alta.

—Hazme pies —le he dicho a Eduardo.

Eduardo me ha impulsado y he conseguido agarrarme a la reja. Luego he visto que no era tan fácil llegar a la ventana desde ahí. Eduardo me sujetaba los pies, he conseguido tocar el cristal un par de veces.

—Mosen. ¡Mosen!

—Alejandro, que te llaman —ha dicho alguien.

—¿Quién es?

—Un hombre.

—Hostia puta. Ahora bajo.

—No, no, es aquí en la ventana.

—Pues abre, anda.

—Sí, hombre. Abre tú, que es tu casa.

—¿Y si es tu marido?

—Tienes que responsabilizarte de tus cosas, ya te lo he dicho.

—¡Santiago! —me ha dicho Eduardo.

—Eduardo, no me grites, que estamos uno encima del otro. Te oigo perfectamente.

—Perdón.

—No pasa nada.

—Vale.

—Pero me querías decir algo.

—Sí.

—Pues dímelo, chico.

—Me meo.

—No jodas.

—Las cervezas.

—¿No puedes aguantar un poco?

—No, tío. Me meo vivo.

—¿Entonces?

—¿Puedo irme? ¿Bajas?

—No, vete. Que yo me aguanto.

Al final la ventana se ha abierto.

—¿Qué pasa?

—Padre.

—Sí.

—Santiago Esponera Martínez de Isábena, para servir a Dios y a España —le he tendido la mano, pero he tenido que volver a agarrarme a la reja, no me fiaba mucho de aguantar solo con una mano.

—Muy bien. Un placer. ¿Pasa algo?

—He venido a rescatarle, padre.

—¿Rescatarme de qué?

—De este pifostio. La revolución.

—¿La revolución?

—El pueblo está en poder de la horda roja.

—Me cago en Dios, ¿y para eso me despiertas?

—Salimos esta noche y por la mañana nos han perdido la pista. Es para aprovechar estas horas.

—La revolución. La horda roja.

—Sí.

—Mira. Mañana tengo que ir a un montón de pueblos. Me voy a dormir. Y a ti más vale bajarte de ahí. La próxima vez que venga un borracho a tocarme los huevos igual le tiro una maceta a la cabeza.

Ha cerrado la ventana y he saltado. Me he torcido el tobillo pero no es grave, y además solo me ha visto Eduardo. Se reía un poco por lo bajo el cabrón y le he dado una colleja.

No sé si el cura está conchabado o desconfía.

Del cuaderno del hipster

Por las tardes, cuando saco a pasear a Yanis, hablo un poco con Werner Diddledock. Se ha convertido en una costumbre. Es verdad que solo ha pasado tres veces, pero así se construyen las tradiciones. Yo le pregunto por el rodaje y él me pregunta por las fiestas del pueblo, por el queso de Carmelo, por la vegetación local. Se ve que es un hombre con una curiosidad infinita. Por ejemplo, un día me preguntó hacia dónde iba cada carretera del cruce. Creo que en parte le decepciona que yo no sea un campesino de verdad, aunque le gustó que le enseñara mi huerto.

Habla un español macarrónico. Dice que lo aprendió en los años setenta, cuando se dedicaba al contrabando de películas porno húngaras con el célebre Gernot Dudda. A veces pasamos al inglés. Al principio me daba corte preguntarle por el cine. De todas formas, aunque él no saca mucho el tema, me suele contestar. He pensado que sería bonito hacer un libro sobre estos diálogos, un poco como el Hitchcock/Truffaut o el de Cameron Crowe con Billy Wilder: *Conversaciones en La Cañada*. Lástima que no tenga tiempo. Pero me debo a mis responsabilidades como alcalde.

El otro día le pregunté por el plano secuencia de *Dry Lightning*, que terminaba en un espejo. Era el plano más famoso de la película. Varios directores han intentado imitar el movimiento final, como no les salía decían que eran homenajes.

—¿De qué va? ¿Es la de las hormigas? —me preguntó.

—No. Es la que se basa en la teoría del chivo expiatorio de Girard. Explica que toda sociedad se funda en un crimen.

—¿La de Anne?

—¿Anne?

—Anne Greaves.

—Ah, sí, claro.

Estábamos sentados en la barbacana a la entrada del pueblo. Una chica llegó corriendo, era del equipo de arte. Llevaba dos pañuelos en la mano, le preguntó a Werner cuál prefería para Lisa. Él miró un momento y eligió el más oscuro.

—No me acuerdo de cómo lo hice. Mira que como se hizo tan famoso lo intenté repetir un montón de veces pero nunca me salió igual. Esa película la hice porque estaba enamorado de Anne. Estaba muy distraído.

Le comenté mi hipótesis. Había pasado horas en la cafetería de la facultad hablando de eso.

—Puede ser y me casé con una amiga suya, que por cierto también era actriz. ¿Dices que la película va del chivo expiatorio?

—Sí.

—No me acuerdo muy bien, la verdad.

—Es una de sus mejores películas.

—Fue uno de mis mejores matrimonios.

Del diario de Santiago Esponera Martínez de Isábena

Hoy se ha producido una situación extraña. Todavía le estoy dando vueltas.

Una chica, extranjera, caminaba despistada por la calle mayor hacia la plaza. No sé qué le preocuparía, parecía perdida en sus pensamientos. A mí eso no me pasa nunca. No es porque, como decía mi exmujer, perderse en mis pensamientos sea como perderse en el pasillo de casa. Es porque un buen español no pierde el control de lo que pasa en ninguna parte de su cuerpo: cuando menos te lo esperas te la lían como una comunidad autónoma desleal. Los reinos de taifas ni en pintura. Otra cosa no, pero ya sabemos adónde llevan. De todas maneras, volviendo a este caso particular, estaba claro que la chavala estaba distraída y no veía que había una olla hirviendo en una especie de camping gas.

Lo que más me ha sorprendido es que había por lo menos veinticinco personas mirando, y la pobre se acercaba y nadie le decía nada.

Todos ahí mirando listos para descojonarse, como si le hubieran dicho una adivinanza a Carmen Calvo y esperasen la respuesta. Mientras, yo pensaba en la solidaridad y todo eso con lo que tanto les gusta llenarse la boca.

A ver. Yo soy el primero que odia a los extranjeros. Me gustan menos que un carril bici en mi calle o una huelga climática en el colegio de mis hijos. Pero no me jodas, dejar que una chica tan guapa se meta de cabeza en una olla hirviendo como si fuera la piscina de la urbanización. Que ellos serán extranjeros pero nosotros somos cristianos.

Y la chica es blanca, además.

Sin embargo ahí estaban esos, adalides de la solidaridad y el igualitarismo; astronautas que vuelan sobre todos los demás en la órbita lejana de su superioridad moral; intransigentes propagandistas de la sororidad; vehementes aliados que expían en los demás los pecados de su vida pasada; adictos a la tinta roja que nos apresan en el corsé asfixiante de la corrección política; histéricos herbívoros que sueltan monsergas sobre la limpieza de los océanos y no se duchan ni los días pares: toda esa caterva observaba expectante cómo la chica avanzaba, mirando el cielo y anotando en su cuaderno, hacia la olla hirviendo.

Pasmado, atónito, casi paralizado (así de poderoso es el virus de la confianza en la moralidad de la izquierda: hasta yo me había creído esa patraña) por la indiferencia de los demás testigos, corrí hacia la chica. Salté sobre ella cuando estaba a punto de meter el pie en la olla. Con un movimiento bien aprendido en numerosos visionados de *La jungla de cristal*, protegí con mi cuerpo su caída. Para tranquilizarla la miré a los ojos mientras me chocaba contra muebles, cables, paredes. En medio del estrépito oía voces de los rojos, griterío, sorpresa, susto, pavor,

blasfemias. El cuerpo ligero pero voluptuoso de la joven yacía sobre mí, ella me miraba con los ojos muy abiertos, un poco bovinos pero inundados de agradecimiento, acaso amor, y pensé que tenía que decirle que por desgracia soy hombre de una sola mujer, Piedad Remacha, cuando la voz rotunda, extranjera, del jefe ha silenciado la algarada de la purria insolidaria.

—Me gusta. Es un acto fallido.

Ha habido un momento de duda.

—Un aplauso para el energúmeno este —ha dicho.

Y todos han empezado a aplaudir.

Energúmeno. Mi apodo del instituto. Qué feliz coincidencia que se le haya ocurrido.

Durante unos segundos —magullado, aturdido—, me he sentido como en casa.

En la habitación de la fonda Eduardo me ha puesto agua oxigenada y betadine en las heridas. Me duele un poco el tobillo de la caída desde la ventana del cura, pero no tenemos nada para eso.

Él no cree que estemos en una situación tan grave.

—Pero viste cómo quemaban los santos.

—Pero el cura no quiso venir con nosotros.

Siempre ha sido así, ingenuo, entrañable. Un corazón enorme y un cerebro de mosquito. Por eso me lo confió Piedad. Para que le enseñara, para que lo iniciara en la áspera realidad de la vida auténtica, para que lo hiciera hombre. Entonces he oído voces en la entrada.

—Venga, que os invitamos a la matanza. No habéis visto cosa igual.

—¡Te lo dije! —le he dicho—. Vamos a ver.

Pero Eduardo ha dicho que estaba cansado y prefería quedarse en la habitación. Los millennials son así.

Del cuaderno del hipster

He cenado con el equipo en el local de la peña La Boina, la más lujosa del pueblo, tiene sofás y todo. La matanza del tío Juan el Garroso, que ha intimado con Lisa Kunze: chorizos, longanizas, morcilla.

Son amables, lo hemos pasado bien. El alcohol que hemos consumido podría llenar el embalse de Calanda. Benigno Balarrasa ha contado algunas de sus anécdotas clásicas, Rosaura Lorés se ha burlado de él, Werner Diddledock ha contado un chiste que no hemos entendido, era algo de Heidegger. He tenido un momento de confusión porque pensaba que Lucía, la script, era pareja de Jaime, el director de fotografía. Pero luego me han dicho que fue solo la primera semana de rodaje. Luego Lucía se lio con el de sonido, que dejó la película sin dar explicaciones. Jaime se

lio con una de arte, que antes había estado con el operador de cámara, que estaba casado con la ayudante de vestuario, pero la boda fue solo por los papeles, en realidad en esa época él estaba con Laura del equipo de dirección, pero luego ella se había hecho lesbiana rodando una película con Julio Medem. Ahora ya está todo claro.

Después de la cena hemos ido al bar de Lourdes, le he cogido un bocadillo de panceta que sé que le gustan mucho. Con la cantidad de hamburguesas de seitán que tuve que comer con Lina.

Nada más salir de la peña me he encontrado con un tipo que andaba por la costera. No es algo que sea muy frecuente, pero estos días hay más o menos el doble de población en La Cañada que de costumbre, así que no me ha extrañado. Luego me ha parecido reconocerlo —barba afilada, entrecejo fruncido, ojos saltones pero una mirada más vacía que un solar, como si el brinco los hubiera dejado en blanco: me recuerda a un besugo al que le hubieran pegado un árbol de coníferas invertido, por decirlo de manera sencilla—, lo había visto en el rodaje estos días, salió en la escena de la colectivización.

Nos hemos presentado (se llama Santiago, creo) y le he dicho que íbamos al bar, que si quería venirse. El otro día no me fijé en su cojera.

—La verdad es que se nota un propósito común, eso hay que reconocerlo —me ha dicho, ya en el bar.

—Sí.

—Esa idea de un esfuerzo compartido.

—Es verdad.

—Será lo que sea, pero eso hay que reconocerlo.

—Desde luego.

—Hay un elemento orgánico. Una especie de espíritu, casi. Que lo invade todo, crea un clima especial.

—Sí, hay una intensidad muy particular.

—No me extraña que haya gente que se quede enganchada. Que tengan que estar yendo de una a otra, que la vida normal les parezca anodina, vacía.

—¿Otra cerveza?

—Yo puedo entender esa sensación.

—Lourdes, ¿nos pones otras dos?

—Y luego es bonita esa horizontalidad. Todo el mundo sabe lo que tiene que hacer. Es orgánico.

—Bueno, pero hace falta siempre alguien que tenga la visión. Te están preguntando todo el tiempo, tienes que tomar un montón de pequeñas decisiones —he matizado.

—Es muy colectivo.

—Sí. Pero necesitas al director. Al final todo depende de él. Un montón de decisiones

aparentemente menores, una visión general.

—Un caudillo.

—Un núcleo irradiador.

—El líder.

—Puedes llamarlo así.

Del diario de Santiago Esponera Martínez de Isábena

«Pues entonces lo llamaré así», le he dicho al tipo con pinta de hippie pero simpático en general que me había invitado a acompañarlos. Hemos seguido bebiendo, al final quedábamos muy pocos en el bar. Cuando volvíamos el hippie se ha empeñado en acompañarme a la fonda, decía que tenía una responsabilidad cívica, que no podía dejar que volviera solo, tenemos que cuidarnos unos a otros, ha dicho. Me he dado cuenta de que él también estaba borracho y he decidido acompañarlo a su casa, los españoles tenemos que cuidarnos entre nosotros. Somos 47 millones y si quitas extranjeros, traidores y catalanes, ¿cuánto queda? Al llegar a su casa ha dicho que no podía dejar que yo volviera solo. La operación se ha repetido unas cuantas veces. Pero finalmente hemos llegado a una solución de compromiso. Nos hemos separado a medio camino.

Del cuaderno del hipster

Es majo el Santiago este.

Mañana será un gran día.

Del diario de Santiago Esponera Martínez de Isábena

Me levanto pronto, inquieto, alerta por una extraña agitación, me visto, despierto a Eduardo, salimos. Vamos hacia donde se oyen los ruidos. Es temprano y el pueblo parece vacío. Pero percibo una tensión indefinible. En las eras veo lo que me había temido. Un ataque por sorpresa, una puñalada por la espalda, un asalto que realiza además gente que ayer estaba con nosotros compartiendo su pan, bebiendo con nosotros, riendo, hablando a las mujeres de La Cañada de su casa en la Toscana. Ahí veo al italiano y a unos más corriendo hacia el pueblo.

Del cuaderno del hipster

Es un gran día porque es el día en que se rueda la secuencia del ataque de los fascistas a La Cañada, el fracaso del sueño revolucionario. Me dijo Benigno que era uno de los más

complicados técnicamente. Han metido un traveling de doscientos metros que cruza la explanada de las escuelas y luego pasa por delante del corral del tío soltero y de la casa de Eulalia y después baja donde la cochera de los de la Tosca y termina en la plaza de las eras donde el abrevadero y el cementerio viejo. Me siento al lado de Werner, al comienzo de la vía, se oye motor, dice acción.

Es el gran día pero Werner parece meditabundo, deprimido, apagado, sin la energía madura pero precisa que mostraba estos días, siempre haciendo bromas que no tenían gracia, con alguna palabra amable e incomprensible para la gente de La Cañada y el equipo, con esa infatigable bonhomía. ¿Serán los años, el paso del tiempo, la preocupación por la tarea esencialmente infructuosa del artista políticamente comprometido que a partir de cierto grado de sofisticación sabe que no puede cambiar la realidad que pretende transformar pero cuya carrera se basa en esa aspiración y por otro lado ya es demasiado rico y famoso como para hacer otra cosa, y entonces se encuentra frente al abismo de su contradicción y descubre que, como escribía Nietzsche, es el abismo el que le está mirando a él? Una explicación alternativa es que hubiera bebido demasiadas botellas del vino de cosechero de Juan el Garroso.

Sea lo que sea, mientras en la distancia Vincenzo Cameroni y el resto de los actores inician la carrera, y la cámara empieza a moverse lentamente, miro a mi izquierda y veo a Werner Diddledock, leyenda viva del cine europeo, símbolo del compromiso social, que ha empezado a roncar.

Del diario de Santiago Esponera Martínez de Isábena

Para mí los italianos y para ti los moros, con la manía que les tienes, le digo a Eduardo. Le quito la escopeta a uno de los milicianos y corremos hacia ellos, él con su paso de rinoceronte, yo con mi viril cojera.

Toda mi vida he odiado esta revolución judeo-masónica-feminazi-vegana pagada por Soros, pero estoy también en contra de esta escoria que ataca a traición, y me ha emocionado el espíritu de solidaridad, la unidad de propósito que he visto en La Cañada. ¿Y qué se han creído estos extranjeros traidores? La nación está por encima de la ideología. Es una especie de epifanía, algo que se siente y no se puede decir con palabras, como si te da dentera la piel del melocotón.

Veo que vacilan un poco al vernos correr hacia ellos, no esperaban encontrar resistencia. Voy hacia el italiano, el primer golpe es de advertencia, le doy con la culata en la cara y a lo mejor se me va un poco la pinza pero yo soy así cuando entro en acción, nada me detiene, vaya somanta le pego, me acuerdo del codazo de Tassoti a Luis Enrique, del puto Eros Ramazzoti y de Sandro Giacobbe y todos los cantantes melódicos, de que siempre tienen mejores puestos que nosotros en la Unión Europea, de la puta Eurovisión, de lo bien que les quedan las camisetas azules a los

jugadores de la selección, bien que os jodió el 4-0, cobardes que en las dos guerras mundiales habéis cambiado de bando, de las españolas que siempre pasan por el italiano, el argentino o el músico, está hecho una piltrafa, lo levanto y lo meto en el abrevadero.

Del cuaderno del hipster

Todo el equipo se queda paralizado. Nadie entiende bien qué pasa. La cámara está grabando y como alcalde tomo una decisión ejecutiva. Un traveling es una cuestión moral. Sigue, no pares, le digo al operador, y lo empujo, somos él y yo, pasamos por el recreo, por delante del corral del Tío Soltero y la casa de la tía Eulalia, bajamos por donde la cochera de los de la Tosca, mientras el pobre Cameroni se lleva la paliza de su vida incluyendo la crítica aquella que le hizo Boyero. Al llegar al pilón, donde acaban las vías, me acuerdo de todas las tardes en la cafetería, hablando de cine en vez de ir a la clase de Gramática histórica, el fanzine que preparamos y del que sacamos dos números, ¿cómo se llamaba esa chica tan guapa que escribió de Agnès Varda? Muevo un poco al operador, y lo guío para que repita lo que siempre he pensado que era el movimiento final de *Dry Lightning*. Creo que lo tengo. Siento una euforia increíble y luego un escalofrío de horror puro, que es la expresión que tiene el operario de cámara. Me giro y entonces veo que Werner se ha despertado al final y ha visto cómo dos oligofrénicos estropeaban la secuencia más cara del rodaje y parte de la película porque hay varios actores heridos. Hay un silencio. El equipo está expectante. Y de repente Werner se encoge de hombros, sonrío y dice:

—Tarantino se va a cagar.

Del diario de Santiago Esponera Martínez de Isábena

El alemán me ha felicitado. Los demás parecían en estado de shock. Les ha sorprendido el asalto y la aplastante derrota del enemigo. Cautivos y desarmados los atacantes, Eduardo y yo hemos decidido seguir nuestro viaje, extender nuestro mensaje y alertar del peligro de asaltos traicioneros de los contrarrevolucionarios. Benigno Balarrasa me advierte de que debería cambiar unos cuantos euros por el dinero de la revolución, quién sabe si en los pueblos que tenemos que atravesar reconocerán la moneda y cuántos días nos puede llevar atravesar el frente.

—En Alcañiz puedes volver a cambiar —me dice—. En un par de semanas podéis estar allí.

Le he dado dos mil euros, todo lo que llevaba, me ha dado unos vales de la revolución y nos hemos abrazado. Eduardo y yo nos hemos ido, hacia el norte. Ellos iban al bar de la carretera, a celebrar la victoria.

—Invita producción —ha dicho Benigno—. ¡Viva la revolución social!

Y viva, coño.

EL PUEBLO DE LA CAÑADA EN LA CUMBRE DEL CLIMA

Tuve una sensación extraña al llegar a Madrid. El camino de vuelta era familiar, y al mismo tiempo sentía que todo era distinto. ¿Quién era el que volvía, por esos lugares conocidos que de pronto eran nuevos, en cierto modo inhóspitos, alterados quizá por la mirada de los que lo acompañaban? ¿Volvía o huía, había alguna diferencia? ¿Escapaba de La Cañada, de los problemas de la alcaldía, de Lourdes, de mí mismo? ¿Había cambiado yo o había cambiado el mundo? ¿Se me había ocurrido a mí solo esa frase o la había copiado de algún sitio? En todo caso, tenía que apuntarla.

Me sacó de mis pensamientos el aviso de Javier.

—¡Ahí va, ahí va, ahí va!

—Chico, que estás en las nubes —dijo Silvina.

—Qué empanada llevas.

La salida estaba a quinientos metros. Una nube de polución nos saludaba: nos dirigíamos a la Cumbre del Clima.

Las últimas semanas en el pueblo habían sido difíciles. Las malas noticias económicas se habían sucedido. En un pleno el anterior alcalde me reprochó que no tomáramos medidas, criticó la supuesta inacción, la ocultación de la crisis. Yo le contesté como pude, pero por la noche, paseando con Yanis, me preguntaba si La Cañada estaría preparada para las perturbaciones que podía provocar un Brexit sin acuerdo. Las economías interconectadas, la compresión de espacio y tiempo, el gráfico del elefante, la incertidumbre era la única certeza, como decían sobre el rey Lear en clase en la universidad. Al final, tuve que admitir las complicaciones. Encargué un pregón:

«Atención, atención. Se hace saber, por orden del señor alcalde, que hemos entrado en un periodo de dificultades objetivas».

Pero pronto tuve que modificarlo.

«Se hace saber, por orden del señor alcalde, que nos encontramos en lo que parece un momento de desaceleración acelerada.»

La presión seguía subiendo.

«Atención, atención. Se hace saber, por orden del señor alcalde, que la economía global ha entrado en un periodo de estancamiento sincronizado.»

Ahí la gente del pueblo se quedó más tranquila.

Pero yo no podía permitirme ese lujo. Estaba claro que habría que hacer recortes. ¿Tendríamos que posponer el plan de implementación de transporte público en el pueblo y las estrategias para la transición ecológica? ¿Debería aplazar mis ambiciosos proyectos para fomentar el reconocimiento de la diversidad de género, y la apuesta de rotulación con lenguaje inclusivo de los lugares emblemáticos de La Cañada, como el Barranco de los Forasteros (barranco de las personas no originarias cuyas aportaciones en agregado son muy superiores a las ocasionales e infrecuentes perturbaciones que puedan parecer provocar), la Fuente Matahombres (la fuente potencialmente peligrosa para la salud de seres sintientes), el Mas de las Putas (espacio no mixto)? ¿Habría que encontrar un grupo más barato que el legendario dúo Sal y Pimienta para las actuaciones en la plaza? ¿Tendría que recortar un día las fiestas de mayo o de septiembre?

Esta última propuesta, debo decir, no fue bien recibida. ¿Quizá la actuación de jotas del domingo por la noche, total no se quedaba nadie, o la carrera de los burros, que era obscenamente especista? Tampoco tuve suerte; me comentaron que sería mejor esperar un año más a cambiar la caldera del colegio. En invierno a veces los chicos salían a dar clase a las eras porque hacía menos frío. Había, sin duda, un argumento ecológico en favor de esa opción, y cuando daban saltos para calentarse la educación física se transformaba en una disciplina transversal, como recomendaban algunos pedagogos avanzados. Pero ¿no es dedicar dinero a la educación invertir en el futuro? Aunque, bien mirado, si estudiaban lo más probable era que se marcharan del pueblo. ¿Un riesgo de hipotermia y un posible incremento del abandono escolar facilitarían que la población permaneciera arraigada en el territorio? ¡Dilemas democráticos!

Por primera vez en mi vida pensé que la voluntad política podía tener límites, y experimenté algo parecido a lo que debe sentir un sacerdote católico ante un terremoto, la dark web o una canción de Melendi: Dios no existe o está de coña. Recordé la frase de Tertuliano «Credo quia absurdum», que tantas veces repitió nuestro profesor de filosofía de bachillerato antes de que se lo llevaran detenido por organizar una estafa piramidal.

Todos sabemos que el ejercicio del poder desgasta. Las camisas de Macron parecen más feas y se peina tapando las entradas. Mira el Obama juvenil y esperanzado de 2008, y el estadista de mediana edad que dejó el cargo: quizá giró el trasatlántico unos grados, pero el tren del tiempo le ha pasado por encima. Aunque Pedro Sánchez no gobierne, también se le ve fatigado, posar parece fácil un rato pero al final cansa, lo leí en una entrevista a una modelo en la consulta del dentista. Yo me arranqué una cana de la barba y me torcí el tobillo una tarde, cerca de Santa Ana, y eso me hizo pensar en la mortalidad, la inevitabilidad del propio destino, los ineludibles sinsabores del poder y el tiempo.

Y justo entonces, como ha ocurrido otras veces a otros mandatarios cuando afrontaban problemas en el interior, la política exterior vino a rescatarme. Fueron dos acciones simultáneas, aparentemente independientes, pero tras las que era tentador imaginar una concertación, la voluntad política del azar.

En primer lugar, recibimos la visita de un equipo de paleontólogos de la Universidad de East Anglia. Habían realizado expediciones anteriores por la zona. Incluso habían estado en el pueblo unos años atrás y pensaban que, por sus características orográficas, el entorno de la Masada Julve podía contener restos de Turiasaurio, el dinosaurio que había vivido en la provincia a finales del Cretácico o principios del Jurásico. Por supuesto, me pareció una idea estimulante, y pensé que, si aparecía algo, podríamos crear un centro de interpretación del Turiasaurio: una especie de parque jurásico con encanto, para que se entienda bien. Vinieron al Ayuntamiento pero pensé que para dar una recepción más formal sería mejor quedar en el bar de Lourdes.

El profesor Jonathan Slowmould, matemático, experto en teoría del caos y una referencia internacional en el estudio de reptiles poco conocidos, me dijo que le encantaba el paisaje local, al que atribuyó una especie de intimismo épico. Me pareció una descripción muy precisa; así se lo dije. Me dio las gracias con una modestia que retrospectivamente me pareció más falsa que una estadística argentina. Explicó que le vendrían bien unos voluntarios del pueblo que les ayudaran a localizar bien los sitios. Normalmente, me dijo, los locales saben con precisión dónde se han encontrado los fósiles, es una especie de sabiduría popular, hay viejas tradiciones que circulan boca a boca. Le sugerí que preguntara a Leonardo Gascón, agricultor retirado, redactor jefe (y único) de *El Peirón*, la revista de La Cañada, la Wikipedia local. Él dijo que estaba bien, era cierto que la gente de cierta edad conocía las historias, pero también sería bueno, aunque solo fuera por una cuestión de movilidad, contar con algunos de los jóvenes del pueblo.

—A nosotros también nos gustaría contar con los jóvenes del pueblo si existieran —dije—. De hecho Leonardo es casi un crío.

—¿Cuántos años tiene?

—Un chavalín. Setenta. Lo llamamos el Recental.

Preguntó si podría acompañarles también la chica del bar. Se acordaba de ella de una visita anterior. Entendí que se refería a Lourdes, le dije que se lo preguntara él mismo.

—¿Y para qué? —preguntó Lourdes.

—Sería muy útil para nosotros —dijo Slowmould—. El conocimiento orográfico.

—Es un barranco —dijo ella—. Se entiende rápido.

—Es una oportunidad —le dije.

—¿De qué?

—Dice que eres una paleontóloga nata.

—Tú eres gilipollas —me dijo Lourdes.

Luego tuve por un momento una sospecha extraña, tuve la sensación de que el profesor Slowmould se hacía el interesante con Lourdes. Me sentí un poco incómodo. ¿Serían celos, el *green-eyed monster* que decía Shakespeare, como aprendí cuando nos explicaban la formación de adjetivos en clase de morfología, primero de carrera, anual? Me incomodó ser víctima de constructos heteropatriarcales como la posesión, me pregunté si habría un componente de xenofobia en esa emoción atávica y me dio tanta vergüenza que le invité a otra copa.

Hay que controlar al caballo ese, como decía Platón.

Al día siguiente llegó la carta, con un membrete oficial y todo. Estaba impresa pero tenía anotaciones a mano, lo que a mi juicio le daba una solemnidad particular.

Estimad@ alcaldesa de La ~~La Cañada~~ Cañada, estimad@s vecin@s:

La emergencia climática es el desafío más importante que afrontamos como sociedad y como país. El Gobierno se ha comprometido a activar, con la máxima urgencia, políticas transversales para alcanzar la neutralidad climática a más tardar en el año 2050.

Para subrayar su compromiso el Gobierno en funciones ha decidido emplear el término «emergencia» y acoger la Cumbre Climática que se celebrará en diciembre en Madrid.

Numerosos actos y conferencias estudiarán los aspectos de este problema acuciante. Periodistas, políticos, expertos, activistas ofrecerán su visión acerca de los retos y posibles soluciones. Vendrá Greta Thunberg, ese ejemplo inspirador para tantas personas preocupadas por el futuro de este planeta, nuestra casa común.

Queremos que los representantes de la llamada España ~~vacia vaciada~~ vacía participen con su visión, con su experiencia de algunos problemas climáticos que ven con una intensidad peculiar. ¿Y qué mejor para ello que los habitantes de ~~La Cañada Lagunilla Villafeliche~~ La Cañada, un pueblo progresista e innovador de una provincia como ~~Soria Guadalupe~~ Teruel, tantas veces desatendida? Para ello queremos invitarles a que asistan y a que participen en los debates en torno a esta terrible, brutal emergencia climática. ~~Vendrá Greta T~~

La lucha contra la emergencia climática será feminista o no será. Por ello, la presencia de empresarias solidarias y audaces como Silvina Domingo en foros de estas características es fundamental.

Cordialmente,

UN BECARIO

No quiero presumir, pero según mi tía aquel fue el acontecimiento más importante en La Cañada desde que llegó el agua corriente y desde la tarde en que pasó la reina Sofía en coche para ir a Mirambel, cuando les dieron el premio al pueblo más bonito de España, y el conductor paró un momento delante del bar, se bajó del vehículo, meó y compró un botellín de agua.

Nos costó un poco encontrar el sitio porque no sabíamos si era el pabellón de la España vacía o el de la España vaciada (se habían hecho dos para no herir susceptibilidades), y llegamos justo a tiempo para la mesa redonda sobre Mujeres, comunicación, desarrollo rural y sostenibilidad,

donde participaban Pepa Bueno, la vicepresidenta del Gobierno, la directora del *Economist*, la presidenta de La Rioja, una tuitera que había tenido una beca de algo en Harvard, la cineasta Paula Ortiz y Silvina Domingo, que figuraba como emprendedora rural pero para nosotros era la madama del Shanghái, puticlub de referencia en la carretera comarcal. Moderaba un periodista que a todos nos pareció más bien flojo, creo que estaba por cuota masculina. Íbamos con Javier y Ramiro, la alguacila y Leonardo Gascón, que escribiría la crónica. Habíamos dejado el coche en una rotonda. Era un Nissan Patrol del año 92, que Javier y Ramiro llevaban cuando iban a cazar jabalíes. Aunque era viejo, como decía Ramiro, no se le burlaban las cuestras, y ahí cabíamos bien todos.

Yo solo había estado en Ifema en acontecimientos negativos: accidentes, atentados, los Premios Goya, Arco, y no lo conocía como un espacio para un optimismo preocupado. No me ciega la pasión, que diría mi padre, ni el sesgo, que dirían los politólogos, pero me pareció que en la mesa la mejor con diferencia fue Silvina. Tenía algunas ventajas. Por ejemplo, a ella el lenguaje inclusivo le salía naturalmente cuando hablaba de su empresa, porque solo trabajaba con mujeres, y mantenía una concordancia que daba mucha credibilidad a su relato. Eso, quieras que no, se acaba valorando. Si los indepes hubieran sabido emplear bien el impersonal en el juicio del procesado las sentencias habrían sido mucho más leves. Más gramática y menos soflamas. Podrían repetir la DUI veinte veces y todos encantados. Además, cada vez que Silvina terminaba los del pueblo la aplaudíamos. No era una cosa impostada, era un orgullo genuino y espontáneo, como cuando habla el líder de un partido y todos le aplauden.

—La cuestión de la calidad de la información es central, resulta imprescindible para que haya un debate público. En un mundo de sobreabundancia informativa, ¿cómo mantener la credibilidad? ¿Cómo conservar los protocolos y mecanismos de verificación y cobertura ante la transformación de la estructura económica de la prensa? El rol de los *gatekeepers* es *game-changing* —dijo la de la beca.

—Una cosa está clara. Las putas que se corren no valen para el oficio —dijo Silvina—. Por cierto. ¿La charla esta se paga? Porque yo soy como Lola Flores: a mí, si me pagan, hasta entono.

—Claro, has sacado un asunto muy interesante —dijo el moderador—. La cuestión de la desaparición del mundo del trabajo, y la sensación de descrédito de las élites. La crisis de 2008 fue decisiva. Vimos cómo todo parecía desmoronarse, pero se extendió la impresión de que las consecuencias recayeron sobre otros, mientras que quienes eran más responsables salieron relativamente indemnes. Evidentemente es una simplificación, pero hay una cierta percepción de hipocresía.

—El día que yo hable se van a callar hasta los ríos —dijo Silvina.

En el turno de preguntas una señora señaló los problemas de la agricultura y la falta de apoyos a los pueblos.

—Pero ¿para qué queremos tantos frontones en Teruel, hija mía? —dijo Silvina.

Otro de los que levantó la mano era un diputado. Me sonaba de Twitter, hacía listas largas. Hizo una pregunta sobre la despoblación dirigida a Silvina, dijo que le parecía que se habían visto en otra ocasión pero no recordaba de dónde exactamente.

—Uy, es que yo tengo muy mala memoria, para las caras.

Estaba escuchando la respuesta de Silvina cuando noté que alguien me tocaba en el hombro.

—¡Kike! ¡Qué sorpresa!

Me di la vuelta. Era Lina.

—¿Qué haces aquí?

Luego, como me había pasado otras veces, me di cuenta de que ella sabía perfectamente que yo iba a estar allí. Pero yo no sabía que la iba a ver. Aunque me perturbó en un primer momento, me alegró. Hacía meses que no la veía, desde la noche en que ella y Javi abrieron el corral del tío Teófilo el Rabioso en un acto de liberación animal. ¡Habían pasado tantas cosas desde entonces! Le resumí un poco las novedades, me parecía que ella estaba al corriente de algunas.

Le pregunté cómo le iba. Me contó que todo bien.

—Joder, Kike, es que eres un pionero.

—No, no. El boy scout era mi hermano.

—Ah, sí, tú estabas en el equipo de debate.

—No, eso era mi hermana. La que estaba en Cs. Yo estaba en el club de fotografía.

—Sí, claro. Revelando con los líquidos aquellos asquerosos en el año 2010. Pero fijate: ahí estabas en lo de Teruel Existe, lo viste venir antes que nadie.

—Ya me gustaría.

—Dijiste: la fragmentación territorial va a afectar a zonas de predominio bipartidista, más vale estar ahí. Y te marchaste.

—En realidad no fue del todo por eso.

Me hablaba y yo le miraba el lóbulo de la oreja, esa raya casi diagonal, con agujeros pero sin pendientes. Me acordaba de que una vez me había dicho que era muy heteronormativo. Me lo tomé como un cumplido. Me dejó poco después y me fui al pueblo.

—Yo todo el rato pensando: este no sabe volver a casa ni con GPS. Y mira, ahí, anticipándote a todo el mundo.

Me reí, no se lo creía ni ella.

—¿Y qué tal?

—No hay gobierno.

—Pero han vuelto a abrir el José Alfredo.

—La cuestión es que me decían el otro día que estaban buscando alguien que conociera bien la España rural, para crear una oficina, un alto comisionado, para concienciar del problema. Ya

sabes que eso es central.

—Y periférico.

—Y como ahora han salido estos de Teruel Existe alguien de la provincia sería ideal para contarrestar. Alguien auténtico, como tú.

—Auténtico, yo....

—Coooooo —dijo Javier, y yo supe, instintivamente, que me hablaba a mí—. Que no llegamos, rediós.

—Qué cagaprisas que eres, tontolaba. Que ya nos vamos, que la Puerta del Sol no la van cambiar de sitio —le dije. Y a Lina—: Tengo que irme con estos...

—Todavía tienes cosas por casa —dijo—. Bueno, piénsate lo que te he dicho.

Y me lo pensé esa tarde, cuando en nuestra ruta turística vimos el Bernabéu (el mejor de la Quinta del Buitre era Pardeza), el Prado (Goya, lo mejor), la Plaza Mayor, bajamos en patinete. Seguía pensando en eso cuando los dejé para dar un paseo. Entré en el Pandora, el bar al que iba tan a menudo cuando vivía en Madrid. Saludé a Luismi, el dueño. Se estaba presentando una revista, hablaban de Isaiah Berlin. Pedí otro gintonic. No estaba lejos de mi antigua casa. ¿Debería ir ahí y por lo menos recuperar los discos de Pavement y el cofre de Hong Sang-soo? Y esa grabación rara de Battiato en el Festival de San Remo... ¿O me estaba tendiendo una trampa a mí mismo, como cuando creía que había dejado de fumar y que quería mucho a mi hermano, pero era solo que mi hermano tenía tabaco? ¿Era la posibilidad de estar en el gobierno y cambiar realmente las cosas, la promesa de transformación, el cine del Círculo de Bellas Artes, mandar vídeos por WhatsApp, ochenta mil euros al año, quinoa y miel de Manuka, las piernas de Lina, largas como un verano de la infancia?

En el pequeño escenario del bar las mujeres iban y venían hablando de Judith Shklar. ¿Cuánto tiempo hacía que no bebía un gintonic en un vaso de cristal? Eché de menos el plástico y el garrafón de las barras de los pueblos. Estuve hablando con los de la revista y luego fuimos al Vicente, un bar flamenco en la calle de Segovia, y ya nos íbamos todos a casa cuando alguien propuso ir a un karaoke, ahí seguía la conversación, y yo por dentro dudaba entre ir o no, La Cañada o La Moncloa, Lourdes o Lina, qué confusión, y decidí hacer lo que hago siempre que tengo un problema irresoluble: pedir otra copa y cantar una canción. No estaba ninguna de las que había pensado en un principio, pero me pareció que «Entre dos tierras» podía sacarme de mi predicamento.

Empecé a cantar, no necesitaba leer la letra.

Te puedes vender

*cualquier oferta es buena
si quieres poder.
Huy qué fácil es
abrir tanto la boca para opinar
u si te piensas echar atrás
Ya tienes muchas huellas que borrar.
Uh, déjame, que yo no tengo la culpa de verte caer
si yo no tengo la culpa de verte caer.*

*Pierdes la fe
cualquier esperanza es vana
y no sé qué creer.
Pepepepero olvídame que nadie te ha llamado
y ya estás otra vez.
Uh, déjame, que yo no tengo la culpa de verte caer
si yo no tengo la culpa de ver que*

*entre dos tierras estás
y no dejas aire que respirar.
Entre dos tierras estás
y no dejas aire que respirar.*

Terminé. Me aplaudieron. La mayor parte de las veces la gente tarda un par de meses en darse cuenta de que estoy ahí. No les caigo mal, pero me lleva tiempo existir. Sin embargo, aquella noche no. Fue toda una sorpresa.

Me di cuenta en la barra de que yo ya había elegido. Volvería a La Cañada, total Pavement estaban en Spotify. Ese era mi sitio. Apunté la idea en el grupo de WhatsApp que tengo conmigo mismo, donde anoto los pensamientos importantes. Me acordé del verso de Bob Dylan: «My heart is in the Highlands at the break of day / Over the hills and far away», y pensé que esa era la canción que me apetecía cantar. Duraba diecisiete minutos pero contaba toda mi vida. ¿Qué estaría haciendo Lourdes a esta hora? ¿Y qué hora sería? Pedí al camarero el cuadernillo de las letras.

Mientras buscaba, alguien me tocó el hombro.

—Tío, enhorabuena. Me ha llegado.

Estaba borracho. Una barbaridad, o sea casi tanto como yo. Me dijo que era asesor de Esquerra y que acababa allí muchas noches, siempre pedía cantar esa canción. Una vez la cantó con Rufián. La sentía propia.

—Sí, claro, lo que es vuestro es vuestro y lo nuestro es de los dos, eso ya me lo sé —le dije.

Se rio, pero a mí no me hizo gracia. Me propuso que nos hiciéramos un selfie. Acepté.

—Hostia —dijo—. No me jodas.

—¿Qué pasa?

—Han secuestrado a Greta Thunberg.

—Anda ya.

Me dejó el móvil y leí la noticia. Greta había desaparecido después de dar un discurso. Luego busqué en periódicos normales. Era portada de todas las cabeceras, que dicen en la tele: «Secuestro de Greta Thunberg, símbolo de la emergencia climática»; «Greta, descuidada por sus padres y Pedro Sánchez, raptada»; «¿Apocalipsis climático o bomba de humo?»; «El Estado español destinó todos sus recursos a reprimir a Catalunya y dejó desprotegida a Greta»; «Franco's ghost haunts Spain in wake of Thunberg's kidnap»; «WTF?»; «Cómo ser una buena feminista cuando te secuestran»; «Síndrome de Estocolmo: ¿Fantasía heteropatriacal?». España no había hecho un ridículo igual desde el último festival de Eurovisión. Pensé que mi deber como alcalde era manifestar mi condena. Le dije a Oriol que ellos deberían hacer lo mismo.

—Sí, tienes razón.

—Voy a pensar el pregón.

—Primero voy a ver que no hayamos sido nosotros.

Llamó por teléfono. Salí a la calle. Presentía la resaca y había mucha niebla: me sentí un columnista gallego. Todo me parecía un poco onírico, increíble, en los artículos que había leído sobre Greta. Y de pronto, levanté la vista y recordé cuando son las fiestas del pueblo y es el día de peñas y has mezclado más bebidas que estilos Rosalía y has conseguido aguantar hasta casa, qué suerte que estaba cerca, y has llegado hasta el baño de la planta baja para vomitar, te has equivocado al principio y has entrado en el cuarto de tus tíos y luego has corregido, pero la tapa del váter estaba bajada y eso te ha hecho perder un tiempo precioso, o eso creías aunque al final has llegado, se ha caído el vaso de los cepillos de dientes al suelo pero los has recuperado casi todos y has conseguido (crees) no hacer mucho ruido y has fregado meticulosamente el baño, menos mal, eres un jefe, y te das la vuelta y recortada en la penumbra al otro lado de la puerta como John Wayne al final de *Centauros del desierto* ves a tu abuela, mirando tu ejecutoria con los brazos en jarras, ofreciendo una combinación enmudecedora de cariño y reproche.

Ahí, apoyada en el murete, estaba Lourdes.

EL RESCATE DE GRETA THUNBERG

Del cuaderno del hípster

Más de una vez, en un local de los que si no fuera por ciertas connotaciones discriminatorias podría llamarse garito, tugurio o antro, me ha parecido que vivía un momento de claridad. Es una sensación desconcertante, se parece a leer el último verso de un poema de Larkin, imaginar un estallido espacial o salir a pasear una mañana de frío y sol recién afeitado. He aprendido con el tiempo a desconfiar de esas intuiciones: quieras que no, hay alteraciones de la percepción. Una vez le pregunté a una chica tres veces seguidas qué estudiaba, sin darme cuenta de que iba a clase conmigo (esto era en la época en que entraba a chicas con propósitos vagamente sexuales, después aprendí que estaba mal). Otra vez no reconocí a Aurelia, mi madrina, e intenté justificarme diciendo que estaba muy distinta con ese gorro, sin caer en que era su corte de pelo, el mismo que había llevado toda la vida. Me mandaba por WhatsApp las ideas que se me ocurrían en esos momentos epifánicos, porque me daba rabia no recordarlos al día siguiente y si apuntaba a mano las cosas generalmente no las entendía después. Pero los mensajes eran más bien frustrantes: «Es importante señalar la fragmentación» era uno de los que recuerdo. «La práctica totalidad de todo» también me resultó un tanto ambiguo, no terminaba de ver la idea que se me había ocurrido. Pero me pareció que estaba ante un momento de claridad real cuando vi a Lourdes en la puerta del karaoke, apoyada contra la barbacana (¿eso era castellano normativo?).

—Qué sorpresa.

—Anda que —me dijo, y me tiró algo envuelto en papel albal.

Lo cogí en el aire, era un bocadillo de jamón.

Le di las gracias.

—Qué fuerte —le dije—. Greta ha desaparecido.

—A buenas horas.

—¿Qué habrá pasado?

—¿No te has enterado?

—No sé, acabo de leerlo. ¿Ya se sabe? ¿La han encontrado?

—Es un secuestro.

—¿Quién ha sido?

—Chico, está claro.

—¿Vox?

—No entienden el mecanismo de un cepillo de dientes, como para burlar a la seguridad de Greta Thunberg.

—¿Los indepes?

—Peor me lo pones.

—En los periódicos no decían nada.

—Mira, fijate.

Lourdes sacó el móvil y me enseñó un vídeo. Se veía a Greta dando un discurso, el equipo de seguridad alrededor.

—Fíjate. ¿Ves a ese tío? —me lo señaló. Era un tipo rubio.

—Sí, sí.

—Vale, fijate bien. ¿Has visto que mira hacia la derecha?

—¿Su derecha o mi derecha?

—Algo que no se ve a la derecha.

Puso el vídeo otra vez.

—Sí, ahora sí —dije—. ¿Y esto qué es?

—No, este es otro vídeo. Este es mi primo tirándose un pedo y encendiéndolo con un mechero. Mira qué llamarada.

—¿Qué primo?

—Mario.

—¿El de Gavá?

—Sí.

—Vale. ¿Qué tal está su madre, la tía Angelines?

—Estate a lo que estás. Fíjate bien. Es una señal. Ahí empieza la operación. Vamos, sube al coche.

Entré, bajé el espejo y me miré. Mi aspecto me recordó al de una momia atrapada por una tormenta de arena cuando intentaba escapar de la pirámide. Subí el espejo. Lourdes arrancó.

—Bueno, si fuera cierto, ¿quién podría haber sido?

—Está claro, ¿no?

—No sé. ¿Las eléctricas? ¿Las petroleras?

—A ver, esos no tienen que secuestrar a Greta. Lo que tienen que hacer es comprarla. Les sale mucho mejor.

—¿El ISIS?

—Están acabados. Si lo piensas, solo hay unos que hayan podido hacerlo.

—¿Quiénes?

—El FSB.

—Ah, claro —dije.

Y empecé a pensar a qué podía referirse. ¿El Frente Soberanista de Borja? ¿La Fundación Socialdemócrata Bonificada? ¿La Facción Solipsista del Bajo Aragón? ¿El Fenómeno Supremacista Bucólico? ¿Fucking Sudanese Bastards, por sus siglas en inglés?

—El artista antes llamado KGB.

—Anda ya.

—A ver. Ya sabes que hace años que Putin y Rusia putean a Occidente, solo por joder. Como los de La Valredonda a nosotros, que siempre vienen a tocar los huevos.

—Las relaciones entre los dos pueblos han mejorado mucho en los últimos meses. No lo digo porque yo sea alcalde.

—Bueno, en fiestas intentaron vaciar un camión de fiemo en la plaza antes del concierto.

—Fue un malentendido, y todo acabó amistosamente.

—Amistosamente, a tres los mandamos al hospital. Más ingresados que el 1 de octubre. Bueno, a ver, pues los de La Valredonda nos tienen envidia. ¿Por qué, te preguntarás?

—¿Por qué?

—Porque son gilipollas, porque son más, tienen más empresas y más dinero. Pero la gente es así. Y nos copian. Por ejemplo, nosotros hacíamos la carrera de los burros. ¿Y qué hacen ellos? Carrera de los burros. Hacemos la semana cultural. ¿Y ellos? Otra semana cultural. ¡Cultura! En La Valredonda, nada menos. Que el cartel del nombre del pueblo lo reconocen por el dibujo. El campeonato de petanca. Lo hacemos para San Luis desde siempre. Y ahora ellos han decidido hacerlo en San Luis, en vez de en San Cristóbal, como toda la vida. Pues Putin hace lo mismo que los de La Valredonda el cabrón.

—Vale.

—El mecanismo se basa en la imitación.

—Pero nosotros no secuestramos a niñas rusas.

—¿En el pueblo?

—No, en Occidente.

—Se pueden imitar cosas que no existen.

—Eso es muy posmoderno.

—¿No has leído a Ivan Krastev? —me dijo, entrando en la rotonda.

—No.

—Pues a ver si espabilas. Fíjate bien. Se llevan a un símbolo, dejan a Occidente en evidencia. Es perfecto para ellos.

Me llegó una alerta al móvil. Me llevé un susto, no estaba acostumbrado a tener cobertura. Decían que una película de Disney era propaganda heterosexual. Luego vi más noticias.

—Mira, aquí Rusia expresa su preocupación.

—¿Ves? Ya tienes la confirmación. Solo tienen el problema de sacarla.

—Justo eso no parece tan difícil. Te la llevas a la embajada.

—Demasiado expuesto. Por eso estamos aquí. Se la llevan a otro sitio. Es lo que se llama una extracción.

—¿Dónde?

—Se llevan a Greta a Teruel.

—Anda ya.

—El aeródromo de Caudé. Uno de los disparates que se construyeron en la burbuja: un aeropuerto en Teruel. Pero ha salido más o menos bien, se recicló y ahora funciona como centro de reparaciones de aviones rusos. Desde allí saldrán en uno de ellos.

—¿Y no habría sido más fácil sacarla en un maletero, como a Puigdemont?

—Piensa que todo lo hacen por joder.

—¿Y?

—A Greta no le gustan los aviones.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Es la explicación más sencilla. La navaja de Ockham.

—Si tú lo dices.

—Bueno, vamos para allá, que tenemos que ir a rescatarla. Conduzco yo. Dame conversación si quieres pero no des el coñazo.

Yo quería decirle que había tenido un momento de claridad, quería describirle ese instante único, porque era una revelación sobre La Cañada y ella, pero no encontraba las palabras. La miré, sabía que me iba a quedar dormido. No hay nada como una mujer empoderada.

Extracto de la crónica de *El Peirón*, periódico de La Cañada, escrito por Leonardo Gascón, enviado especial

El capitán Iván Korolenko, veterano de los conflictos de Chechenia y Ucrania, combatiente distinguido en mil batallas, se reía entre dientes mientras atravesaba el páramo turolense, pensando que después de haber sido uno de los hombrecillos verdes que habían invadido Crimea ahora tenía en el maletero del coche al símbolo del movimiento verde. Pero le parecía que el coronel Grigori Dímov no iba a apreciar su humor. No le gustaban los chistes y estaba molesto porque la niña le había mordido el dedo índice y pensaba que tendría que ponerse la antitetánica al llegar a Moscú, con el miedo que le daban las agujas. Al margen de eso, el trayecto había transcurrido sin incidentes y Korolenko creía que llegarían al aeropuerto según el horario previsto, cuando, tras pasar una curva que les dejó el sol de frente, vio una nube de polvo y un numeroso rebaño de ovejas que bloqueaba totalmente la carretera.

El coche bajó la velocidad. Avanzó lentamente unos metros, pero las ovejas no se apartaban. Intentó arrancar de nuevo, pero no se movían. Iván Korolenko esperó entre ansioso y frustrado, como en unas negociaciones para formar gobierno o divorciarse, mientras el coronel Dímov apretaba los puños. Recorrió unos metros más, volvió a pararse.

«Me cago en la hostia», dijo, pero en ruso, que suena más como de Dostoievski, y salió del coche. Intentó apartar a las ovejas. De pronto tuvo un presentimiento raro. Sin pretenderlo, se acordó de pronto de cuando estaba en Afganistán en los ochenta y tenían por ahí a los putos pastunes. La memoria sabe antes de que el conocimiento recuerde, había leído en un manual, y echó a correr hacia el coche. Entonces fue cuando oyó la frase.

—Quieto parao, tontolaba. Que te voy a dar un tozolón que te va a faltar sitio en el cielo para dar vueltas.

Apostados tras unas carrascas estaban los miembros de Bambi, el capítulo de La Cañada de la Asociación de Cazadores del Maestrazgo-Sierra de Arcos.

El capitán Korolenko salió con las manos en alto.

Silvina Domingo, CEO de la start-up Shangháí, se acercó y abrió el maletero del coche, del que salió la joven sueca que simboliza la lucha contra el calentamiento climático.

—*Those little lambs just saved me!*—dijo.

—Y ya verás qué buenos están a la brasa.

Del cuaderno del hipster

Cuando llegamos todo estaba bajo control. Rápidamente nos fuimos hacia La Cañada.

Mientras me contaban el asalto al coche de los agentes, una operación combinada de churras, merinas y la asociación de cazadores según *El Peirón* (aunque, en realidad, las ovejas pertenecían sobre todo a las razas ojinegra y rasa aragonesa), yo pensaba en las tradiciones ancestrales, en la resistencia atávica de los pueblos agrestes frente a los ejércitos y a los imperios. Había algo casi antropológico. Era la combinación de ingenio, conocimiento del terreno y valor que había hecho sufrir a las tropas napoleónicas en la Guerra de la Independencia, la determinación con que los miembros de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón habían asaltado el autobús —el Caimán— en el Barranco de los Degollados en febrero de 1948.

—Pero ¿qué dices? —me dijo Javier—. Lo vimos en una película de esas de Antena Aragón que son todas del oeste.

Luego fuimos a saludar a Greta Thunberg, que estaba comiéndose unas patatas con borraja.

Le enseñé nuestros proyectos de agricultura ecológica y le parecieron muy interesantes. Dijo que La Cañada era un ejemplo para Europa. ¡Nada menos! Le llamó la atención la bota de vino que llevaba Jaime, y dijo que le parecía un ejemplo de envase natural y reciclable, un modelo de

sostenibilidad. Hay una foto, que se publicó en la revista *El Peirón*, donde sale Greta bebiendo vino de cosechero, con el cachirulo de la peña El Ventorrillo. Yo creo que es una de las mejores fotos de Greta, no me extraña que se haya hecho viral.

Como dice mi tía, tiene una alegría y un color que no aparece en ninguna de las otras fotos.

La verdad es que pasó unos buenos días por aquí, creo. Le venía bien estar alejada de la presión mediática.

—La zagala está cansadica —dijo mi tía nada más verla, mientras intentaba darle un poco de magro empanado (se lo comió cuando le dijimos que era de tofu).

En parte por eso no dijimos nada: queríamos que se recuperase. Poco a poco las noticias fueron bajando de intensidad, seguía saliendo en los medios pero cada vez ocupaba menos espacio. Su desaparición era uno de esos misterios con los que convivimos de forma cotidiana, como el origen de la conciencia, la reproducción de las anguilas y la moda de las camisas de manga corta.

Durante un tiempo tuve la fantasía de invitarla a que se quedara en el pueblo. Si hubiera tenido unos años menos habría garantizado que la escuela siguiera abierta. Pero, aunque fuera posible, habría sido un poco como *Casablanca* (aunque sin avión). Al final hay que elegir entre salvar el colegio de La Cañada y salvar el planeta, y uno debe valorar qué es más importante y quién puede encargarse de cada cosa. Así que al cabo de unos días, con mucho mejor aspecto, la sacamos a la Venta y la dejamos en el autobús de Aliaga, luego pilló otro a Teruel, cogió el regional a Valencia y en menos tiempo del que necesita una persona de mediana edad para adquirir fluidez en una tercera lengua estaba de nuevo localizada y en la primera plana de los medios. Pero, bueno, siempre será nuestra Greta, y todos nos alegramos de las cosas tan amables y generosas que dice de La Cañada.

Un caso más complicado fue el de los Vodka-Limón, como llamaban en el pueblo a los agentes del FSB, que vinieron en el remolque de Demetrio Brumós, el Desorejau, atados entre las ovejas. Parecía que su integración planteaba algunos problemas. Nosotros no teníamos nada en contra de su ocupación, cada uno se gana la vida como buenamente puede: si eres pastor, pastor; el gitano que viene a vender melocotones, lo mismo; si eres un sicario al servicio de un régimen autoritario cuyo objetivo es desestabilizar las democracias occidentales, pues eso tienes que hacer. El que esté libre de pecado que tire la primera piedra, que decía aquel. Por cierto, tampoco creo que sea un camino de rosas precisamente ese trabajo, si piensas en los madrugones que hay que dar, el jetlag cada dos por tres, lo complicados que se han vuelto los romances de oficina y lo difícil que es conciliar con esos horarios. Y, claro, lo que me fueron contando es que ellos mismos tenían bastante miedo. Pensaban que no podían volver a su país, y temían que los localizaran y castigaran por su fracaso. Los veía bastante desanimados y les dije que no era para tanto, a fin de cuentas eran ellos dos contra todos los servicios secretos de Occidente, la empresa de seguridad que había empleado Taylor Swift en su última gira, cuatro mineros jubilados de La Cañada y la

gerente de la casa de putas del pueblo. Era comprensible que algo les hubiera salido mal.

Aunque se calmaron un poco, mostraban temor a las represalias.

—No me extraña —decía Lourdes—, Putin no se anda con chiquitas.

—Sí, no es Berlusconi, aunque se llevan bien —respondí.

Quería mostrar que yo también controlo de política internacional.

La solución surgió de forma imprevista. Una mañana, cuando paseaba a Yanis, escuché el canto de una voz potente y melodiosa:

*En el alto los Urales
soñé que la nieve ardía
y por soñar lo imposible
soñé que tú me querías.*

Y luego:

*Si vas a Nizhy-Novgorod
pregunta por la Dolores
que es una chica muy guapa
y amiga de hacer favores.*

¡Qué chejovianas sonaban de repente las jotas!

Caminaba entre las casas vacías, semiderruidas, de viejos corrales y parideras, el antiguo esplendor del pueblo que tenía trece curas y casi mil habitantes, y sonaba la voz, con un leve acento extranjero, como de un futbolista eslavo de equipo de mitad de tabla a mediados de los noventa.

*De tu dachica a la mía
voy a poner una caña
para que pase la leche
de mi polla a tu castaña.*

—Le gusta mucho la jota al Korolenko, sí —me dijo Juan el Garroso.

—Claro, los rusos tienen una cultura musical admirable. El mundo eslavo en general. Tienen mucha formación...

—Sí, pero aun así le gusta la jota —me dijo.

Lourdes me enseñó un vídeo de una jota cantada por el ejército rojo. ¡Había tradición!

Lo demás, como decía aquel, es historia, aunque conviene no contarlo mucho por motivos de seguridad. Iván Korolenko, podría decirse, murió casi aquel mismo día y nació Rasputín, el Pastor de los Urales, que según algunos críticos ha sido uno de los grandes renovadores de la jota aragonesa en los últimos años, por lo menos desde que surgió Carmen París. Vive en Zaragoza, cerca de Grancasa. (Esto es información confidencial.)

El coronel Dímov lo pasó un poco peor al principio. Cuando la doctora le fue a poner la antitetánica descubrió que tenía ántrax. El carbunco es endémico en Teruel, lo transmiten las ovejas, pero también es mala suerte que justo se contagiara él: que te pases la vida envenenando a gente y evitando envenenamientos para acabar pillando ántrax por culpa de un cordero en el remolque del tío Desorejau. «Has venido a Valencia con las naranjas de postre», le dijo la doctora, cuando el coronel Dímov le enseñó el frasco de polonio. Pero ahora ya está mucho mejor, qué sanidad pública tenemos en España, eso hay que reconocerlo. Dímov se dedica a llevar la carrera del Pastor de los Urales (dicen que son hermanos). Prometieron que vendrían a tocar en fiestas.

La vida, uno lo empieza a comprender más tarde, siempre tiene flecos y cosas que no terminan de cuadrar. Lo único que encaja perfectamente son las teorías de la conspiración y unos vaqueros negros que tiene Lourdes. Así que un buen consejo es acostumbrarse a convivir con las incógnitas y los cabos sueltos. Ya sé que lo decían personas cuya visión ideológica es muy distinta a la mía. Pero no hay alternativa.

Aun así, fue una pequeña decepción que no aparecieran restos del Turiasaurio en el entorno de la Masada Julve. El equipo de paleontólogos se había marchado con frustración y cierto apresuramiento. Por lo visto, el profesor Slowmould había tenido algún problema con una denuncia de una alumna y se habían quedado sin financiación. Supongo que sería un problema de revisión de notas, la verdad es que a veces la burocracia universitaria es desesperante.

—Se fueron cagando leches, parecía que los encorriera el lagarto ese que buscaban —me dijo el tío Juan el Garroso en el trinquete.

Lourdes y yo fuimos a la masada a ver las excavaciones. Habían hecho un agujero, que parecía peligroso, y pensamos que sería bueno taponarlo. Bueno, lo pensó Lourdes, a mí me pareció un poco exagerado.

Pero teníamos un pico y una pala y empezamos a trabajar. De pronto, del suelo comenzó a brotar un líquido denso y negro, con un olor muy fuerte.

¿Era una oportunidad para La Cañada? ¿O era, de nuevo, la trampa de los recursos naturales, sobre la que habían alertado tantos economistas, historiadores y politólogos? Entonces pensé que podríamos dejarlo, sabiendo que estaba allí. Si lo necesitábamos, podría servir para ayudar a financiar la transición ecológica.

Lourdes y yo casi no tuvimos que discutirlo. Nos miramos un momento y tapamos el agujero.

Luego nos fuimos caminando hacia la pista forestal. Pensé en hablarle de mi momento de claridad, pero tampoco me pareció oportuno. Era una mañana de invierno, hacía sol, me acordé de una canción de Léo Ferré y empecé a cantarla en voz baja.

AGRADECIMIENTOS

Una primera versión de algunos de los textos de este libro apareció en la web de *Letras Libres*. He tomado la expresión «la España vacía» del ensayo homónimo de Sergio del Molino, publicado por Turner en 2013. Hay parodias y citas de jotas populares y fragmentos de canciones de José Antonio Labordeta («Canto a la libertad») y Héroes del Silencio («Entre dos tierras»). También he utilizado frases de Michael Oakeshott, Íñigo Errejón, José María Lassalle y Greta Barreiros. Agradezco las lecturas y comentarios de Aloma Rodríguez, Elena Alfaro, Zita Arenillas y Ricardo Dudda. Con Aloma Rodríguez, Bárbara Mingo Costales, Miguel Aguilar, Sílvia Claveria y Ramón González Ferriz he hablado del desarrollo de algunas de las tramas; me sugirieron soluciones o giros. Mónica Carmona me animó con su apoyo al libro, que no habría escrito sin los años que pasé en pueblos de Teruel donde mi madre, Carmen Gascón, ejercía de médico. Agradezco la lectura cómplice de muchos conocidos y desconocidos: hicieron que tuviera ganas de pensar en más aventuras del hipster en La Cañada.

Una parodia de la España actual, un retrato irónico del choque entre el mundo rural y la ciudad.



Enrique se instala en una casa familiar en La Cañada, un pueblo de Teruel, para alejarse del ritmo de la vida en la ciudad, montar un huerto colaborativo y olvidar a su exnovia. Hace yoga en el corral por las mañanas, busca quinoa en la tienda, intenta encontrar cobertura en las eras para alimentar su Instagram y monta un taller sobre nuevas masculinidades. Es —aunque él no estaría a favor de la comparación especista— un pulpo en un garaje, pero se comporta como una especie de extraterrestre en el Maestrazgo o de Quijote moderno.

Para sorpresa de todos, encuentra su sitio, se enamora y se convierte en alcalde del pueblo, dispuesto a resolver algunos conflictos: problemas con las localidades vecinas, el rodaje de una película sobre la Guerra Civil que hace pensar a unos miembros de Vox que la revolución anarquista ha estallado en Teruel, el secuestro de Greta Thunberg durante la cumbre del clima o que una cantante estadounidense utilice en un concierto el traje tradicional de La Cañada, en un caso flagrante de apropiación cultural.

Un hipster en la España vacía es una historia de aventuras y un retrato irónico del choque de la sensibilidad urbana y la visión rural. La Cañada es una galería de excéntricos dotados de una rara humanidad, pero también un microcosmos que refleja los debates centrales de la actualidad con una perspectiva reveladora..

Sobre *Entresuelo*:

«En esta apuesta de Gascón por lo común, lo autobiográfico y lo cercano, el elemento decisivo para que el engranaje de las tramas funcione es el prisma realista desde donde lo cuenta. Después de acabar de leer el libro, uno tiene la enriquecedora sensación de haberse reconocido en sus páginas en más de una ocasión.»

ROBERT SENDRA, *Culturamas*

Sobre *La vida cotidiana*:

«Sorprende por su humor y su realismo, pero la mayor novedad está en el argumento: soledad, por una vez, no es sinónimo de sequía.»

El País

Sobre *El golpe posmoderno*:

«Un breve y contundente ensayo sobre el independentismo catalán —Gascón es un gran admirador de George Orwell y Christopher Hitchens, y se nota— en forma de quince lecciones que los demócratas pueden aprender de él.»

RAMÓN GONZÁLEZ, *El Confidencial*

«Hace la vivisección de este proceso, lo abre en vivo y mete el bisturí en sus conceptos, trucos, eufemismos, remix e inventos.»

MARIANO GISTAÍN, *20 Minutos*

Daniel Gascón (Zaragoza, 1981) estudió filología inglesa e hispánica en la Universidad de Zaragoza. Ha publicado los libros de relatos *La edad del pavo* (Xordica, 2001), *El fumador pasivo* (Xordica, 2005) y *La vida cotidiana* (Alfania, 2011), y una memoria familiar, *Entresuelo* (Literatura Random House, 2013). Ha traducido a autores como Mark Lilla, Saul Bellow y Christopher Hitchens. Es el responsable de la edición española de la revista *Letras Libres*.

Edición en formato digital: junio de 2020

© 2020, Daniel Gascón

Publicado por acuerdo con Carmona Literary Agency

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de portada: © Sonia Pulido

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3758-2

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

me**gustaleer**

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Un hipster en la España vacía

Diario de una nueva vida

Aventuras en el choque de civilizaciones

Donde nuestro héroe vislumbra nuevas posibilidades y se encuentra con su pasado

Polifonía rural, jotas feministas, el hombre que susurraba a las ovejas y un duelo al amanecer

Bien está lo que bien acaba

Una campaña electoral

La muerte del hipster

La Guerra Civil no se acaba nunca

La memoria histórica está cargada de futuro

El traje de la tía Rosario

Los amantes de Teruel

Hello, Durruti: Revolución social en la España vacía

La noche turolense

El pueblo de La Cañada en la Cumbre del Clima

El rescate de Greta Thunberg

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Daniel Gascón

Créditos